BIBLIOTECA DE «LA NACION»

FRANCISCO BRET HARTE

BOCETOS

CALIFORNIANOS

TRADUCIDA POR

RAMÓN VOLART



BUENOS AIRES

1911

DE CÓMO SAN NICOLÁS LLEGÓ A BAR SANSÓN

Estaba el tiempo muy metido en aguas en el valle del Sacramento. El North Fork se había salido de madre y la Rattlesnake Creek estaba impracticable.

Bajo una enorme extensión de agua que alcanzaba la base de las montañas desaparecían los gruesos cantos rodados que durante el verano habían señalado el vado en el cruce de Sansón.

El servicio ascendente de diligencias tuvo que parar en la casa Granger; el último correo fue abandonado en los túneles y su jinete salvó la vida luchando a brazo partido con la corriente.

Como observaba el *Alud de la Sierra* con cierto orgullo local, «un área» tan grande como el Estado de Massachusetts, está a estas fechas bajo el agua. Y en la sierra el tiempo no se presenta mejor.

El barro era denso en el camino de la montaña. En la carretera, galeras que ni la fuerza física ni el ingenio podían arrancar de los baches en que habían caído, obstruían el paso, y los tiros de caballos rezagados y las blasfemias mostraban más que otra cosa el camino de Bar Sansón.

A lo lejos, aislado e inaccesible, empapado en agua, azotado por un viento furioso y amenazado por la subida de las aguas, Bar Sansón, en la Nochebuena de 1862, colgaba de Table Mountain como el nido de golondrina que la

borrasca sacude en los viejos triglifos de pétreo entablamento.

Mientras la noche descendía sobre el campamento, unas pocas luces brillaban, al través de la neblina, desde las ventanas de las cabañas a entrambos lados del camino, surcado a la sazón por riachuelos desordenados y azotado por violentas ventoleras.

Afortunadamente, la mayoría de los vecinos estaban recogidos en el almacén de drogas de Daniel, alrededor de una roja estufa, en la cual escupían, silenciosamente con tan ostensible acuerdo de la comunidad social, que relevaba a todos de cualquier otra ocupación.

Como la crecida de las aguas había suspendido las faenas de las minas y del río, hacía ya mucho tiempo que los medios de diversión se habían agotado en Bar Sansón. Además, la subsiguiente falta de dinero y aguardiente quitaba el gusto hasta la más inocente diversión.

El mismo señor Perrín abandonó el Bar con cincuenta pesos en el bolsillo, única cantidad que alcanzó a realizar de las grandes sumas que llevaba ganadas en el lucrativo y arduo ejercicio de su negocio.

—Si me dijesen otro día, si me dijesen que señalara una bonita aldea en donde un jugador retirado, a quien no le importase mucho el dinero, pudiera divertirse a menudo y alegremente, diría que Bar Sansón; pero para un joven con una numerosa familia que depende de su trabajo, no produce lo suficiente.

Como la familia del señor Perrín la formaban únicamente damas elegantes, citamos esta observación más para dar una idea de su humor que de sus deberes.

Formando abigarrado conjunto, encontrábanse reunidas aquellas personas con la indiferente apatía que engendra la pereza y el fastidio.

Ni el repentino resonar de los cascos de un caballo a la puerta, les hizo volver en sí.

Sólo Federico Bullen se detuvo en la tarea de vaciar su pipa y alzó la cabeza, pero nadie más del grupo dio a conocer el menor interés hacia el hombre que entraba pausadamente, por cierto.

Era una figura bastante familiar a la sociedad que en Bar Sansón le llamaban «El viejo».

A pesar de esto, parecía aún de complexión fresca y juvenil, y su cabello escaso y entrecano denotaba al hombre de unos cincuenta años. De cara simpática y complaciente, tenía una aptitud así como la del camaleón para adoptar la sombra y el color de las opiniones y caracteres de los que entraban en su trato.

Acababa de dejar a unos compañeros de diversión, así es que, de momento, no observó la gravedad del grupo, pero golpeó amistosamente por la espalda al hombre más próximo, y se echó en una silla que vio libre.

—¡Acabo de oír la cosa mejor del mundo, muchachos! ¿Conocen ustedes a Melín? ¿El de allá abajo, Joaquín Melín, el hombre más divertido de Bar? Pues Joaquín nos estaba contando el cuento de más chispa que...

—¡Melín es un animal!—interrumpió una voz seca.

—Un cuadrúpedo—añadió otro, en tono sepulcral.

Y el silencio volvió a reinar después de estas declaraciones.

El viejo miró rápidamente en torno al grupo. Luego, su cara se transformó poco a poco.

—Es verdad—dijo, después de un momento de reflexión,—es realmente una especie de cuadrúpedo, algo tiene de animal, no puede negarse.

Y frunció el ceño, como en dolorosa meditación de la ignorancia e imbecilidad del impopular Melín.

—Hace un tiempo bien triste, ¿verdad?—añadió, engolfándose en la corriente del general sentimiento.—Mala la van a pasar los obreros y poco dinero corre esta temporada... Y mañana es Navidad.

Hubo un movimiento entre los concurrentes al anunciar esto, pero no se traslució claramente si era de satisfacción o de disgusto.

—Sí—continuó el viejo en el tono lúgubre que desde los últimos momentos involuntariamente adoptara,—esto es... se me ocurrió la idea, ¿comprenden? de que tal vez les gustaría venir a mi casa y pasar allí una Nochebuena. Ahora tal vez no les gustaría... ¿Quizá no están en buena disposición?—añadió con simpática solicitud, observando las caras de sus oyentes.

—No diré que no—respondió Tomás Flavio, algo más animado.—Puede que sí. ¿Pero y tu mujer, viejo? ¿Qué tal va?

El viejo titubeó.

Todo Bar Sansón sabía que las experiencias conyugales no habían sido felices para él.

Su primera esposa, una mujercita delicada y bonita, había sufrido las más vivas y celosas sospechas de su marido,

hasta que un día éste convidó a su casa a todo el Bar para que su infidelidad quedase plenamente probada.

Pero al llegar los de la partida, encontraron a la tímida e inocente criatura tranquilamente ocupada en sus obligaciones caseras, y tuvieron que retirarse corridos y avergonzados.

La delicada sensitiva no se repuso fácilmente del choque de tan extraordinario ultraje.

Le costó trabajo recobrar el aplomo para dar suelta a su amante, de un armario en que estaba escondido y escaparse con él. Para consuelo del marido, le dejó abandonado un niño de tres primaveras.

La actual consorte del viejo había sido su cocinera: mujer corpulenta, de carácter brutal.

Antes que pudiera contestar, Juan Dimas expuso en breves razones que la casa era del viejo, y que, invocando el poder divino, si estuviera él en su casa convidaría a quien le pluguiese, aun cuando haciéndolo pusiera en peligro su salvación. Los espíritus malignos, añadió además, lucharían en vano contra él.

Todo esto dicho con una sequedad y vigor perdidos en esta traducción obligada.

—Naturalmente... seguro... esto es—dijo el viejo frunciendo también el entrecejo.—No hay nada de particular. Es mi casa; yo mismo he levantado todos sus maderos. No hay por qué temerla. Tal vez grite un poco, como hacen las mujeres, pero volverá a las buenas.

El viejo fiaba, para sus adentros, en la exaltación del licor y en el poder de un valeroso ejemplo para sostenerse en semejante situación.

Hasta aquel momento, Federico Bullen, oráculo y cabeza de Bar Sansón, no había hablado. Pero se quitó la pipa de los labios y prorrumpió:

—Viejo, ¿y cómo sigue tu niño Juanito? Se me figuró algo enfermizo la última vez que lo vi en el camino tirando piedras a los chinos, y no parecía interesarle eso en gran manera. Ayer pasó por aquí una tropa de ellos, ahogados en el río, y pensé en Juanito. ¡Oh! ¡cómo los echaría de menos! ¿Tal vez estorbaremos si está enfermo?

Visiblemente afectado, no sólo por este cuadro patético de la privación de Juanito, sino también por tan circunspecta delicadeza, se apresuró el padre a asegurarle que Juanito estaba mejor y que *un poco de broma quizá le mejoraría algún tanto*.

Entonces Federico se levantó, y desperezose diciendo:

—Ya estoy. Enséñanos el camino. En marcha.

Y con un salto y un aullido característicos, precediolos, saliendo a fuera.

Al pasar por delante del hogar agarró un tizón encendido, acción que repitieron los demás de la partida, siguiéndolo de cerca, codeándose, y antes de que Daniel, el asombrado propietario de la droguería, conociera la intención de sus huéspedes, la sala estaba completamente desocupada.

Hacía una noche más oscura que boca de lobo. Las improvisadas antorchas se extinguieron a la primera racha de viento y únicamente los rojos tizones oscilando en las tinieblas como fuegos fatuos iluminaban vagamente el estrecho sendero.

Este les conducía por la cañada del Pino arriba, a cuya entrada se escondía en la cuesta una ancha pero baja cabaña con un techo primitivo hecho de cañas y cortezas de pino.

Era el hogar del viejo y a la vez entrada de la mina en que trabajaba cuando lo hacía.

Una vez allí el acompañamiento, se paró un momento por delicada deferencia al anfitrión, que llegó de la retaguardia jadeante.

—Quizá hicieran ustedes bien en aguardar un segundo aquí fuera, mientras yo entro y veo si todo está corriente— dijo el viejo con una indiferencia que estaba muy lejos de su ánimo.

La indicación fue buenamente aceptada; la puerta se abrió y cerró tras del anfitrión, y sus compañeros, apoyando las espaldas contra la pared y cobijándose bajo el alero del tejado, esperaron con el oído atento.

Por algunos momentos no se oyó más sonido que el gotear del agua del alero y el de las ramas que luchaban contra el viento que las sacudía, crujiendo por encima de sus cabezas.

Los convidados principiaron a inquietarse y cuchichear indicaciones y sospechas que pasaron de boca en boca.

—Sospecho que para empezar ya me le ha roto la crisma.

—Le habrá metido en el túnel y allí le dejará emparedado, seguramente.

—Le tendrá en el suelo y estará sentada encima.

—Probablemente está hirviendo algo para echárnoslo; apartémonos de la puerta por lo que pudiera ser.

Pero en este momento el pestillo crujió, abriose despacio la puerta, y una voz dijo:

—Entren a cubierto de la lluvia.

La voz no era la del viejo ni la de su mujer.

Era una voz infantil, cuyo débil timbre quebrantaba aquella ronquera antinatural, que sólo pueden dar la vagancia y el abuso prematuro del alcohol.

Apareció ante ellos la figura de un niño, cuya cara podía haber sido bonita y aun distinguida a no oscurecerla de por dentro las maldades aprendidas y a no haber impreso en ella su sello la suciedad y el abandono.

Su cuerpecito estaba envuelto con una manta, y se conocía que acababa de levantarse de la cama.

—Entren—repitió—y no hagan ruido. El viejo está allí hablando con madre—prosiguió señalando un cuarto adyacente, que parecía ser una cocina, desde la cual la voz del viejo llegaba en tono de clemencia.

—Suéltame—añadió el niño refunfuñando y dirigiéndose a Federico Bullen que le había agarrado envuelto en la manta y fingía quererle echar al fuego del hogar.

—¡Déjame, maldito viejo loco! ¿oyes?

Puesto así a raya Federico Bullen, dejole en el suelo, mientras que los hombres entraron silenciosamente, colocándose en el centro del cuarto y alrededor de una larga mesa de toscas tablas.

Inmediatamente Juanito encaminose con gravedad hacia un armario y sacó varios objetos que colocó sobre la mesa pausadamente.

—Ahí tienen ustedes aguardiente y bizcochos, arenques ahumados y queso (y en su camino hacia la mesa dio una dentellada a este último). Y azúcar. (Sacó con mano muy

sucia un puñado.) Hay también manzanas secas en la alacena; pero no me chocan. Las manzanas hinchan. Helo aquí todo—terminó.—Olvidábame el tabaco. Ahora a ello y sin temor: no hago caso de la vieja; al fin y al cabo, no me es nada ¡Ea, pues!

Y se retiró hacia el umbral de un reducido cuarto, apenas mayor que un armario, separado del cuarto principal por un tabique y que tenía una pequeña cama en su pequeño y oscuro recinto.

Se detuvo allí un momento de pie mirando la compañía, saliéndole los desnudos pies por debajo de la manta, y se despidió haciendo un ligero movimiento.

—¡Escucha Juanito! ¿Vas a acostarte otra vez?—dijo Federico.

—Sí, voy—respondió con decisión el interpelado.

—¿Pues qué tienes, vejete?

—No estoy bueno.

—¿Cómo?

—Tengo fiebre. Y sabañones. Y reuma—contestó Juanito.

Y se hundió entre las sábanas. Después de una pausa momentánea, añadió desde la oscuridad:

—Y el corazón me duele.

Sucediose un silencio embarazoso. Los hombres se miraron entre sí y después al fuego.

A pesar del apetitoso banquete que se les presentaba, pareció que caían otra vez en el desaliento de la droguería de Daniel, cuando la voz quejumbrosa del viejo,

incautamente elevada, llegó hasta la reunión de un modo bastante claro para ser oída.

—En esto te sobra la razón... Es mucha verdad... Claro está que lo son. ¡Una cuadrilla de borrachos y holgazanes!... y ese Federico Bullen es el peor de todos. ¿Es que no tiene juicio para venirse aquí, habiendo en casa un enfermo y sin que tengamos provisión de ninguna clase?... Ya se lo decía yo... Bullen, le he dicho, ¿es que estás borracho o loco para pensar tal cosa?... ¿Y a Conrado? ¿Cómo ha podido ocurrírsete convertir mi casa en un campo de Agramante, teniendo a mi niño enfermo? Es que quisieron venir, te digo. He aquí lo que debe esperarse de esta canalla del Bar.

Una carcajada homérica siguió a esta desgraciada manifestación.

En este momento, sea que fuera oída la risa en la cocina, o que la iracunda compañera del viejo hubiese apurado todos los restantes modos de expresar su desprecio e indignación, lo cierto fue que cerraron una puerta trasera con gran estrépito.

Todos permanecieron suspensos hasta que reapareció el viejo, ignorando por fortuna la causa del último estallido de hilaridad y sonriendo hipócritamente.

—Mi esposa ha tenido la idea de pasar un rato con la señora Mac Fadden—dijo a modo de explicación y con aire indiferente, al tomar asiento entre los comensales.

Y, cosa singular, se necesitó de este adverso incidente para aliviar el embarazo que la partida comenzaba a sentir, y su audacia natural se recobró con el regreso del anfitrión.

No intentaré contar los chistes del banquete de Nochebuena. Basta decir que la conversación se caracterizó

por la exaltación intelectual, el cauteloso respeto, la meticulosa delicadeza, la precisión retórica y por el mismo discurso lógico y coherente que distinguen a estas varoniles reuniones en localidades más civilizadas y en donde reina el más fino trato social.

No se rompió un solo vaso a causa de no haberlos, ni se derramaron inútilmente licores por el suelo ni sobre la mesa, por la escasez de aquel artículo.

Sería casi media noche cuando fue interrumpida la fiesta.

—Es preciso callar—dijo Federico alzando la mano.

Era la quejumbrosa voz de Juanito, desde su dormitorio inmediato.

—¡Oh, padre!

El viejo se levantó apresuradamente introduciéndose en la habitación del enfermo. Al poco rato reapareció.

—El reuma le vuelve con fuerza—dijo—y necesita unas fricciones.

Tomó de la mesa la damajuana de aguardiente y la sacudió. Estaba vacía completamente.

Federico Bullen dejó su taza de hojadelata con una risa forzada. Los demás hicieron lo propio.

El viejo examinó el contenido y dijo más animado:

—Me parece que hay bastante. Esperar un momento; vuelvo en seguida.

Y entró de nuevo en el cuartito, llevándose una camisa vieja de franela y el aguardiente.

Como la puerta quedó entreabierta, se oyó distintamente el siguiente diálogo:

—Dime, hijo mío, ¿dónde te duele más?

—Me duele todo. Ora aquí y ora ahí debajo; pero es más fuerte de aquí a aquí. Corre, padre, friega fuerte.

Y el silencio parecía indicar una viva fricción. Entonces, Juanito dijo:

—¿Pasas un buen rato allí fuera, padre?

—Sí, hijo mío.

—¿Es Navidad mañana, verdad?

—Sí, hijo mío. ¿Cómo te sientes ahora?

—Mejor, frota un poco más abajo. ¿Y qué es Navidad? Dime: ¿por qué es tal fiesta?

—¡Oh, es un día!...

Aquí, al parecer, pudo más el dolor que la infantil curiosidad, pues hubo un silencioso intervalo, durante el cual el viejo continuó frotando. Al poco rato, Juanito continuó:

—Madre dice que en todas partes, menos aquí, todos se dan cosas unos a otros por ese día. Dice que hay un hombre que le llaman San Nicolás, ¿comprendes? Pero no un blanco, sino una especie de chino, que baja por la chimenea la noche antes de Navidad, dejando cosas a los niños como yo que han tenido cuidado de dejar allí sus botas. Eso... eso es lo que me quería hacer creer... Vamos, padre, ¿dónde estás frotando? Estás a un kilómetro del sitio... Dime: ¿no habrá inventado esto para hacernos rabiar a ti y a mí?... No frotes ahí... Contesta.

En medio del silencio nocturno que parecía cernerse sobre la casa, se oía claramente el murmullo de los cercanos pinos como arpas eólicas tañidas por el viento.

—Vamos, no seas así, padre, pues pronto me voy a poner bueno. ¿Qué hacen esos hombres ahí fuera?

El viejo entreabrió la puerta y miró distraídamente.

Los hombres estaban sentados en buena compañía, con unas cuantas monedas de plata sobre la mesa y una flaca bolsa de piel de gamuza en las manos.

—Están armando... algún juego. Ya se las arreglan—contestó a Juanito y volvió a sus fricciones.

—Me gustaría ser mano y ganar dinero—dijo reflexivamente Juanito, después de un corto silencio.

Por todo consuelo, el viejo repitió lo que a todas luces era para él estribillo eterno, es decir: que si Juanito quisiera esperar hasta que diesen con el filón, en la mina, tendría mucho dinero, y serían muy ricos.

—Sí—dijo Juanito,—pero no lo encuentras. Además, dar con él o que yo lo gane, es casi lo mismo. Al fin y al cabo, todo es cuestión de suerte. Pero es muy extraño lo de Navidad, ¿no es cierto? ¿Por qué la llaman Navidad?

Sea por deferencia instintiva a las preocupaciones de sus huéspedes, sea por un vago sentimiento de incongruencia, la contestación del viejo fue tan baja, que quedó aprisionada entre las paredes de la habitación.

—Sí—dijo Juanito, con interés ya algo decaído.—Me han hablado ya de *Él*. Basta, padre; no me hace, ni con mucho, tanto daño como antes. Ahora cúbreme bien con la manta y—añadió murmurando bajo la ropa—siéntate a mi lado, hasta que me duerma. ¿Oyes?

Y se compuso para descansar, no sin antes sacar una mano fuera de la manta y agarrar fuertemente a su padre por una

manga con objeto de que no le burlase en su justa pretensión.

El viejo esperó pacientemente algunos minutos.

La inusitada tranquilidad de la casa excitó su curiosidad; con la mano desasida y sin levantarse, abrió cautelosamente la puerta y atisbó hacia la sala.

Con gran extrañeza, la vio oscura y vacía.

Pero en aquel instante un leño que humeaba en el hogar se rompió, y a la luz de su llamarada vio a Federico Bullen sentado junto a los amortiguados tizones.

—¡Hola!

Federico se sobresaltó, púsose de pie y fue hacia él, medio tambaleándose.

—¿Los compañeros dónde han ido?—dijo el viejo.

—Al momento vuelven por aquí. Han salido a fuera a dar un pequeño paseo. Les estoy esperando. ¿Qué miras tan fijamente, viejo?—añadió con risa forzada,—¿vas a creer que estoy borracho?

Podía habérsele perdonado al viejo la suposición, pues los ojos de Federico estaban húmedos y su cara como un tomate.

Hízose un poco el remolón, y volvió a la chimenea. Bostezó, desperezose, abrochó su levita, y dijo riendo:

—El vino no anda tan abundante como eso, viejo. No te levantes—prosiguió, cuando el viejo hizo un movimiento para librar su manga de la mano de Juanito.—No hagas cumplidos. Puedes quedarte ahí donde estás; me voy al instante. Ya están aquí.

Llamaron suavemente a la puerta.

Federico Bullen abriola, con un ademán se despidió del viejo y desapareció.

El viejo le hubiera seguido a no ser por la mano que aún inerte le detenía fuertemente, no siendo fácil desprenderse de ella. Era pequeña, débil y flaca; pero quizá por ser pequeña, débil y demacrada cedió a su presión y, aproximando aún más la silla a la cama, apoyó sobre ella la cabeza, sorprendiéndole el sueño en esta actitud.

La habitación osciló y se desvaneció ante sus ojos; reapareció, se desvaneció de nuevo, oscureciose y le dejó dormido del todo.

En tanto, Federico Bullen cerró la puerta, y se juntó a sus camaradas.

—¿Estás listo?—dijo Conrado.

—¡Listo!—dijo Federico,—¿qué hora es?

—La una—contestó,—¿puedes hacerlo? Son casi cincuenta millas entre ida y vuelta.

—Así me parece—contestó Federico brevemente.—¿Está la yegua aquí?

—Bill y Jaime la tienen ya en el pinar.

—Pues que la guarden un momento.

Volviose y entró otra vez cautelosamente en la casa.

Guiado por la débil luz de la vela que se corría y del amortiguado fuego, observó que la puerta del cuartito estaba abierta y se fue hacia ella de puntillas.

El viejo roncaba echado en su silla, con las piernas extendidas, la cabeza hacia atrás y el sombrero calado hasta las cejas.

A su lado, sobre una estrecha cama de madera, yacía Juanito envuelto estrechamente como una momia en la manta, que le tapaba todo, excepto una parte de la frente y una manecita cárdena y estirada que pugnaba inútilmente por entrar.

Federico Bullen avanzó un paso, titubeó y miró por encima del hombro la desierta sala.

Reinaba el silencio más profundo.

Con súbita resolución se inclinó sobre el dormido muchacho, separando con ambas manos sus grandes bigotes.

Mas, en el instante de hacerlo, un travieso soplo de aire que le acechaba, giró en torbellino por la chimenea abajo, reanimando el hogar y despidiendo viva claridad, de la que huyó Federico como asustado.

Sus compañeros le esperaban ya en el pinar.

Dos de ellos luchaban para sujetar en la oscuridad un ser extrañamente disforme, el cual a medida que Federico se acercaba, fue delineando su figura. Era la yegua.

El cuadrúpedo no tenía, en realidad, bonita estampa.

Nada notable ofrecía desde su romo hocico hasta sus alzadas ancas, y desde su arqueado espinazo, oculto por las raídas y tiesas *machillas* de una silla mejicana, hasta sus gruesas, derechas y huesosas piernas, no tenía una sola línea de la gracia y noble aspecto que distingue a su especie.

Con los blancos ojos medio ciegos, pero malignos, su labio inferior colgante y su monstruoso color, era incapaz de despertar el más leve sentimiento estético.

—Bueno—dijo Conrado,—cuidado con las herraduras, muchachos, ¡arriba! Ojo con no descuidarte en agarrar ante todo las crines, y cuida de agarrar en seguida el otro estribo. ¡Arriba!

Montó atropelladamente el jinete, pateó luchando el solípedo, apartáronse con precipitación los espectadores y volaron sacudidas en círculo las herraduras, retemblando la tierra a los saltos del animal. Por último, sonaron las espuelas y partió *Jovita*. Federico, en las tinieblas, gritó:

—¡Bien va!

—Al volver no tomes el camino de abajo, a no ser que apremie el tiempo. ¡No la detengas al bajar la cuesta! A las seis te esperamos en el vado. En marcha. ¡Hop! ¡Adelante!

Y chispearon las piedras, crujió ruidosamente la grava del camino y Federico se hundió en la oscuridad.

. . . .
. . . .

¡Oh, musa! canta; ¡la cabalgada de Federico Bullen! ¡Oh, musas, venid en mi ayuda para cantar los caballerescos varones, la sagrada empresa, las hazañas, la batida de los patanes malandrines, la terrible cabalgada y temerosos peligros de la flor de Bar Sansón! ¡Ah, musa mía! ¡Desdeñosa estás!... Nada quiere con este animal coceador y con su andrajoso jinete, y fuerza me es seguirlos en simple prosa.

Eran las dos; apenas alcanzara Rattlesnake-Hill, y ya en aquel intervalo *Jovita* había hecho gala de todos sus vicios, y sacado a relucir todas sus habilidades.

Tres veces tropezó. Dos veces alzó el romo hocico en línea recta con las riendas, y resistiendo el freno y la espuela, echó a correr locamente a través de campos y sembrados.

Dos veces se puso de manos, y se dejó caer hacia atrás, y dos veces el ágil Federico tuvo que recurrir a todo su ingenio y buena estrella para recobrar su asiento.

Y una milla más adelante, al pie de una prolongada colina, estaba Rattlesnake-Creek.

Federico sabía que allí le esperaba la prueba capital de su habilidad, si quería llegar al término de su jornada. Apretó los dientes, encajó sus rodillas en los costados de la yegua y cambió su táctica de defensa en una enérgica ofensiva.

Excitada y enardecida *Jovita*, emprendió el descenso de la cuesta.

El artificioso Federico fingía detenerla con represión manifiesta, y mentidos gritos de temor.

Inútil es añadir que *Jovita* en seguida emprendió vertiginosa carrera. Ni es necesario fijar aquí el tiempo empleado en el descenso; está inscrito en las crónicas de Bar Sansón.

Sólo diré que al cabo de un momento, pareciole a Federico que le salpicaba el barro de las inundadas orillas de Rattlesnake-Creek.

Conforme a los planes de Federico, el empuje que había adquirido la llevó más allá del margen, y teniéndola a

propósito para un gran salto, se lanzaron en medio de la impetuosa corriente del río.

Unos momentos de lucha, coceando y nadando, y Federico respiró ruidosamente, después de ganar la orilla opuesta.

El camino desde Rattlesnake-Creek hasta Red-Mountain era bastante bueno.

Sea porque el baño en Rattlesnake-Creek hubiese templado su maligno ardor, o bien porque el arte con que Federico la condujo le hubiese demostrado la superior malicia de su jinete, *Jovita* ya no malgastaba su energía sobrante en vanos caprichos, y parecía haber adquirido una grave solemnidad.

Una vez tan sólo coceó con las piernas traseras, pero fue por la fuerza de la costumbre; otra vez se espantó, pero fue por una maldita vieja que se interpuso en el camino con un monumental cesto en la cabeza.

Fosos, montones de grava, trozos que emergían sembrados de fresca hierba, volaron bajo sus piernas que parecían infundidas de extraño vigor.

Empezó a resollar; una o dos veces tosió ligeramente, pero no disminuyeron su fuerza ni la velocidad de su carrera.

A las tres había pasado la Red-Mountain y comenzaba el descenso hacia el llano.

Diez minutos más tarde, el cochero de la rápida diligencia *Pionner* fue alcanzado y dejado atrás por un «hombre sobre un caballo *pinto*», según expresión del conductor.

A las tres y media Federico se alzó sobre sus estribos y lanzó una exclamación.

Al través de rasgadas nubes brillaban las estrellas, y frente a él, más allá de la llanura, se alzaban dos agujas, dos astas de banderas y una silueta de objetos negros escalonados.

Federico sacudió sus espuelas y blandió su *riata*. Precipitose *Jovita*, y un momento después penetraron a la carrera en Tuttleville, y pararon en la plaza de la Fonda de las Naciones.

Lo que ocurrió aquella noche en Tuttleville no forma, precisamente, parte de esta historia.

Pero sin pecar de prolijo puedo manifestar que, cuando *Jovita* hubo pasado a poder del somnoliento mozo de cuadra, a quien muy pronto le sacudió el sueño con un par de coces, Federico salió con el tabernero a dar una vuelta por el pueblo que dormía silencioso.

Las luces de unas pocas tabernas y casas de juego brillaban aún, pero evitando la tentación, pararon delante de varias tiendas cerradas, y llamando repetidamente después del consiguiente griterío, consiguieron hacer levantar de sus camas a los propietarios y obligándoles a desatrancar las puertas de sus almacenes y a exponer sus géneros a los importunos visitantes.

En algunos puntos no se pudieron librar de ciertas maldiciones, pero las más de las veces por interés o por necesidad se mostraron complacientes, y terminando la entrevista del modo más cordial.

Eran las tres cuando acabó esta ruta, y con un pequeño saco de goma impermeable, atado con correas a sus espaldas, Federico volvió a la posada.

Pero allí le acechaba la Belleza. La Belleza opulenta en encantos y ricos vestidos, persuasiva en el hablar y española en el acento.

En vano repitió la invitación del *Excelsior*.

El hijo de las sierras rechazó a la Belleza con gallardía, no sin mitigar el desaire con una sonrisa y su última moneda de oro.

Volvió a montar después, y emprendió su camino por la triste calle abajo, y luego por la llanura siempre lúgubre. Muy pronto la negra línea de casas, las aguas y el asta de bandera se perdieron en lontananza detrás de él, como si la tierra las hubiese tragado.

El tiempo había amainado. El aire era penetrante y frío, las siluetas de los cercanos mojones se percibían ya; eran las cinco y media cuando Federico alcanzó la iglesia de la Encrucijada en el camino del Estado.

Con objeto de evitar la rápida pendiente había tomado un camino más largo y de mayor rodeo, en cuyo lodo viscoso *Jovita* se hundía hasta las orejas a cada paso.

No era muy buena preparación para una seria subida de cinco millas; pero *Jovita* arremetió con su habitual, ciega e impetuosa furia, y media hora más tarde alcanzó la extensa llanura que conduce a Rattlesnake-Creek: treinta minutos más, y llegaban a la meta.

Federico soltó ligeramente las riendas sobre el cuello de la yegua, excitola con un silbido, y tarareó una canción.

Espantose de pronto *Jovita*, y dio un salto que hubiera desmontado a un árabe.

Agarrado a las riendas, estaba un hombre que había saltado desde la cuneta y al mismo tiempo se alzaban ante él y en el camino un caballo y otro jinete en la oscuridad.

—¡Afloja tu bolsa, canalla!—dijo en voz de mando y con una blasfemia la segunda fantasma.

Federico sintió a la yegua temblar debajo de sí y como si fuese a caer desplomada.

Sabía lo que esto significaba, y se preparó.

—Apártate, Simón, te conozco, maldito bandido; déjame pasar o verás...

Dejó la frase sin terminar.

La yegua levantó las patas al aire con un salto terrible, sacudiendo del bocado a la persona que la había agarrado y descargó su mortal malevolencia contra el obstáculo detentor.

Una blasfemia rasgó los aires, sonó un pistoletazo, caballo y salteador rodaron por el suelo y un momento después *Jovita* estaba a cien metros de aquel funesto lugar.

Pero el brazo derecho del jinete, destrozado por una bala, colgaba inerte a su lado. Sin disminuir la velocidad, cambió las riendas a su mano izquierda.

Algunos momentos más tarde viose obligado a parar y a apretar la cincha, que, mal asegurada, podía estúpidamente lograr lo que no habían conseguido el peligro ni el ataque.

Esta operación requirió unos minutos de suprema angustia.

Sin embargo, no temía la persecución. Mirando al cielo, vio que las estrellas de oriente palidecían, y que las lejanas cumbres, perdida su espectral blancura, se destacaban ya

con sombrías tintas sobre un cielo cada vez más argentino. El día se le venía encima.

Haciendo un heroico esfuerzo y completamente absorto en una sola idea, olvidó el dolor de su herida, y montando de nuevo corrió hacia Rattlesnake-Creek.

Pero el aliento de *Jovita* era ya entrecortado, Federico vacilaba en la silla y el cielo se aclaraba ya del todo.

—¡Adelante! ¡Corre, *Jovita*! ¡oh, día, si pudiese detenerte con una mano!

En los últimos pasos sentía ya un zumbido en sus oídos.

El brazo del jinete desangraba más y más...

Al atravesar el camino por bajo de la colina, estaba deslumbrado y desvanecido y no reconoció el terreno que pisaba.

¿Había tomado un mal camino o era aquello Rattlesnake-Creek?

Federico iba por el recto camino.

Pero el alborotado arroyo que algunas horas antes había vadeado, estaba desbordado, y las aguas invadían los campos vecinos, de modo que se interponía entonces como rápido e irresistible río entre él y Rattlesnake-Hill.

Por primera vez en aquella noche, sintió Federico el corazón oprimido.

Todo fluctuaba ante sus ojos, y el río, la montaña y la temprana aurora giraban a su alrededor con velocidad vertiginosa.

Entonces los cerró, concentrándose en sí mismo para recobrar la conciencia que empezaba a vacilar.

En aquel breve intervalo, por algún fantástico procedimiento mental, el cuartito de Bar Sansón y el grupo del padre e hijo dormidos, apareció a su vista.

De repente abriéronse de nuevo sus ojos; tiró su levita, la pistola, las botas y la misma silla, ató fuertemente a sus espaldas el precioso lío; con las desnudas rodillas apretó los costados de *Jovita*, y tendido sobre el lomo del animal la azuzó hacia la corriente.

Un grito se alzó desde la orilla opuesta, mientras que la cabeza de un hombre y de un caballo se mostraban por algunos momentos sobre la batalladora corriente, para ser arrastrados luego fuera del río, por entre descuajados árboles y viscosas masas de lodo.

. . . .

El fuego se había extinguido en el hogar. La vela de la habitación interior espiraba, y en la puerta dieron un fuerte aldabonazo.

El viejo despertó sobresaltado.

Descorrió precipitadamente el cerrojo, pero dando un grito retrocedió ante la choreante y deshecha figura que vacilaba en el umbral.

—¡Federico!

—¡Silencio! ¿Despertó ya?

—No; ¿pero... Federico?

—¡Calla, animal! Tráeme un poco de aguardiente, vivo.

Federico no se acordaba, por lo visto, de la escena de aquella misma noche, pues el viejo voló en su busca y volvió con... una botella vacía.

Si sus fuerzas se lo hubieran permitido, Federico hubiera blasfemado.

Titubeó, y agarrándose del tirador de la puerta, llamó con una señal al viejo mientras aseguraba el bulto de la espalda.

—Hay algo aquí en ese lío para Juanito. Quítamelo. A mí me es imposible.

Lleno de turbación, el viejo desató el lío y colocolo ante el pobre Federico que estaba desfalleciendo.

—¡Abrelo, en seguida!

Hízolo con dedos temblorosos.

Contenía tan sólo unos pobres juguetes, bastante baratos y toscos, pero relucientes de pintura y oropel. Inútil es decir que todos llevaban impresas las huellas de la odisea que habían seguido.

En efecto, uno de ellos estaba roto, otro estropeado por el agua irreparablemente, y sobre el último una mancha de sangre extendía su fatídico contorno.

—No parece gran cosa, en verdad—balbuceó Federico tristemente.—Pero es lo mejor que hemos podido hacer. Recíbelos, viejo, y pónselos en sus zapatos, y dile... dile... dile, sabes... me rueda la cabeza.

El viejo tomolo en sus brazos.

—Dile—añadió Federico sonriendo débilmente,—dile que San Nicolás ha venido.

Y de esta manera, manchado de lodo y sangre, casi desnudo, anonadado, andrajoso, con un brazo colgando inerte a su lado, San Nicolás llegó a Bar Sansón, y cayó desfallecido en el umbral de una mísera vivienda.

El sol extendía ya por el firmamento sus dorados rayos; elevose dulcemente, y con inefable amor pintó de rosadas tintas los lejanos picachos.

Y el albor de Navidad acarició tan tiernamente a Bar Sansón, que la montaña entera, como sorprendida en una acción generosa, se sonrojó hasta las nubes.

LA SUERTE DE CAMPO RODRIGO

Agitábase en conmoción Campo Rodrigo. Cuestión de riñas no sería, pues en 1850 no era esta novedad bastante para reunir todo el campamento. No solamente quedaron desiertos los fosos, sino que hasta la especería de Tut contribuía también con sus jugadores, quienes, como todos sabían, continuaron reposadamente su partida el día en que Pedro el francés y Kanaka Joe se mataron a tiros por encima del mostrador, frente mismo de la puerta. Formando compactos grupos estaban los vecinos reunidos ante una tosca cabaña, hacia el lado exterior del campamento. Se cuchicheaba con verdadero interés, y a menudo se repetía el nombre de una mujer, nombre bastante familiar en el campamento: Genoveva Sal.

Hablar de ella prolijamente sería contraproducente. Basta consignar que era una mujer grosera y desgraciadamente muy pecadora, pero al fin y al cabo la única mujer del campamento Rodrigo, que precisamente pasaba la crisis suprema en que su sexo requiere mayor suma de cuidados y atenciones.

Viciosa, abandonada e incorregible, padecía, sin embargo, un martirio cruel aun cuando lo atienden y dulcifican las compasivas manos femeninas.

En aquel aislamiento original y terrible, sin duda había caído sobre ella la maldición que atrajo Eva en castigo del primer pecado. Tal vez formaba parte de la expiación de sus faltas, que en el momento en que más falta le hacía la ternura intuitiva y los cuidados de su sexo, sólo se encontrara con las caras indiferentes de hombres egoístas.

De todos modos, creo que algunos de los espectadores se encontraban afectados compadeciéndola sinceramente. Alejandro Tipton pensaba que aquello era muy duro «para Sal», y conmovido con tal reflexión, se hizo por el momento superior al hecho de tener escondidos en la manga un as y dos de triunfos.

Hay que confesar que el caso no era para menos. No escaseaban en Campo Rodrigo los fallecimientos, pero un nacimiento no era cosa conocida. Varias personas habían sido expulsadas del campamento resuelta y terminantemente, y sin ninguna probabilidad de ulterior regreso; pero ésta era la primera vez que en él se introducía alguien *ab initio*. He aquí la causa de la sensación.

—Oye, Edmundo—dijo un ciudadano prominente, conocido por León, dirigiéndose a uno de los curiosos.—Entra aquí y mira lo que puedas hacer, tú que tienes experiencia en estas cosas.

Y a la verdad que la elección no podía ser más acertada. Edmundo en otros climas había sido la cabeza putativa de dos familias. Precisamente, a alguna informalidad legal en ese proceder, se debió que Campo Rodrigo, pueblo hospitalario, le contase en su seno. Todos aprobaron la elección y Edmundo fue bastante prudente para acomodarse a la voluntad de sus conciudadanos. La puerta se cerró tras del improvisado cirujano y comadrón, y todo Campo Rodrigo se sentó en los alrededores de la cabaña, fumó su pipa y aguardó el desenlace de la tragedia.

La abigarrada asamblea contaba unos cien individuos; uno o dos de éstos eran verdaderos fugitivos de la justicia, otros eran criminales y todos del «qué se me da a mí». Exteriormente no dejaban traslucir el menor indicio sobre su vida y antecedentes. El más desalmado tenía una cara de

Rafael, con profusión de cabellos rubios: Arturo, el jugador, tenía el aire melancólico y el ensimismamiento intelectual de un Hamlet: el hombre más sereno y valiente apenas medía cinco pies de estatura, con una voz atiplada y maneras afeminadas y tímidas. El término truhanés aplicado a ellos constituía más bien una distinción que una definición. Individualmente considerados, quizá faltaban a muchos los detalles menores, como dedos de la mano y pies, orejas, etc.; pero estas leves omisiones no le quitaban nada de su fuerza colectiva. El más hábil de entre ellos, no tenía más que tres dedos en la mano derecha; el más certero tirador era tuerto de solemnidad.

Tal era el aspecto físico de los hombres dispersos en torno de la cabaña. Formaba el campamento de Campo Rodrigo un valle triangular entre dos montañas y un río, y era su única salida un escarpado sendero que escalaba la cima de un monte frente a la cabaña, camino iluminado entonces por los plateados rayos de Diana.

La paciente podía haberlo visto desde el tosco lecho en que yacía. Podía verlo serpentear como una cinta de plata, hasta expirar en lo alto confundido con las nubes. Un fuego de ramas de pino carcomidas fomentaba la sociabilidad en la reunión. Lentamente, reapareció la alegría natural de Campo Rodrigo. Cambiáronse apuestas a discreción respecto al resultado: Tres contra cinco que Sal saldría con bien de la cosa; además, también apostose que viviría la criatura y se atravesaron apuestas aparte sobre el sexo y complexión del futuro huésped. En lo más recio de la animada controversia, oyose una exclamación de los que estaban más cercanos a la puerta, y todo el mundo aguzó los oídos. Dominando el rumor del aire entre los pinos que agitaba, el murmullo de la rápida corriente del río y el

chisporroteo del fuego, oyose un grito agudo, quejumbroso, un grito al que no estaban avezados los habitantes del campamento de Campo Rodrigo. Las hojas cesaron de gemir, el río cesó en su murmullo y el fuego de chisporrotear: parecía como si la Naturaleza hubiese suspendido sus latidos.

El campamento se levantó como un solo hombre. No sé quién propuso volar un barril de pólvora, pero prevalecieron más sanos consejos, y sólo se acordó el disparo de algunos revólvers en consideración al estado de la madre, la cual, sea debido a la tosca cirugía del campamento, sea por algún otro motivo, fenecía por momentos. No transcurrió una hora sin que, como ascendiendo por aquel escarpado camino que conducía a las estrellas, saliese para siempre de Campo Rodrigo, dejando su vergüenza y su pecado. No creo que tal noticia preocupara a nadie a no ser por la suerte del recién nacido.

—Pero, ¿podrá vivir ahora?—preguntaron todos a Edmundo.

Su contestación fue dudosa. El único ser del sexo de Genoveva Sal que quedaba en el campamento en condiciones de maternidad, era una borrica. Suscitose breve debate respecto a las cualidades de semejante nodriza, pero se sometió a la prueba, menos problemática que el antiguo tratamiento de Rómulo y Remo y al parecer tan satisfactoria.

Disponiendo todos estos adminículos, se pasó todavía otra hora. Por último, se abrió la puerta y la ansiosa muchedumbre de hombres, que ya se había formado en cola, desfiló ordenadamente por el interior de la fúnebre cabaña. Inmediato del bajo lecho de tablas, sobre el cual se dibujaba fantásticamente perfilado el cadáver de la madre

envuelto en la manta, había una tosca mesa cuadrada. Encima de esta había una caja de velas, y dentro, envuelto en franela de un encarnado chillón, yacía el recién llegado a Campo Rodrigo. Al lado mismo de la improvisada cuna, había colocado un sombrero; pronto se comprendió su destino.

—Señores—dijo Edmundo con una extraña mezcla de autoridad y de complacencia *ex oficio,*—los señores tendrán la bondad de entrar por la puerta principal, dar la vuelta a la mesa y salir por la puerta posterior. Los que deseen contribuir con algo para el huérfano, encontrarán a mano un sombrero que se ha dispuesto para el caso.

El primer visitante entró con la cabeza cubierta, pero al girar una mirada en torno suyo se descubrió, y así, inconscientemente, dio el ejemplo a los demás, pues en tal comunidad de gentes, las acciones buenas y malas tienen efecto contagioso. A medida que desfilaba la procesión, se dejaban oír los comentarios críticos, dirigidos más particularmente a Edmundo en su calidad de expositor y cirujano.

—¿Y es eso?

—El ejemplar es verdaderamente minúsculo.

—¡Qué encarnado está!

—¡Si no es más largo que un revólver!

Pero lo verdaderamente característico fueron los donativos: una caja de rapé, de plata; un doblón; un revólver de marina, montado en plata; un lingote de oro; un hermoso pañuelo de señora primorosamente bordado (de parte de Arturo, el jugador), un prendedor de diamantes; una sortija también de diamantes (regalo sugerido por el precedente,

con la observación del dador de que vio aquel alfiler y lo mejoró con dos diamantes); una honda; una biblia (dador incógnito); una espuela de oro; una cucharita de plata cuyas iniciales no eran precisamente las del generoso donante; un par de tijeras de cirujano; una lanceta; un billete de Banco de Inglaterra, de cinco libras, y como unos doscientos pesos sueltos, en oro y en monedas de todo cuño. Mientras duró la ceremonia, Edmundo mantuvo un silencio tan absoluto como el de la muerta que tenía a su izquierda y una gravedad tan indescifrable como la del recién nacido, que yacía encima de la mesa.

Un ligero incidente rompió la monotonía de aquella extraña procesión.

Al inclinarse León curiosamente sobre la caja de velas, la criatura se volvió, y en un movimiento de espasmo agarró el errante dedo del minero y por un momento lo retuvo con fuerza.

León puso la estupefacta cara de un idiota, y algo parecido al rubor se esforzó en asomar a sus mejillas curtidas por el sol.

—¡Maldito bribón!—dijo, retirando su dedo con mayor ternura y cuidado de los que se podrían sospechar de él.

Y al salir, mantenía el dedo algo separado de los demás, examinándolo con extraña atención.

Este examen provocó la misma original observación respecto del angelito.

En efecto, parecía regocijarse al repetirlo.

—¡Ha reñido con mi dedo!—dijo a Alejandro Tipton, mostrando este órgano privilegiado.

—¡Maldito bribón!

Habían dado las cuatro cuando el campamento se retiró a descansar. En la cabaña, donde alguien velaba, ardían unas luces; Edmundo no se acostó aquella noche ni León tampoco; éste bebió a discreción y relató gustosamente su aventura de un modo invariable, terminándola con la calificación característica del recién nacido; esto parecía ponerle a salvo de cualquier acusación injusta de sensibilidad, y León no era hombre de debilidades... Después que todos se hubieron acostado, llegose hasta el río, silbando con aire indiferente. Remontó después la cañada, y pasó por delante de la cabaña silbando aún con significativo descuido. Sentose junto a un enorme palo campeche y volvió sobre sus pasos y otra vez pasó por la cabaña. Al llegar allí, encendió pausadamente su pipa, y en un momento de franca resolución llamó a la puerta.

Edmundo la abrió.

—¿Cómo va?—dijo León, mirando por encima de Edmundo, hacia la caja de velas.

—Perfectamente—contestó Edmundo.

—¿Ocurre algo?

—Nada.

Sucedió una pausa, una pausa embarazosa. Edmundo continuaba con la puerta abierta; León recurrió a su dedo, que mostró a Edmundo.

—¡Se peleó con él el maldito bribón!—dijo, y partió en seguida.

Al amanecer del día siguiente, tuvo Genoveva Sal la ruda sepultura que podía darle Campo Rodrigo; después, cuando

su cuerpo hubo sido devuelto al seno del monte, celebrose una reunión formal en el campamento para discutir lo que debería hacerse con su hijo, recayendo el acuerdo unánime y entusiasta de adoptarlo. Pero a la vez se levantó un animado debate respecto de la posibilidad y manera de subvenir a los dispendios de su mantenimiento. Digno de consignarse es que los argumentos no participaron de ninguna de aquellas feroces personalidades a que conducían, por lo general, las discusiones en Campo Rodrigo. El excirujano propuso enviar la criatura a Red-Dog, a cuarenta millas de distancia, en donde se le podrían prodigar femeniles cuidados: pero la desgraciada proposición encontró en seguida la más unánime y feroz oposición. Indudablemente, no se quería tomar en cuenta plan alguno que encerrase la idea de separarse del recién venido.

Más desconfiado, Tomás Rider observó que aquella gente de Red-Dog podía cambiarlo y endosarles otro, incredulidad respecto a la honradez de los vecinos campamentos que prevalecía en Campo Rodrigo tocante a todos los asuntos.

La proposición de tomar una nodriza encontró también en la asamblea una oposición formidable. Díjose, en primer lugar, que no se alcanzaría de una mujer decente el que aceptara como hogar Campo Rodrigo, y añadió el orador que no hacía falta nadie de otra especie. Esta indirecta, poco caritativa para la difunta madre, por dura que pareciese, fue el primer síntoma de regeneración del campamento. Edmundo nada dijo; tal vez por motivos de delicadeza no quiso meterse en la elección de su posible sucesor, pero cuando le preguntaron, afirmó resueltamente que él y *Jinny*, la borrica antes aludida, podían componérselas para criar al

pequeñuelo. Algo de original, independiente y heroico había en este plan, que gustó al campamento, por lo que se ratificó la confianza a Edmundo, enviándose a Sacramento por unos pañales.

—Cuidado—dijo el tesorero poniendo en manos del enviado un saco de arena aurífera que se pudo encontrar;—encajes, trabajos de filigrana y randas... todo lo que sea menester.

Aunque parece milagro, la criatura salió adelante; tal vez el clima vigoroso de la montaña se encargó de subsanar las deficiencias de la cría. La Tierra amamantó con sus ubres a este aventurero. En aquella atmósfera de las colinas, al pie de la sierra, en aquel aire vivo, de olores balsámicos, encontró cordial a la vez purificante y vivificador, que le servía de alimento, o bien una química sutil que convertía la leche de burra en cal y fósforo y demás nutritivos elementos. Edmundo se inclinaba a creer que era lo último, y su solícita y esmerada atención.

—Yo y la burra—decía—le hemos servido de padre y madre.

Y añadía a menudo, dirigiéndose al envoltorio mal pergeñado que tenía delante:

—Nunca jamás te vuelvas contra nosotros.

Al cabo de treinta días, hízose evidente la necesidad de dar nombre al niño, pues hasta entonces había sido conocido como «el corderito», «el niño de Edmundo», «el cayote», alusión a sus facultades vocales, y aun por el tierno diminutivo de «el maldito bribón». Sin embargo, pronto se dijo que esto era vago y poco satisfactorio, y finalmente prevaleció una nueva opinión. Los aventureros y jugadores son supersticiosos: Arturo declaró un día que la criatura

llevaba la *suerte* a Campo Rodrigo, y a la verdad el campamento no había sido desgraciado en los últimos tiempos. Así, pues, éste fue el nombre convenido, con el prefijo de Tomasín, para hacerlo un poco más cristiano. No se hizo alusión alguna a la madre, y el padre poco importaba.

—Mejor es—dijo el filosófico Arturo—dar de nuevo las cartas, llamarle *La Suerte* y comenzar el juego otra vez.

Se señaló, pues, día para el bautizo. A juzgar por la despreocupada irreverencia que reinaba en Campo Rodrigo, puede imaginarse lo que venía a significar dicha fiesta. El maestro de ceremonias era un tal Boston, célebre taravilla, y la ocasión parecía prestarle magnífica ocasión para lucir sus chistes y agudezas. Este ingenioso bufón pasó dos días preparando una parodia del ceremonial de la iglesia, con algunas alusiones de sabor local. Ensayose convenientemente el coro y se eligió padrino a Alejandro Tipton. Después de la procesión llegó éste a la arboleda con música y banderas al frente, y la criatura fue depositada al pie de un altar simulado. Pero de pronto apareció Edmundo, y adelantándose al frente de la muchedumbre en expectativa, dijo lo siguiente:

—No es mi costumbre echar a perder las bromas, muchachos—y en esto irguiose el hombrecillo resueltamente, haciendo frente a las miradas en él fijas,—pero me parece que esto no cuadra. Es hacer un desafuero al chiquitín, eso de mezclarle en bromas que no puede comprender. Y respecto a la elección de padrino, dijo en tono autoritario:—Quisiera saber quién tiene más derechos que yo.

Un grave silencio siguió a estas palabras, pero sea dicho en honor de todos los bromistas, el primer hombre que

reconoció la justicia fue el organizador del espectáculo, privándose así del legítimo disfrute de su trabajo.

Aprovechando estas ventajas, continuó Edmundo rápidamente:—Pero, estamos aquí para un bautizo y lo tendremos: Yo te bautizo, Tomás La Suerte, según las leyes de los Estados Unidos y de California, y... en nombre de Dios. Amén.

Por primera vez se profería en el campamento el nombre de Dios de otro modo que profanándolo. La ceremonia que acababa de celebrarse era tal vez más risible que la que había concebido el satírico Boston, pero, cosa extraña, nadie reparó en ello. Tomasín fue bautizado tan seriamente como lo hubiera sido bajo las bóvedas de un templo cristiano, y en igual forma tratado y considerado.

Y así fue cómo principió la obra de regeneración de Campo Rodrigo, operándose en el campamento un cambio imperceptible. Lo que primeramente experimentó las primeras señales de progreso, fue la modesta vivienda de Tomasín. Limpiada y blanqueada cuidadosamente, fue luego entarimada con maderas, empapelada y adornada. La cuna de palo rosa traída de ochenta millas sobre un mulo, como decía Edmundo a su manera, fue digno remate de todo aquello. De este modo, la rehabilitación de la cabaña fue un hecho consumado. La numerosa concurrencia que solía pasar el rato en casa de Edmundo para ver cómo seguía La Suerte, apreciaban el cambio, y, en defensa propia, el establecimiento rival, la especería de Tut, se restauró con un espejo y una alfombra. Consecuencia saludable de estas novedades, fue fomentar en Campo Rodrigo costumbres más rígidas de aseo personal; además, Edmundo impuso una especie de cuarentena a aquellos que aspiraban al honor de tener en brazos a La Suerte. Claro que esto fue una

mortificación para León, quien, gracias al descuido de una varonil naturaleza y a las costumbres de la vida de fronteras, había creído hasta entonces que los vestidos eran una segunda piel que, como la de la serpiente, sólo se cambiaba cuando se caía por carecer de utilidad. No obstante, fue tan sutil la influencia del ejemplo ajeno, que desde aquella fecha en adelante apareció regularmente con camisa limpia y cara aún reluciente por el contacto del agua fresca. Tampoco fueron descuidadas las leyes higiénicas, tanto morales como sociales. Tomasito, al que se suponía en necesidad permanente de reposo, no debía ser estorbado por ruidos molestosos, así es que la gritería y los aullidos tan connaturales a los habitantes del campamento, no fueron permitidos al alcance del oído de la casa de Edmundo. Los hombres conversaban en voz baja o bien fumaban con gravedad india, la blasfemia fue tácitamente proscrita de aquellos sagrados recintos, y en todo el campamento la forma expletiva popular: maldita sea la suerte o maldita la suerte, fue desechada por prestarse a enojosas interpretaciones. Sólo fue autorizada la música vocal por suponérsele una cualidad calmante, y cierta canción entonada por Jack, marino inglés, desertor de las colonias australianas de S. M. Británica, se hizo popular como un canto de cuna. Se trataba del relato lúgubre de las hazañas de la *Aretusa*, navío de 74 cañones, cantado en tono menor, cuya melodía terminaba con un estribillo prolongado al fin de cada estrofa. Era de ver a Jack meciendo en sus brazos a La Suerte con el movimiento de un buque y entonando esta canción de sus tiempos de fidelidad. No sé si por el extraño balanceo de Jack, o por lo largo de la canción—contenía noventa estrofas, que se continuaban en concienzuda deliberación hasta el deseado fin,—el canto de cuna causaba el efecto deseado. Al volver del trabajo, los

mineros se tendían bajo los árboles, en el suave crepúsculo de verano, fumando su pipa y saboreando las melodiosas cadencias de la composición. Una vaga idea de que esto era la felicidad de Arcadia, se infundió a todos.

—Esta especie de cosa—decía el Chokney Simons, gravemente apoyado en su codo—es celestial.

Le recordaba a Greenwich.

En los calurosos días de verano, generalmente llevaban a La Suerte al valle, donde Campo Rodrigo explotaba el metal precioso. Allí, mientras los hombres trabajaban en el fondo de las minas, el pequeñuelo permanecía sobre una manta extendida sobre la verde hierba. La intuición artística de los mineros acabó por decorar esta cuna con flores y arbustos olorosos, llevándole cada cual, de tiempo en tiempo, matas de silvestre madreselva, azalea, o bien los capullos pintados de las mariposas. De allí en adelante, se despertó en los mineros la idea de la hermosura y significación de estas bagatelas que durante tanto tiempo habían hollado con indiferencia. Un fragmento de reluciente mica, un trozo de cuarzo de variado color, una piedra pulida por la corriente del río, se embellecieron a los ojos de estos valientes mineros y fueron siempre puestos aparte para La Suerte. De esta manera, la multitud de tesoros que dieron los bosques y las montañas para Tomasín, fue incalculable. Circundado de juguetes tales como jamás los tuvo niño alguno en el país de las hadas, es de esperar que Tomasín viviese satisfecho. La felicidad se asentaba en él, pero dominaba una gravedad infantil en todo su aspecto una luz contemplativa en sus grises y redondos ojos que alguna vez pusieron a Edmundo en grave inquietud. Era muy dócil y apacible. Dicen que una vez, habiendo caminado a gatas más allá de su corral o cercado

de ramas de pino entrelazadas que rodeaban su cuna, se cayó de cabeza por encima del banquillo, en la tierra blanda, y permaneció con las encogidas piernas al aire, por lo menos, cinco minutos, con una gravedad y un estoicismo admirables, levantándolo sin una queja. Otros muchos ejemplos de su sagacidad sin duda se sucederían, que desgraciadamente descansan en las relaciones de amigos interesados. No carecían muchos de cierto tinte supersticioso.

Por ejemplo. Un día León llegó en un estado de excitación verdaderamente extraordinario.

—No hace mucho—dijo,—subí por la colina, y maldito sea mi pellejo, si no hablaba con una urraca que se ha posado sobre sus pies. Charlando como dos querubines, daba gozo verles allí tan graciosos y desenvueltos.

De cualquier manera que fuese, ya corriendo a gatas por entre las ramas de los pinos o tumbado de espaldas contemplase las hojas que sobre él se mecían, para él cantaban los pájaros, brincaban las ardillas y se abrían las flores suavemente. La Naturaleza fue su nodriza y compañera de juego, y tan pronto deslizaba entre las hojas flechas doradas de sol que caían al alcance de su mano, como enviaba brisas para orearle con el aroma del laurel y de la resina, le saludaban los altos palos campeches familiarmente, y somnolientas zumbaban las abejas, y los cuervos graznaban para adormecerlo.

Así transcurrió el verano, edad de oro de Campo Rodrigo.

Feliz tiempo era aquél, y la Suerte estaba con ellos. Las minas rendían enormemente; el campamento estaba celoso de sus privilegios y miraba con prevención a los forasteros; no se estimulaba a la inmigración, y al efecto de hacer más

perfecta su soledad, compraron el terreno del otro lado de la montaña que circundaba el campamento en donde hubiese cuajado perfectamente el célebre *adversus hostem, eterna auctoritas* de los romanos. Esto y una reputación de rara destreza en el manejo del revólver mantuvo inviolable el recinto del afortunado campamento. El peatón postal, único eslabón que los unía con el mundo circunvecino, contaba algunas veces maravillosas historias de Campo Rodrigo, diciendo a menudo:

—Allí arriba tienen una calle que deja muy atrás a cualquier calle de Red-Dog; tienen alrededor de sus casas emparrados y flores, y se lavan dos veces al día; pero son muy duros para con los extranjeros e idolatran a una criatura india.

La prosperidad del campamento hizo entrar un deseo de mayores adelantos; para la primavera siguiente se propuso edificar una fonda e invitar a una o dos familias decentes para que allí residiesen, quizá para que la sociedad femenina pudiese reportar algún provecho al niño. El sacrificio que esta concesión hecha al bello sexo costó a aquellos hombres, que eran tenazmente escépticos respecto de su virtud y utilidad general, sólo puede comprenderse por el entrañable afecto que Tomasín inspiraba.

No faltó quien se opusiera, pero la resolución no se podía efectuar hasta el cabo de tres meses, y la misma minoría cedió, sin resistencia, con la esperanza de que algo sucedería que lo impidiese, como en efecto sucedió.

El invierno de 1851 se recordará por mucho tiempo en toda aquella comarca. Una densa capa de nieve cubría las sierras: cada riachuelo de la montaña se transformó en un río y cada río en un brazo de mar: las cañadas se convirtieron en torrentes desbordados que se precipitaron

por las laderas de los montes, arrancando árboles gigantescos y esparciendo sus arremolinados despojos por doquier. Red-Dog fue inundado ya por dos veces, y Campo Rodrigo no tardaría en correr la misma suerte.

—El agua llevó el oro a estas hondonadas—dijo Edmundo,—una vez ha estado aquí, otra vendrá.

Y aquella noche el North-Fork rebasó repentinamente sus orillas y barrió el valle triangular de Campo Rodrigo. En la devastadora avenida que arrebataba árboles quebrados y maderas crujientes, y en la oscuridad que parecía deslizarse con el agua e invadir poco a poco el hermoso valle, poco pudo hacerse para recoger los desparramados despojos de aquella incipiente ciudad. Al amanecer, la cabaña de Edmundo, la más cercana a la orilla del río, había desaparecido. En el fondo de la hondonada, encontraron el cuerpo de su desgraciado propietario; pero el orgullo, la esperanza, la alegría, la Suerte de Campo Rodrigo no pareció.

Emprendía ya el regreso con corazón triste, cuando un grito lanzado desde la orilla los detuvo; era una barca de socorro que venía contra corriente. Dijeron que, unas dos millas más abajo, habían recogido un hombre y una criatura medio exánimes. Quizá algunos los conocería si pertenecían al campamento.

Una sola mirada les bastó para reconocer a León, tendido y magullado cruelmente, pero teniendo todavía en los brazos a La Suerte de Campo Rodrigo.

Al inclinarse sobre la pareja extrañamente junta, vieron que la criatura estaba fría y sin pulso.

—Está muerto—dijo uno.

León abrió los ojos desmesuradamente.

—¿Muerto?—repitió con voz apagada.

—Sí, buen hombre, y tú también te estás muriendo.

Y el rostro de León se iluminó con una suprema sonrisa.

—Muriéndome—repitió,—me lleva consigo. Conste, muchachos, que me quedo con La Suerte.

Y aquella viril figura, asiendo al débil pequeñuelo, como el que se ahoga se aferra en una paja, desapareció en el tenebroso río que corre a abocarse en la inmensidad del mar.

LOS DESTERRADOS DE POKER FLAT

Al poner el pie don Jorge, jugador de oficio, en la calle Mayor de Poker-Flat, en la mañana del día 22 de noviembre de 1850, presintió ya que, desde la noche anterior, se efectuaba un cambio en la atmósfera moral de la población. Algunos grupos donde se conversaba gravemente, enmudecieron cuando se acercó y cambiaron miradas significativas. Era de notar que dominaba en el aire una tranquilidad dominguera; lo cual en un campamento poco acostumbrado a la influencia del domingo, parecía de mal agüero, y sin embargo, la cara tranquila y hermosa de don Jorge no reveló el menor interés por estos síntomas. ¿Tenía conciencia acaso de alguna causa predisponente? Eso era cosa distinta.

—Sospecho que van tras de alguno—pensó;—tal vez tras de mí.

Introdujo en su bolsillo el pañuelo con que había sacudido de sus botas el encarnado polvo de Poker-Flat, y con entera calma desechó de su mente toda conjetura.

La verdad era que Poker-Flat andaba tras de alguno. Había sufrido recientemente la pérdida de algunos miles de pesos, de dos caballos de valor y de un ciudadano preeminente, y en la actualidad pasaba por una crisis de virtuosa reacción, tan ilegal y violenta como cualquiera de los actos que la originaron. El comité secreto había resuelto expulsar de su seno todo miembro podrido. Practicose esto de un modo permanente, respecto a dos hombres que colgaban ya de las ramas de un sicomoro, en la hondonada, y de un modo temporal con el destierro de otras varias personas de

pésimos antecedentes. Es sensible tener que decir que algunas de éstas eran señoras; pero en descargo del sexo, debo advertir que su inmoralidad era profesional y que sólo ante un vicio tal y tan patente se atrevía Poker-Flat a erigirse en inflexible tribunal.

A don Jorge le sobraba razón al suponer que estaba él incluido en la sentencia. Alguien del comité había insinuado la idea de ahorcarlo, como ejemplo tangible y medio seguro de reembolsarse, a costa de su bolsillo, de las sumas que les había ganado.

—No es justo—decía Simón Velero—dejar que ese joven de Campo Rodrigo, extranjero por sus cuatro costados, se lleve nuestros ahorros.

Sin embargo, un imperfecto sentimiento de equidad, emanado de los que habían tenido la buena suerte de limpiar en el juego a don Jorge, acalló las mezquinas preocupaciones de los más irreductibles.

Don Jorge recibió el fallo con filosófica calma, tanto mayor en cuanto sospechaba ya las vacilaciones de sus juzgadores. Era muy buen jugador para no someterse a la fatalidad. En su sentir, la vida era un juego de azar y reconocía el tanto por ciento usual en favor del banquero.

Una escolta de hombres armados acompañó a esa escoria social de Poker-Flat hasta las afueras del campamento. Formaban parte de la partida de los expulsados, además de don Jorge, reconocido como hombre decididamente resuelto, y para intimidar al cual se había tenido cuidado de armar el piquete, una joven conocida familiarmente por la Duquesa, otra mujer que se había ganado el título de madre Shipton, y el tío Billy, sospechoso de robar filones y borracho empedernido. La cabalgada no excitó comentario

alguno de los espectadores, ni la escolta dijo la menor palabra. Solamente cuando alcanzaron la hondonada que marcaba el último límite de Poker-Flat, el jefe habló cuatro palabras en relación con el caso: el que desease conservar su vida, no debía poner más los pies en Poker-Flat.

Luego, cuando se alejaba la escolta, los sentimientos comprimidos se exhalaron en algunas lágrimas histéricas por parte de la Duquesa, en injurias por la de la madre Shipton y en blasfemias que, como flechas envenenadas, lanzaba el tío Billy. Tan sólo el estoico don Jorge permanecía mudo. Escuchó impasible los deseos de la madre Shipton de sacar el corazón a alguien, las repetidas afirmaciones de la Duquesa de que se moriría en el camino, y también las alarmantes blasfemias que al tío Billy parecían arrancarle las sacudidas de su cabalgadura. Para no desmentir la franca galantería de los de su clase, insistió en trocar su propio caballo, llamado *El Cinco*, por la mala mula que montaba la Duquesa; pero ni aun esta acción despertó simpatía alguna entre los de la comitiva errante. La Duquesa arregló sus ajadas plumas con cansada coquetería; la madre Shipton miró de reojo con malevolencia a la posesora de *El Cinco*, y el tío Billy no perdonó a ninguno de la partida con sus diatribas.

De todos modos, el camino de Sandy-Bar, campamento que en razón de no haber experimentado aún la regeneradora influencia de Poker-Flat, parecía ofrecer algún aliciente a los emigrantes, atravesaba una escarpada cadena de montañas, y ofrecía a los viajeros una jornada bastante regular. En aquella avanzada estación, la partida pronto salió de las regiones húmedas y templadas de las colinas, al aire seco, frío y vigoroso de las sierras. El sendero era estrecho y dificultoso; hacia el mediodía, la

Duquesa, dejándose caer de la silla de su caballo al suelo, manifestó su resolución de no continuar más allá.

El paraje era singularmente imponente y salvaje. Un anfiteatro poblado de bosque, cerrado en tres de sus lados por rocas cortadas a pico en el desnudo granito, se inclinaba suavemente sobre la cresta de otro precipicio que dominaba la llanura. Sin duda alguna, era el punto más a propósito para un campamento, si hubiera sido prudente el acampar. Pero don Jorge, que no perdía fácilmente su orientación, sabía que apenas habían hecho la mitad del viaje a Sandy-Bar, y la partida no estaba equipada ni provista para hacer alto. Sin embargo, no hizo más que recordar esta circunstancia a sus compañeros acompañándola de un comentario filosófico sobre la locura de tirar las cartas antes de acabar el juego. Estaban provistos de licores, y en esta contingencia suplieron la comida y todo lo demás de que carecían. A pesar de su protesta, no tardaron en caer en mayor o menor grado bajo la influencia del alcohol.

La madre Shipton se echó a roncar; el tío Billy pasó rápidamente del estado belicoso al de estupor y la Duquesa quedó como aletargada. Sólo don Jorge permaneció en pie, apoyado contra una roca, contemplándolos con tranquilidad, pues don Jorge no bebía; esto hubiera perjudicado a una profesión que requiere cálculo, impasibilidad y sangre fría; en fin, para valernos de su propia frase, no «podía permitirse este lujo». Contemplando a sus compañeros de destierro y al filosofar sobre el aislamiento nacido de su oficio, sobre las costumbres de su vida y sobre sus mismos vicios, sintiose oprimido por primera vez. Procedió a quitar el polvo de su traje negro, a lavarse las manos y cara y a practicar otros actos característicos de sus hábitos de extremada limpieza, y por

un momento olvidó su situación. No incurrió jamás en la pecaminosa idea de abandonar a sus compañeros, más débiles y dignos de lástima; pero, sin embargo, echaba de menos aquella excitación que, extraño es decirlo, era el mayor factor de la tranquila impasibilidad de que gozaba. Examinaba embebido las tristes murallas que se elevaban a mil pies de altura, cortadas a pico, por encima de los pinos que lo rodeaban; el cielo cubierto de amenazadoras nubes, y más abajo el valle que se hundía ya en la sombra, cuando oyó de repente que lo llamaban.

Un jinete ascendía poco a poco por el camino. No tardó mucho en reconocer en la franca y animada cara del recién venido a Tomás Búfalo, llamado el Inocente de Sandy-Bar. Le había encontrado hacía algunos meses en una partidilla, donde con la mayor legalidad ganó al cándido joven toda su fortuna, que ascendía a unos cuarenta dóllars. Después que hubo terminado la partida, don Jorge se retiró con el joven especulador detrás de la puerta, y allí le dijo estas o parecidas palabras:

—Tomás, eres un buen muchacho, pero no sabes jugar ni por valor de un centavo; no lo pruebes otra vez si has de seguir mis consejos.

Y diciendo esto, le devolvió su dinero, lo empujó suavemente fuera de la sala de juego, y así hizo de Tomás, más que un amigo, un esclavo.

El entusiasta y cordial saludo que Tomás dirigió a don Jorge, recordaba este generoso acto. Según dijo, iba a tentar fortuna en Poker-Flat.

—¿Solo?

—Completamente solo, no: a decir verdad (aquí se rió), se había escapado con Flora Vods. ¿No recordaba ya don

Jorge a Flora Vods, la que servía la mesa en el Hotel de la Templanza? Hacía tiempo ya que seguía en relaciones con ella, pero el padre, Jaime Vods, se opuso; de manera que se escaparon e iban a Poker-Flat a casarse, y ¡hételos aquí! ¡Qué fortuna la suya en encontrar un sitio donde acampar en compañía tan agradable!

La conversación quedó interrumpida al aparecer Flora Vods, muchacha de quince años, rolliza y de buena presencia; salía de entre los pinos, donde se ocultara ruborizándose y se adelantaba a caballo hasta ponerse al lado de su prometido.

No era don Jorge hombre a quien le preocupasen las cuestiones de sentimiento y aún menos de las de conveniencia social, pero instintivamente comprendió las dificultades de la situación. No obstante, tuvo suficiente aplomo para largar un puntapié al tío Billy que ya iba a soltar una de las suyas, y el tío Billy estaba bastante sereno para reconocer en el puntapié de don Jorge un poder superior que no toleraría guasas de ningún género. Esforzose después en disuadir a Tomás de que acampara allí; pero fue inútil. Prevínole que no tenía provisiones ni medios para establecer un campamento; pero, por desgracia, el Inocente desechó estas razones asegurando a la partida que iba provisto de un mulo cargado de víveres, y descubriendo además una como tosca imitación de choza abierta al lado del camino.

—Flora podrá ocuparla con la señora de Jorge—dijo el Inocente, señalando a la Duquesa.—Yo ya me las compondré.

Pronunciadas estas palabras, le fue preciso a don Jorge toda su energía para impedir que estallase la risa del tío Billy, que aún así hubo de retirarse a la hondonada para

recobrar la formalidad. Allí confió el chiste a los altos pinos, golpeándose repetidas veces los muslos con las manos, entre las muecas, contorsiones y blasfemias que en él eran tan comunes. A su regreso encontró a sus compañeros sentados en amistosa conversación alrededor del fuego, pues el aire había refrescado en extremo y el cielo se cubría de espesos nubarrones. Flora estaba hablando de una manera expansiva con la Duquesa, que la escuchaba con un interés y animación que desde hacía mucho tiempo no había demostrado. Búfalo discurría con igual éxito junto a don Jorge y a la madre Shipton, que se mostraba amable hasta cierto punto.

—¿Es este caso una tonta partida campestre?—dijo el tío Billy para sus adentros con desprecio, contemplando el silvestre grupo, las oscilaciones de la llama y las caballerías atadas.

De pronto, una idea se mezcló con los vapores alcohólicos que enturbiaban su cabeza. La idea sería seguramente chistosa, pues se golpeó otra vez los muslos y se metió un puño en la boca para contener la risa.

Lentamente las nubes se deslizaron por la montaña arriba, una ligera brisa cimbreó las copas de los pinos y aulló a través de sus largas y tristes hondonadas. La ruinosa choza, toscamente reparada y cubierta con ramas de pino, fue cedida a las señoras. Los novios, al separarse, cambiaron un beso tan puro y apasionado, que el eco pudo repetirlo en los vecinos peñascos. La frágil Duquesa y la cínica madre Shipton estaban, probablemente, demasiado asombradas para burlarse de esta última prueba de candor, y se dirigieron sin decir palabra hacia la cabaña. Avivaron otra vez el fuego; los hombres se tendieron delante de la puerta, y pocos momentos después dormían todos a pierna suelta.

Don Jorge tenía el sueño ligero; antes de apuntar el día, despertó aterido de frío. Al remover con un tizón el moribundo fuego, el viento que soplaba entonces con fuerza llevó a sus mejillas algo que le heló la sangre: la nieve. Dirigiose sobresaltado a los que dormían con intención de despertarles, pues no había tiempo que perder; pero al volverse hacia donde debía estar tendido el tío Billy, vio que éste había desaparecido. Cruzó rápidamente por su mente una idea desagradable, y una maldición salió de sus labios. Voló hacia donde habían atado a los mulos: ya no estaban allí.

Mientras tanto, las sendas desaparecían rápidamente bajo la nieve que caía con profusión.

Por un momento quedó aterrado don Jorge, pero pronto volviose hacia el fuego, con su serenidad acostumbrada. No despertó a los dormidos. El Inocente descansaba tranquilamente, con una apacible sonrisa en su rostro cubierto de pecas, y la virgen Flora dormía entre sus frágiles hermanas, como si le custodiaran guardianes angelicales. Don Jorge, echándose la manta sobre los hombros, se atusó el bigote y esperó la luz del mediodía, que vino poco a poco envuelta en neblina y en un torbellino de copos de nieve que cegaba y confundía. El paisaje parecía transformado como por arte de magia. Pasó sin atención la vista por el valle y resumió el presente y el porvenir en cuatro palabras: Sitiados por la nieve.

El detenido examen de las provisiones, que, afortunadamente para la partida estaban almacenadas en la choza, por lo que escaparon a la rapacidad del tío Billy, les dio a conocer que, con cuidado y prudencia, podían sostenerse aún diez días más.

—Eso—dijo don Jorge *sotto voce* al Inocente,—con tal que nos quiera usted tomar a pupilaje; si no (y tal vez hará usted mejor en ello), esperaremos que el tío Billy regrese con las nuevas municiones de boca que seguramente habrá ido a buscar.

No sé por qué ingrato motivo, don Jorge no dio a conocer la infamia del tío Billy, exponiendo la hipótesis de que éste se había extraviado del campamento en busca de los animales que se habían escapado sin duda. Echó una indirecta acerca de lo mismo a la Duquesa y a la madre Shipton, que, como es natural, comprendieron la defección de su consocio.

—Si se les da el más pequeño indicio, descubrirán también la verdad respecto de *todos* nosotros—añadió con intención,—y es por demás alarmar a la feliz pareja.

Tomás Búfalo no sólo puso a disposición de don Jorge todo lo que llevaba, sino que parecía disfrutar ante la perspectiva de una obligada reclusión.

—Habremos pasado una semana de campo, después se derretirá la nieve, y partiremos cada cual por su lado.

El franco optimismo del joven y la serenidad de don Jorge, comunicose a los demás. El Inocente, por medio de ramas de pino, improvisó un techo para la choza, que no lo tenía, y la Duquesa contribuyó al arreglo del interior con un gusto y tacto que hicieron abrir grandes ojos de asombro a la joven y fugitiva campesina.

—Ya se conoce que está acostumbrada a casas hermosas en Poker-Flat—dijo Flora.

La aludida dio media vuelta rápidamente, para ocultar el rubor que teñía sus mejillas, aun a través del colorido

postizo de las de su profesión, y la madre Shipton rogó a Flora que guardase silencio. Al regresar don Jorge de su penosa e inútil exploración en busca del camino, oyó el sonido de una alegre risa que el eco repitió varias veces. Algo alarmado, parose pensando en el aguardiente que había escondido prudentemente.

—Esto no suena a aguardiente—dijo el jugador.

Sin embargo, hasta que a través del temporal vio la fogata y en torno de ella el grupo, no se convenció de que todo ello era una broma de buen género. Yo no sé si don Jorge había ocultado su baraja con el aguardiente como objeto prohibido a la comunidad, lo cierto os que, valiéndome de las propias palabras de la madre Shipton, «no habló una sola vez de cartas» durante aquella noche. Menos mal que pudo matarse el tiempo con un acordeón que Tomás sacó con aparato de su equipaje.

Luchando con algunas dificultades en el manejo de este instrumento, Flora logró arrancarle una melodía recalcitrante, acompañándola el Inocente con los palillos. La pieza que coronó la velada fue un rudo himno de misa campestre que los novios, entrelazadas las manos, cantaron con gran entusiasmo y vehemencia. Creo que el tono de desafío, del coro y aire del *Covenanter*[8], y no las cualidades religiosas que pudiera encerrar, fue motivo de que acabaran todos por tomar parte en el estribillo:

> Estoy orgulloso de servir al Señor,
> y me obligo a morir en su ejército.

Los árboles crujían, la tempestad se desencadenaba sobre el miserable grupo y las llamas del ara se lanzaban hacia el cielo como un testimonio del voto.

Entrada la noche, calmó la tempestad; los grandes nubarrones se corrieron y las estrellas brillaron centelleando sobre el negro fondo del firmamento. Don Jorge, a quien sus costumbres profesionales permitían vivir durmiendo lo menos posible, compartió la guardia con Tomás Búfalo de modo tan desigual, que cumplió casi por sí solo esta obligación. Disculpose con el Inocente, diciendo que muy a menudo se había pasado sin dormir ocho días seguidos.

—¿Pero haciendo qué?—preguntó Tomás.

—El *poker*[9]—contestó don Jorge gravemente.—Mira: cuando un hombre llega a tener una suerte borracha, antes se cansa la suerte que uno. No hay cosa más extraña que la suerte. Todo lo que se sabe de ella es que forzosamente debe cambiar. Y el descubrir cuándo va a cambiar, es lo que te forma. Ahora, por ejemplo, desde que salimos de Poker-Flat hemos dado con una vena de mala suerte. Llegan ustedes y les pillo también de lleno. El que tiene ánimo para conservar los naipes hasta el fin, éste se salva.

Y añadió el filósofo y jugador de una pieza, con alegre irreverencia:

> Estoy orgulloso de servir al Señor,
> y me obligo a morir en su ejército.

Pasaron tres días, y el sol, a través de las blancas colgaduras del valle, vio el cuarto a los desterrados repartirse las reducidas provisiones para el desayuno. Por un fenómeno singular de aquel montañoso clima, los rayos del sol difundían benigno calor sobre el paisaje de invierno, como compadeciéndose arrepentidos de lo pasado; pero, al mismo tiempo, descubrían la nieve apilada en grandes montones alrededor de la cabaña. Por todas partes se

extendía un mar de blancura sin esperanza de término, mar desconocido, sin senda, de que eran juguetes estos náufragos de nuevo género. A muchas millas de distancia y a través de un aire maravillosamente sutil, se elevaba el humo de la rústica aldea de Poker-Flat. Observolo la madre Shipton, y desde lo más alto de la torre de su fortaleza de granito lanzó hacia aquella una maldición. Fue su última blasfemia y tal vez por aquel motivo revestía cierto carácter sublime.

—Me siento mejor—dijo confidencialmente a la Duquesa.—Pruebe de salir allí y maldecirlos, y te convencerás.

Luego, se impuso la tarea de distraer a *la criatura*, como ella y la Duquesa tuvieron a bien llamar a Flora; Flora no era una polluela, pero las dos mujeres se explicaban de esta manera consoladora y original que no fuese indecorosa ni soltase maldiciones.

Otra vez vino la noche a cubrir el valle con sus tinieblas.

Las quejumbrosas notas del acordeón se elevaban y descendían junto a la vacilante fogata del campamento con prolongados gemidos y frecuentes intermitencias. Pero como la música no alcanzaba a llenar el penoso vacío que dejaba la insuficiencia de alimento, Flora propuso una nueva distracción: contar cuentos. No tenían ganas don Jorge ni sus compañeras de relatar las aventuras personales, y el plan hubiera fracasado también a no ser por Tomás Búfalo. Algunos meses antes había encontrado por casualidad un tomo desparejado de la ingeniosa traducción de la *Iliada*, por Mr. Pope. Se impuso pues la tarea de relatar en el lenguaje corriente de Sandy-Bar, los principales incidentes de aquel poema, cuyo argumento dominaba, aunque con olvido de algunos nombres propios. Los

semidioses de Homero volvieron aquella noche a pisar el planeta, y el pendenciero troyano y el astuto griego lucharon entre el viento, y los inmensos pinos *del cañón* parecían inclinarse ante la cólera del hijo de Peleo. Al parecer, don Jorge escuchaba con apacible fruición; pero se interesó especialmente por la suerte de As-quiles, como el Inocente persistía en denominar a Aquiles, *el de los pies ligeros*.

De este modo, con poca comida, mucho Homero y el acordeón, transcurrió una semana que con paciencia soportaron los fugitivos. De nuevo los abandonó el sol, y otra vez los copos de nieve de un cielo plomizo, cubrieron el congelado suelo. Poco a poco les fue estrechando cada vez más el círculo de nieves, hasta que los muros deslumbrantes de blancura se levantaron a veinte pies por encima de la cabaña. El fuego fue cada vez más difícil de alimentar; los árboles caídos a su alcance, estaban sepultados ya por la nieve. Y no obstante, nadie se quejaba. Los novios, olvidando tan triste perspectiva, se miraban en los ojos uno de otro, y eran felices, y don Jorge se resignó tranquilamente al mal juego que se le presentaba ya como perdido. La Duquesa, más alegre que de costumbre, se dedicó a cuidar a Flora; sólo la madre Shipton, antes la más fuerte de la caravana, parecía enfermar y fenecer poco a poco. A media noche del décimo día, llamó a su lado a don Jorge:

—Me voy—dijo con voz de quejumbrosa debilidad.—Le ruego no diga nada a los corderitos; tome el lío que está bajo mi cabeza y ábralo.

Efectuándolo, don Jorge vio que contenían intactas las raciones recibidas por la madre Shipton durante los últimos ocho días.

—Delas a *la criatura*—dijo, señalando a la dormida Flora.

—¡Infeliz! ¡Se ha dejado morir de hambre!—dijo el jugador con sorpresa.

—Así se llama esto—repuso la mujer con voz apagada.

Se acostó de nuevo, y volviendo la cara hacia la pared, entró en una rápida agonía.

Aquel día enmudecieron el acordeón y las castañuelas, y se olvidó la *Iliada* y sus héroes.

Al ser entregado el cuerpo de la madre Shipton a la nieve, don Jorge llamó aparte al Inocente y le mostró un par de zuecos para nieve, que había fabricado con los fragmentos de una vieja albarda.

—Hay todavía una probabilidad contra ciento de salvarla; pero es hacia allí—añadió señalando a Poker-Flat.—Si puedes llegar en dos días, cantaremos victoria.

—¿Y usted?—preguntó Tomás.

—Yo me quedo—contestó secamente.

La pareja se despidió con un estrecho y efusivo abrazo, al que siguieron algunas lágrimas. ¡Don Jorge! ¿También se va usted?—preguntó la Duquesa cuando vio a aquél que parecía aguadar a Tomás para acompañarle.

—Hasta *el cañón*—contestó.

Y, diciendo esto, besó a la Duquesa, dejando encendida su blanca cara y rígidos de asombro sus entumecidos nervios.

La soledad nocturna vino otra vez, pero no don Jorge. Trajo otra vez la tempestad y la nieve con sus torbellinos.

Avivando el expirante fuego, vio la Duquesa que alguien había apilado a la callada contra la choza, leña para algunos días más. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero las ocultó a Flora.

Dominadas por el terror, aquellas vírgenes durmieron poco. Al amanecer, al contemplarse cara a cara comprendieron su común destino, observando el más riguroso silencio. Flora, haciéndose la más fuerte, se acercó a la Duquesa y la enlazó con su brazo, en cuya disposición mantuviéronse todo el resto de la jornada. La tempestad llegó aquella noche a su mayor furia, destrozó los pinos protectores e invadió la misma cabaña.

Al romper el nuevo día, no pudieron ya avivar el fuego, que se extinguió poco a poco.

A medida que las cenizas se amortiguaban, la Duquesa se acurrucaba junto a Flora, y por fin rompió aquel silencio que parecía eterno:

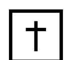
—Flora; ¿puedes rezar aún?

—No, hermana...—respondió Flora dulcemente.

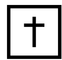
La Duquesa, sin saber por qué, sintiose más libre, y apoyando su cabeza sobre el hombro de Flora no dijo más. Y así, reclinadas, prestando la más joven y pura su pecho como apoyo a su pecadora hermana, quedaron dormidas. El viento, como si temiera despertarlas, cesó. Muchos copos de nieve, arrancados a las largas ramas de los pinos, volaron como pájaros de blancas alas y se posaron sobre aquel grupo sublime. Diana, la de argentinos rayos, contempló al través de las desgarradas nubes aquel lugar selváticamente bello. Toda impureza humana se había fundido, todo rastro de dolor terreno había desaparecido bajo el inmaculado manto tendido misericordiosamente desde arriba.

Todo aquel día durmieron su apacible sueño, y al siguiente no despertaron, cuando voces y pasos humanos rompieron el silencio de aquel mudo paraje. Y cuando manos piadosas separaron la nieve de sus marchitas caras, apenas podía decirse, por la paz igual que ambas respiraban, cuál fuera la que se había manchado. La misma ley de Poker-Flat lo reconoció así y se retiró, dejándolas todavía enlazadas una en brazos de otra.

En la embocadura del desfiladero, sobre uno de los mayores pinos, encontrose un dos de bastos clavado en la corteza, con un cuchillo de monte. Contenía la siguiente inscripción, hecha con vigorosos trazos de lápiz:



AL PIE DE ESTE ÁRBOL YACE EL CUERPO DE DON JORGE
QUE DIO CON UNA VENA DE MALA SUERTE
EL 23 DE NOVIEMBRE 1850
Y ENTREGÓ SUS PUESTAS EL 7 DE DICIEMBRE 1850



Y, en efecto. Allí, frío y sin pulso, con un revólver a su lado y una bala en el corazón, yacía bajo la nieve el que a la vez había sido el más fuerte y el más débil de los expulsados de Poker-Flat, cosas ambas que se leían todavía a través del rostro apacible pero enérgico del jugador.

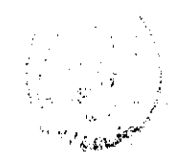
AÑO 15. NUM. 180.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

DICIEMBRE, 1903



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020

UNO

(NARRACION CALIFORNIANA)

Pasaba en el campamento por ser de una inutilidad y de una incapacidad absolutas. Desde el día en que puso el pie en el Bosque Rojo, llevando cuantos efectos poseía en un pañuelo anudado en la punta de un palo, hasta aquel en que se marchaba, arrastrado por un tablón en la terrible inundación de 1856, sus compañeros no obtuvieron ni esperaron nada de él. En medio de aquel grupo de rudos mineros con groseras virtudes y vicios atractivos y fáciles, se encontraba él, igualmente desprovisto de unas y otros, y tanto sus debilidades como sus ridiculeces no eran bastante salientes tampoco para elevarle á la categoría de bufón. Entre los actores del Bosque Rojo, en los salvajes y sombríos dramas que se desarrollaban harto á menudo tras el verde telón de los pinos, él, comparsa mudo, no desempeñaba sino los papeles pasivos y borrosos. Sin nombre conocido, el censo le había pasado en silencio; sin dinero, el recaudador de contribuciones lo ignoraba; sin individualidad, los electores encarnizados en el nombramiento de un juez de paz aumentaban sus listas tomando nombres de las losas del cementerio, pero no pensaban en él para pedirle el voto. Le negaban hasta la dignidad heráldica del apodo, y en una comunidad en la que cada cual llevaba un seudónimo, él se había quedado con «Ese» ó «Uno».

Más adelante se recordó, con una especie de supersticioso asombro, que hasta había eludido la efímera celebridad de un

accidente, no habiendo jamás obtenido, por ejemplo, el pasajero honor de un tiro destinado á otro durante las sangrientas é imparciales reyertas tan frecuentes en el campamento.

Sin embargo, Elías Martín—porque éste era su verdadero nombre—no era ni repugnante ni antipático. Por naturaleza, cobarde, embustero, egoísta y perezoso, la casualidad, desgraciadamente para él, le había arrojado entre los mineros del Bosque Rojo, en los momentos en que reinaban allí la generosidad, la franqueza y la actividad. Sin embargo, no había suscitado odios ni rencores; la indiferencia del campamento no se desmintió jamás, y la catástrofe final no era, después de todo, sino la consecuencia natural de la inercia con la que «Uno» se entregaba á los acontecimientos de cualquier género.

Tal era la reputación y tales los antecedentes del hombre que, el 15 de Marzo de 1856, bogaba solo, á la deriva, sobre uno de los afluyentes del Minyo. El tablón al que se agarraba instintivamente Elías Martín seguía los tortuosos cursos de las nuevas ramificaciones, y flotaba al azar á quince leguas del lugar del siniestro.

Si el hombre hubiese tenido el valor de echarse á nadar, se hubiera infaliblemente ahogado. Si hubiera sido hábil y audaz, podría haber saltado al pasar sobre las ramas de algún árbol de la orilla; pero careciendo de audacia y de valor, se dejaba llevar, tanto á causa de la parálisis del miedo, como por una estúpida resignación, hasta que un remolino lo cogió y lo lanzó bruscamente sobre terrenos incultos y abandonados.

La primera sensación precisa que experimentó fué la del hambre. En cuanto se desentumecieron sus miembros se puso en busca de un alimento cualquiera. Ignoraba por completo los lugares en que pudiera encontrarse, pues además de que el miedo no le había dejado fijarse en el trayecto recorrido, carecía del instinto topográfico peculiar de los mineros y cazadores. De pronto vió una ardilla que roía una nuez, y se lanzó brutalmente en aquella dirección; el animal huyó más que de prisa; pero Elías dió con el escondite de la ardilla en

el tronco de un árbol, en el que había algunas nueces, que comió con avidez. Después se puso en marcha, dirigiendo miradas temerosas en todas direcciones y avivando el oído para percibir cualquier rumor, cuando de pronto se detuvo sobresaltado. Acababan de herir su olfato las emanaciones de pescado salado, y este olor acre, no solamente irritó su hambre, sino que tenía en aquel lugar una significación siniestra. ¡Acusaba la proximidad de los indios! ¡Era el peligro, la tortura, la muerte!

Elías permanecía inmóvil, profundamente turbado, esforzándose por dominarse. Sabía que los mineros del Bosque Rojo se habían ganado inútil y brutalmente las simpatías de las tribus indias de las cercanías. Las infalibles carabinas de sus compañeros habíanse ejercitado con harta habilidad sobre indígenas aislados, para no suscitar en dichas tribus un odio implacable, odio que se traducía en espantosas represalias.

«Uno» conocía todo esto, y sin embargo sus terrores se embotaban en su eterna apatía, y su hambre creciente hablaba más alto que el miedo. No ignoraba que en las chozas, ó *wigwams*, de los aborígenes, hay siempre largas ristras de salmón ahumado, y toda su inteligencia se concentraba en la posibilidad de obtener aquella presa apetitosa. Continuaba avanzando, y cuando hubo andado un poco más, con la confianza irracional del bruto que se abandona á una seguridad fugitiva, llegó á la linde de un grupo de árboles y se encontró casi enfrente de un montículo artificial hecho de barro y cortezas, á orillas del río. Presentaba por el lado que daba al agua un orificio estrecho, semejante á la entrada de una choza de esquimales. Martín comprendió que aquello era una «estufa» ó «bóveda caliente», construcción común á casi todas las tribus indias de California, mitad templo y mitad establecimiento higiénico, reproduciendo bajo una forma grosera y primitiva la idea septentrional del baño ruso. Á ciertas horas los guerreros se reunen en ese horno, caldeado por un brasero; permanecen en él hasta que la sofocación es inminente;

después se echan sudorosos al agua glacial del río. Elías se acordó de que los bañistas no visitaban la estufa sino al amanecer, y, calculando que debía estar desierta, se decidió, aguijoneado por el hambre, á introducirse en ella. Su primer cuidado fué satisfacer su hambre; el segundo, secarse junto al brasero. Después, al fijarse en los atavíos propios de un jefe indio, que estaban en un rincón, se le ocurrió revestirse con ellos para escapar más fácilmente en el caso de encontrar un indio de carne y hueso. Púsolo desde luego en práctica, y se apresuró á arrojar al río sus propios harapos. Luego, en vez de alejarse de aquellos lugares, se dejó llevar por su habitual apatía y, pensando en lo que había de hacer, se quedó dormido.

Al cabo de algunas horas se despertó sobresaltado. Fuera, el silencio era completo. Temblando se arrastró hacia la salida. El aire vivo de la mañana le dió alguna energía, y con un brusco movimiento salió al exterior y se puso en pie. Al punto oyó un salvaje clamoreo. Miró angustiado en todas direcciones, y se vió rodeado por los indios. Toda salida estaba estrechamente guardada, y sin duda esta certeza hacía que la actitud de los salvajes fuese más pasiva que amenazadora. Sus rostros impasibles, de tipo acentuado y ligeramente judío, no expresaban más que una atención tranquila y estoica. Elías Martín se quedó petrificado por la desesperación, y para conjurar la suerte que le esperaba, su imaginación no le sugirió más que explicar con cualquier pretexto su presencia en aquel lugar. En el fondo de su memoria trastornada encontró algunas sencillas locuciones indias, y con un gesto automático, designando al río y á su persona, dijo con voz trémula:

—Vengo del río.

Le respondió un gran clamoreo. Todos inclinaron sus frentes empenachadas ante el prisionero, y uno de los guerreros, anciano y descarnado, se irguió y, alzando un brazo, dijo solemnemente:

—¡Él es!

***

Elías estaba salvado. Más aún: acababa de nacer á una vida nueva; con gestos, con ademanes, con palabras sueltas, los indios le hicieron conprender que tras la muerte de su Gran Jefe, sus brujos habían predicho la llegada del sucesor de aquél, que aparecería inesperadamente en medio de la sombra y del silencio, procedente del río, revestido con las insignias del difunto. Fué llevado triunfalmente á la residencia habitual de la tribu, y todos se apresuraron á prestarle el debido acatamiento. Elías Martín creía estar soñando; no podía comprender cómo él, despreciado, escarnecido por hombres semisalvajes, había pasado de pronto á ser respetado, adorado por una tribu completamente bárbara. Se decía también que cuando se descubriera la inocente estratagema con la cual había explicado su presencia, aumentaría la rabia de sus carceleros. Pero llegó un día en que, ya por debilidad, ya por satisfacción material de la inmunidad presente, aceptó inconscientemente la situación que las circunstancias le habían creado. Felizmente para él, tal situación era puramente pasiva. Su predecesor, el último Gran Jefe de los minyos, no había sido más que un ídolo en carne y hueso, un viejo decrépito en el que la edad y las enfermedades habían extinguido sus facultades; su cuerpo, del que estaba ausente la inteligencia, presidía los consejos de los guerreros, que le exponían sus decisiones como hubieran depositado ofrendas en un altar. Lo mismo sucedió con Elías.

Al día siguiente de su advenimiento, dos guerreros le presentaron una cabellera ensangrentada. Él palideció, se estremeció, volvió la cabeza; después, pensando en el peligro de su debilidad, se puso más lívido todavía. Los guerreros no dijeron nada.

Poco tiempo después se produjo un incidente de mayor gravedad. Dos cautivos, dos blancos, atados con cuerdas, fueron conducidos á la presencia del jefe, para ser llevados después á la hoguera que les esperaba á poca distancia; una alborotada multitud de mujeres jóvenes y viejas y de niños se-

guía á las víctimas. El desgraciado Elías reconoció en los prisioneros á dos vendedores ambulantes que habían estado varias veces en el campamento del Bosque Rojo. Bajo la capa de pintura que le cubría, su rostro se descompuso. Intervenir para disputar los infortunados al suplicio, era entregarse él mismo á la muerte sin salvarles; autorizar con su presencia aquel horrible tormento infligido á compatriotas, sobrepasaba los límites de su cobarde egoísmo. Fuera de sí, sin saber apenas lo que hacía, mientras pasaba ante él el horrible cortejo, se volvió bruscamente de espaldas y se cubrió el rostro con su manto. Reinó un profundo silencio en la multitud; evidentemente, los indios no esperaban aquella protesta de su jefe. Permanecían indecisos y vacilantes, cuando una jovencilla, orgullosa por haber sido designada por la suerte el día anterior para mujer del nuevo jefe, impaciente tal vez por ver comenzar el espectáculo, se acercó audazmente á Elías y le tocó en un brazo. Él alzó la cabeza, la reconoció y, harto débil para medirse con los verdaderos autores del atentado, su impotente rabia se desencadenó contra la india: la dirigió una mirada llena de odio y horror. Ella retrocedió espantada y corrió á reunirse con sus compañeras. Tras una discusión rápida y violenta, toda la banda de mujeres y niños se dispersó y se volvió á sus *wigwams*.

—¿No tenía yo razón, amigo?—dijo tranquilamente en inglés uno de los prisioneros.—Estos brutos no pensaban seriamente en quemarnos vivos. Era un simulacro. Los minyos se diferencian de las otras tribus: no matan sino en defensa propia.

—No es eso—respondió el segundo, muy excitado.—Es el jefe, ese gran diablo, con la cabeza envuelta en el manto, quien ha puesto el veto. ¿No ha visto usted cómo ha despachado á esas arpías? Es un gran hombre. Mire usted qué dignidad tiene.

—Eso es verdad — replicó el otro, dirigiendo á Elías una mirada llena de admiración.—Es de la madera que se hacen los reyes, ó mucho me equivoco.

Estas palabras de ingenuo elogio produjeron un extraordinario efecto en el seudojefe. Sorprendido al principio por la revelación del carácter pacífico de la tribu cuyo gobierno le había sido impuesto, tan tranquilizadora nueva no representaba nada ante el deslumbramiento que le causaba el espontáneo homenaje de los prisioneros. ¡A él! ¿Sería que él mismo se había equivocado hasta entonces respecto de su propio mérito? ¿Desconocería tal vez sus propias cualidades? Embriagado por aquellas palabras y aquellos pensamientos, se olvidó de todo en aquel momento, y se irguió majestuosamente.

Los guerreros continuaban indecisos al lado de los americanos. De repente Elías se echó atrás el manto, miró á sus indios con fiereza y les hizo un gesto para que rompieran los lazos de los prisioneros. Su ademán, como el de las personas habitualmente tímidas y reservadas, fué exagerado, fantástico, teatral; pero por lo mismo hizo mayor efecto. Los indios obedecieron, y ante un nuevo ademán imperioso de Elías los prisioneros se alejaron rápidamente sin ser perseguidos. ¡Había obtenido un triunfo completo!

Desde entonces Elías Martín fué otro hombre. Aquella noche se durmió con un sueño embriagador de poder; y á la mañana siguiente se levantó lleno de energía, de valor y de audacia. Leía su metamorfosis en los ojos de sus guerreros. Comprendió que, no obstante las costumbres é instintos pacíficos de aquéllos, habían querido asegurarse de las inclinaciones é intenciones de él á fin de conformarse mejor á ellos, y que para ello le habían ofrecido la cabellera ensangrentada y la vida de los dos americanos. Aquella prueba de la cobardía de sus súbditos le hizo olvidar la suya. La mayor parte de los héroes no lo son sino en comparación con los que no tienen nada de heroico, y Elías llegó insensiblemente á buscar el medio de hacer á su tribu más fuerte para la ofensiva y la defensiva.

Los prisioneros libertados por él no dejaron, para dar co-

lorido á sus aventuras, de hablar en términos exagerados de la audacia y la autoridad de su salvador; de tal manera, que insensiblemente, en todas las colonias de la frontera se propagó el rumor de que los minyos, que habitaban un vasto territorio á orillas del Océano Pacífico, tribu hasta entonces inofensiva y apacible, había adquirido un súbito desenvolvimiento bajo el reinado de un jefe misterioso y formidable, cuya voluntad únicamente impedía que aquella nación poderosa guerrease y extendiera sus conquistas. El gobierno americano, continuando su política inconsecuente, medio paternal medio agresiva, no tardó en enviar á los minyos un agente; y aunque las discusiones del tratado se hicieron por signos, aquél fué muy favorable para los indios, merced al conocimiento que tenía de los blancos el supuesto jefe.



Transcurrieron dos años de paz y prosperidad. Elías Martín, rechazado por la sociedad, fuera de la ley, sin vínculos ni parientes en el mundo civilizado, olvidado por sus compatriotas, hecho poderoso, rico, temido, respetado por los indios, se vió acometido por la nostalgia.

Al atardecer de un cálido día de verano, el Gran Jefe de los minyos estaba sentado delante de su tienda, desde la que dominaba el mar y una gran extensión de terreno. Había elegido aquel promontorio elevado, la única altura del territorio, para plantar su tienda con el doble objeto de aislarse del resto del poblado y tener aquella vista.

Sus ojos cansados y tristes se fijaban con predilección en el mar, como si adivinase en él mayores probabilidades de fuga que las que le ofrecían el llano y la lejana cordillera, tan íntimamente unidos al recuerdo de su secreto pasado y de su existencia en el campamento del Bosque Rojo. En sus vagos sueños de fuga para sustraerse á una situación que se le había hecho intolerable, no entraba ningún deseo de volver con sus

antiguos compañeros, ni aun para contarles sus triunfos; le quedaba una desconfianza confusa, la duda de poder luchar con las condiciones de antes. En realidad, no sabía lo que echaba de menos; tal vez alguna existencia que jamás había llevado, placeres que jamás había gustado.

Pensando vagamente en todo aquello, y arrullado por el lánguido rumor del mar, se quedó profundamente dormido. Nada se movía, á excepción de los ojos negros, grandes y vivos de Wachita, la infantil esposa del jefe, la misma india que se atrevió á acercarse á Elías cuando el suplicio frustrado de los prisioneros. De pronto se despertó Elías sobresaltado, y miró á la india. Ésta dijo:

—El mensajero del Padre de los Blancos ha llegado con sus carros. Ha dicho que deseaba ver al Gran Jefe de los minyos, pero yo no he querido que molestasen á mi señor.

Elías frunció el entrecejo. Despojado de sus metáforas, el discurso de Wachita significaba que el nuevo agente americano venía á hacer su visita anual, y que, como sus predecesores, tenía curiosidad por ver de cerca al célebre jefe de la tribu.

—Bueno—dijo él.—El *Conejo Blanco* (su lugarteniente) recibirá al mensajero y hará el cambio de regalos. Basta con él.

—Pero—replicó la india vacilando—el mensajero ha traído á sus mujeres *wangee* (blancas). También ellas desean ver el rostro del Gran Jefe. Han rogado á Wachita que las conduzca cerca del lugar en que se encuentra mi señor, porque ellas quisieran verle sin que él lo supiera.

Elías miró á la india y dijo fríamente:

—Entonces, que Wachita se vuelva inmediatamente con sus compañeras, y no salga ninguna hasta que se marchen las extranjeras *wangee*. He dicho. Vete.

Acostumbrada á aquellas bruscas despedidas, la india se retiró dócilmente sin pronunciar palabra. Elías, que se había levantado, permaneció algunos instantes en pie, con los ojos fijos en el horizonte del mar. De pronto se sintió ruido en un

bosquecillo próximo, y Elías oyó una voz de mujer que decía en inglés:

—Pues no tiene aspecto feroz. Lo encuentro verdaderamente guapo.

—¡Calla! Ten cuidado—murmuró otra voz.

—¡Bah! Aunque nos oyera, no nos entendería.

Y las dos voces se confundieron en una risa ahogada.

La impasibilidad natural de Elías y su calma adquirida le sirvieron mejor que la presencia de espíritu en aquellas circunstancias. No se movió, aunque la sangre afluyó violentamente á su cara. El acento de la que primeramente había hablado le causó una sensación profunda; aquellas palabras ingenuas y semiburlonas le habían llenado de dulces presentimientos; permanecía inmóvil, pero sentía que sus confusas aspiraciones, sus vagas esperanzas, su nostalgia creciente, acababan de tomar misteriosamente una realidad y un cuerpo hasta entonces ignorados.

Cediendo á un impulso espontáneo, se precipitó hacia el lugar de donde habían salido las voces. A diez pasos ante él las hojas y las ramas se agitaron como al paso de un sér invisible, mientras que en el mismo instante, casi á sus pies, brotaba una exclamación, en la que había miedo y risa, y las ramas de un arbolillo, que se escaparon de unas manos temblorosas, golpearon en el pecho de Elías. Apartando prontamente el ramaje, se bajó. Este brusco movimiento puso su rostro inclinado casi al nivel de las mejillas y los rizos de una mujer joven, cuyos ojos húmedos y brillantes le miraban, y cuyo perfumado aliento, que salía por sus labios entreabiertos entre sus blancos dientes, se mezclaba á la anhelante respiración de Elías.

Ella se había dejado caer de rodillas cuando huyó su compañera, esperando pasar inadvertida; pero el jefe de los minyos había marchado tan directamente hacia ella, que no pudo reprimir el grito que la había vendido. Sin embargo, no parecía muy asustada.

—No ha sido más que una broma—dijo tranquilamente, apoyándose en el brazo de Elías para levantarse.—Soy la señora de Doll, la mujer del agente del gobierno. Me habían dicho que usted no permitía que le viera nadie, y yo estaba decidida á verle á usted. Eso es todo. Adiós.

La joven dió un paso hacia atrás; pero el arbusto elástico que le servía de apoyo la empujó ligeramente hacia adelante, y, por segunda vez, Elías aspiró el perfume de su cabellera; veía cerca su boca húmeda y roja; el recuerdo de una fresca compañera de su infancia vagabunda cruzó como un relámpago por su mente; una embriaguez de loca temeridad nacida de sus dolores, de su destierro, excitada por la conciencia de su poder absoluto, tanto como por la hermosura de la joven, se le subía á la cabeza. La cogió bruscamente, la atrajo sobre el pecho é imprimió en sus labios un beso ardiente; después abrió los brazos, retrocedió y se metió entre el ramaje con una carcajada estridente y salvaje.

La señora de Doll se quedó sola, aturdida y muda. Al cabo de un instante, levantó maquinalmente la mano, y con rápido ademán se frotó varias veces los labios, en los que había quedado una mancha de bermellón. Su rostro, grave, no expresaba, sin embargo, terror, y no era únicamente la indignación lo que se reflejaba en su mirada. De pronto, como si hubiera dado con una idea, exclamó: «No es un indio, estoy segura de ello».

Mientras se alejaba, las ramas de un árbol, en el que Wachita se había refugiado, dieron paso á un cándido y plácido rostro. Los ojos grandes y serenos, y vagamente asombrados, de la india, siguieron á la mujer wangee hasta que desapareció en el follaje.

***

Las cuatro semanas que siguieron ocasionaron á Elías mayores emociones que las que le habían procurado los dos años

de su reinado. Durante los primeros días siguientes á su encuentro con la señora de Doll, fué presa de accesos de terror cobarde mezclado á impulsos desesperados de rebelión. El conocimiento que tenía de la feroz caballería de la frontera, y de los prontos castigos infligidos por los maridos y hermanos á los audaces, le inspiraba unas veces un miedo abyecto y otras una loca temeridad. Unas veces quería evadirse á toda costa, aunque hubiera de confiarse á la mar en una frágil canoa; otras pensaba en precipitar un conflicto inevitable, excitando á sus indios contra la agencia americana; después, á medida que transcurrieron los días sin ocurrir nada, Elías se fué tranquilizando, y su alma se abrió á vagas y deliciosas esperanzas.

Una tarde Wachita le entregó una carta cerrada, y leyó emocionado lo que sigue:

«Su incalificable conducta del otro día autoriza este paso.
»Estoy convencida de que sabe usted el inglés tan bien como
»yo. Si quiere usted explicarse acerca de este punto, así como
»explicar su conducta, venga usted á verme al mismo sitio. Le
»espero con mi amiga, pero se apartará y no oirá nada.»

Se precipitó á la cita con la impetuosidad y el candor de un primer amor, y se entregó por completo como un niño. Elías confesó su secreto. Lo dijo todo, no pidiendo nada en cambio, ni siquiera el secreto. Ella no concedió, no prometió nada. Nadie supo jamás el papel que desempeñó ella en el desenlace de la pasión que había despertado.

Elías vivió quince días del recuerdo de aquella entrevista rápida y sin resultado; se alimentaba de ilusiones, y soñaba con una felicidad desconocida, cuando un crimen atroz, inesperado, cometido cerca del poblado, excitó hasta el furor la indignación de la pacífica y pastoril tribu. Un indio anciano, designado por su categoría para tratar especialmente con la agencia americana, fué asesinado. El asesino, un buhonero del Bosque Rojo, se glorificaba de su acción.

Ante este hecho, un grito de indecible rabia llegó hasta la

tienda de Elías pidiendo venganza. No era posible negarse á satisfacer el vehemente y unánime deseo de la tribu. Elías, tras muchas congojas y vacilaciones, se decidió á ordenar la captura del asesino, esperando en secreto que aquél se encontraría ya al abrigo de todas las pesquisas.

Salieron los guerreros, y á eso de media noche un clamoreo general anunció que volvían con el asesino. Aislado por sus costumbres y por la etiqueta de su rango, feliz con escapar, por el momento al menos, á las reclamaciones y á las acusaciones que el prisionero no dejaría de echarle en cara, Elías no pidió, ni mucho menos, que trajesen aquél á su presencia.

La noche se deslizaba lentamente, más horrible aún para el juez vacilante y débil que para el condenado, que se entumecía atado á un poste entre los centinelas indios. No solamente atormentaba á Elías el instinto de humanidad; era su pasión insensata por la mujer del agente lo que le hacía temblar ante el efecto producido sobre sus relaciones mutuas por aquellas represalias. Odiaba al asesino, sobre todo por lo inoportuno de su crimen, pero su cobardía protestaba sin embargo contra el suplicio.

Esa misma cobardía le inspiró de pronto una resolución. Se deslizaría furtivamente cerca del cautivo, cortaría sus ligaduras y le dejaría huir; su estratagema salvaba la vida de un hombre, y su apostasía sería ignorada por la tribu. El árbol al que estaba atado el condenado se encontraba, según costumbre, no lejos de la tienda del jefe, guardado más bien por la santidad del lugar que por los centinelas adormecidos. Elías avanzó con precaución hacia el prisionero. Éste dormía, porque su cabeza inmóvil descansaba sobre el pecho. Silenciosa y rápida, una forma humana salió bruscamente de la sombra y avanzó también hacia el árbol. Era Wachita.

Elías se detuvo estupefacto; después lo comprendió. Recordó la persistente atención de la india, sus intenciones sutiles, su repentina desaparición. Ella le había adivinado: iba á dar libertad al condenado; ya se veía lucir entre los dedos de

la niña el cuchillo destinado á cortar las cuerdas. ¡Valiente y abnegada criatura!

Elías dió algunos pasos hacia ella conteniendo la respiración, pero de repente se detuvo horrorizado. La brillante hoja se hundió varias veces en el pecho del desgraciado, que, después de una violenta convulsión, se quedó inmóvil, sin exhalar un grito. Estaba muerto. Elías se sintió desfallecer, y se hubiera desplomado si no le hubiera mantenido en pie una brusca reacción. Comprendió que la india acababa de resolver la cuestión que le atormentaba. En el momento en que Wachita, serena é impasible, pasaba ante él, la cogió por un brazo.

—¿Por qué has hecho eso?—preguntó Elías.

—Por ti.

—¿Por mí?

—Porque tú no le hubieras matado. Amas á su mujer.

¿Su mujer? Elías se tambaleó. Una horrible sospecha cruzó por su mente. Rechazó violentamente á Wachita y corrió al árbol. Reconoció el cadáver: ¡era el del agente americano! Los indios, no habiendo podido prender al asesino, se apoderaron, como víctima expiatoria, de aquel que satisfacía más completamente su venganza. El sacrificio de aquella existencia les tranquilizaba.

***

—El gobierno ha concluído por escamarse—dijo un minero, dejando un periódico en la mesa del nuevo café de la nueva ciudad del Bosque Rojo.—Se ha decidido por fin á caer sobre esos canallas de minyos. Aquí dice que han limpiado de tunantes las dos orillas del río. Es de creer que los soldados se dejarán de sentimentalismos, y que todo el mundo llegará á decir, como nosotros, que un indio vale menos que cualquier animal.

—Parece—replicó otro minero—que el famoso jefe era el peor de todos, un verdadero demonio. Hubiera robado á la viuda del agente si sus guerreros no hubiesen asesinado á la pobre

mujer. Tendría curiosidad en saber lo que ha sido de ese prójimo. Unos dicen que ha muerto; otros pretenden que era un predicador metodista que se las daba de santo y embrujaba á las viejas y á las jóvenes de la tribu. ¡Vaya usted á saber!

—Pregunta al viejo *Ese*. Ha vuelto hace unos días y anda trabajando en los peores sitios por un dollar diario. He oído decir que durante su ausencia ha rodado por los lugares de los minyos.

—¿Quién? *¿Uno? ¿Ese?* ¡Cualquier día se hubiera metido ese cobardón en los sitios de peligro y en donde se reparten golpes! ¿Por qué no decir que ha sido él el propio Gran Jefe de los minyos? Mira, ahí le tienes: pregúntale.

La salida del minero fué acogida por una carcajada homérica. Elías Martín, *Uno*, que acababa de entrar en la sala, dirigió en rededor una tímida mirada, y se echó también á reir para hacer coro.

BRET HARTE

FIN

AÑO 14. NUM. 162.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSE DE LAZARO

JUNIO, 1902

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

INDICE



LA ESPAÑA MODERNA

BLOQUEADOS POR LA NIEVE

NOVELA (1)

I

Hacía ya algunos instantes que la diligencia de las Sierras, en medio de un silencio absoluto y de una oscuridad profunda, había comenzado la ascensión de la cuesta que conducía al puerto de la montaña. La masa opaca y confusa del carruaje, balanceándose sin ruido sobre sus muelles, parecía deslizarse y subir como si obedeciese á algún impulso misterioso y no

(1) Bret Harte, el célebre escritor norteamericano, acaba de morir en Inglaterra, cuando aún podía esperarse mucho de su fecundo ingenio y su original estilo.

El insigne novelista, cuyas obras han sido traducidas á varios idiomas y cuyo nombre figura, sin benevolencias, al lado de los más ilustres de literatos contemporáneos, fue al mismo tiempo uno de los artistas que más hayan vivido sus creaciones, y uno de los hombres que más hayan amado á la humanidad.

Bret Harte fue sucesivamente minero en California, fabricante de carbones, cajista de imprenta, editor de un periódico, director de otro, orador público, cuentista, novelista, y últimamente cónsul de los Estados Unidos en Londres: sus cuentos y sus novelas son páginas de la realidad en que ha vivido. Sus narraciones tienen el interés de lo real y el encanto del arte, sazonadas con una gracia exquisita, la gracia que brota, no del chiste premeditado ni del pergeño de las situaciones, sino de ese finísimo *humour*, propio de los grandes escritores, al encontrarse en presencia de lo eterno cómico de la vida.

tuviera ninguna relación material con los invisibles caballos que la precedían. Los corpulentos árboles, que bordeaban el camino, se acercaban súbitamente á la portezuela para alejarse en seguida con igual precipitación, y se destacaban un momento entre las sombras de la noche, pero de una manera tan fantástica y tan intangible, que hubieran podido pasar por vagos fantasmas, evocados en sueño por los viajeros adormecidos. La espesa capa de agujas de pinos, que tapizaba el camino, ahogaba todo rumor y destilaba, bajo la sorda trituración de las ruedas, soporíficos y aromáticos perfumes que entorpecían más aún á los pasajeros, mecidos por la prolongada ascensión. De repente se detuvo la diligencia.

De los cuatro pasajeros del vehículo, tres se irguieron súbitamente despertados. El cuarto, John Hale, que no dormía, se volvió bruscamente hacia la portezuela. Le pareció que dos de aquellos árboles fugitivos se habían de pronto inmovilizado, después que uno de ellos se agitaba de nuevo. La portezuela se abrió rápidamente, pero sin ruido, como por sí misma.

«¡Pie á tierra!», exclamó una voz en la sombra.

Todos los viajeros, á excepción de Hale, se estremecieron.

Pero lo verdaderamente característico de Bret Harte, como escritor y como hombre, es su constante afán de buscar resquicios de luz entre las más densas tinieblas, partículas de belleza entre montones de fealdad, rasgos, por insignificantes que sean, que puedan acusar un destello del bien entre las lobregueces del mal. Bret Harte palpita de alegría, y no tarda en comunicar su emoción á los lectores, cuando puede exteriorizar en sus escritos el movimiento noble de un alma miserable, el pensamiento honrado de un espíritu pervertido, la generosa acción de una sociedad mezquina. Meritísima aspiración que, adicionada á sus eximias dotes de literato, hace de Bret Harte un escritor digno de la mayor estima.

Algunas de sus obras han sido traducidas al castellano; pero las tres narraciones que ofrecemos á nuestros lectores, *Bloqueados por la nieve*, *El filón del vado del Diablo* y *Uno*, estaban inéditas en nuestro idioma.

En las tres se revela el genio del gran escritor, cuya muerte lloran hoy las letras americanas y todo el mundo literario.

El traductor.

El que estaba á su lado se llevó más que de prisa la mano derecha á la cadera, pero en seguida se detuvo. Uno de los árboles fantasmas acaba de acercarse al coche, y, lo que al pronto pareció una rama proyectada en ángulo recto, se delineó lentamente: era un fusil de dos cañones que apuntaba á la portezuela.

«Suelte eso», volvió á decir la voz.

El hombre que había realizado el movimiento se echó á reir, y su mano vacía cayó de nuevo sobre la rodilla. Los otros dos se encogieron de hombros, como jugadores que abandonan una partida perdida. John Hale, intrépido por temperamento, imprudente, sin experiencia, comprendiendo de pronto toda la verdad, concibió inmediatamente el proyecto de una resistencia desesperada. Pero antes de que hubiera podido hacer un solo ademán, se sintió instintivamente adivinado. El cañón del fusil se dirigió espontáneamente sobre él y al mismo tiempo tuvo la conciencia de inspirar á sus compañeros una irritación mezclada de sorpresa.

«¡Pie á tierra!», reiteró imperiosamente la voz.

Los tres viajeros se apearon. Hale, furioso, apercibido, pero impotente, les siguió. Vió con sorpresa, ante él, al mayoral y al postillón; no les había sentido bajarse: su mirada buscó el tiro, pero no distinguió á los caballos en la sombra.

«¡Levantad las manos!»

Uno de los viajeros había ya alzado maquinalmente las suyas con aire de fastidio. Los otros le imitaron torpemente y á regañadientes, pero se comprendía que se hallaban más penetrados del ridículo de su actitud, que afectados por el pensamiento de un peligro posible. Los rayos de una linterna sorda, hábilmente dirigidos por dedos invisibles, iluminaban vivamente los rostros y las siluetas de los pasajeros, dejando á los salteadores en la oscuridad. A pesar de la calma imponente de la noche y del silencio, aquel grupo humano, ampliamente iluminado, era más grotesco que terrible. Un fragmento de periódico, un resto de emparedado, una mondadura de

naranja, que se habían caído de la diligencia, lanzaban su nota chillona y risible en aquella escena nocturna.

«Hay entre vosotros uno que lleva un fajo de billetes», dijo la voz con una frialdad oficial que daba á sus palabras el carácter de una investigación aduanera. Los viajeros se miraron entre sí, después sus ojos se fijaron en Hale.

«No es *ese* —añadió la voz, acentuando el pronombre con un ligero desprecio.—Ganarían tiempo, señores, y simplicarían la tarea obrando espontáneamente. Si nos obligan á registrarles uno después de otro, tendremos que cobrar nuestro trabajo.»

La significativa amenaza produjo su efecto. El viajero que trató de empuñar un arma cuando la diligencia se detuvo, se llevó la mano al pecho.

«El otro bolsillo primero, le ruego», dijo la voz.

El hombre se echó á reir, sacó una pistola de su bolsillo de la cadera, y á la luz de la linterna la depositó en el suelo en el sitio indicado por la voz. No tardó en añadir un abultado sobre que sacó del bolsillo interior de su americana, cuidadosamente abotonada.

«Ya dije yo á los condenados imbéciles que me lo confiaron, en vez de remitirlo por el postillón, que sería por su cuenta y riesgo», observó á manera de excusa.

«¡Qué importa puesto que su paquete va á unirse con los del postillón!», dijo otro viajero con ironía y mostrando la caja de encargos ya depositada en el camino.

Hale, no obstante su inexperiencia, se daba plenamente cuenta del objeto y de la premeditación del atentado de que eran víctimas, pero cada vez comprendía menos la indiferente sumisión de sus compañeros y su cólera aumentaba. Sus reflexiones fueron interrumpidas por el eco de una voz que, en esta ocasión, parecía venir de una distancia bastante grande; le pareció más dulce, como si abandonase su cierta severidad primera.

«¡Al coche, lo más pronto posible, señores! Hay que espe-

rar cinco minutos, Bell.» Esto se dirigía evidentemente al cochero.

Los viajeros volvieron á subir á la diligencia, y el mayoral y el postillón ocuparon sus puestos. Hale quiso hablar, pero un ademán irritado de sus compañeros le cerró la boca. Escuchaban y esperaban; él hizo lo que ellos.

Sin embargo, continuaba el silencio. Parecía increíble que cerca ó lejos no quedase ningún vestigio de la presencia dominadora que les había tenido doblegados bajo su imperioso yugo algunos momentos antes. Ningún rumor en la maleza, ningún eco en las rocas del desfiladero, traicionaban el secreto de la desaparición. Una ligera brisa era lo único que agitaba la copa de los pinos; de cuando en cuando una piña desprendida caía sobre la imperial del coche, ó bien uno de los caballos invisibles sacudía sus arreos; pero estos débiles ruidos hacían que resaltase más el vasto silencio. La espera se hacía insoportable, cuando la voz, tan cerca entonces, que hizo estremecer á Hale, resonó de nuevo en la sombra:

«¡Buenas noches!»

Ante esta señal que les libertaba, el mayoral restalló su látigo como un tiro, los caballos arrancaron, el pesado vehículo se conmovió y se puso á rodar rápidamente. Cuando Hale se pudo hacer oir en medio del confuso rumor de las voces que se elevaba tanto más ruidoso cuanto más severo había sido el silencio y más absoluta la inmovilidad, dijo con irritación:

—¿De manera que ese bandido no se había meneado?

—¡Toma!—respondió su vecino.—Ha estado ahí, apuntando con el fusil al mayoral, durante los cinco minutos. Mientras tanto sus dos compañeros escapaban con el botín.

—*¡Dos* hombres!—exclamó Hale.—¡Es decir, que no eran más que *tres*... y nosotros *seis!*

El otro so encogió de hombros. El viajero que había entregado los billetes dijo con acento lánguido, con tolerancia perezosa:

—Infiero que es usted extranjero en el país.

—Ciertamente; soy ajeno á semejantes procedimientos, si bien vivo á diez millas de aquí, en la Meseta de las Águilas, —respondió Hale desdeñosamente.

—¡Ya! usted es el individuo que se dedica á la agricultura fantástica, allá arriba, en las Águilas—replicó el hombre negligentemente.

—Haga lo que hiciere en la Meseta de las Águilas, no tengo por qué avergonzarme de ello. No diría lo mismo de lo que he hecho ó más bien dejado de hacer esta noche. Yo he sido uno de los seis hombres que se han dejado desbalijar y aterrorizar por tres bandoleros.

—Respecto á lo de aterrorizar, tal vez sepa usted de ello más que nosotros. En cuanto á lo de desbalijar, usted, por lo que recuerdo, no ha dejado gran cosa. Y si usted quiere hablar de lo que hubiera debido hacerse, yo le hablaré á usted de lo que hubiese podido acontecer. Quizás habrá usted observado que, cuando la diligencia se detuvo, traté de echar mano á mis pistolas...

—Sí, y también que no fue usted bastante rápido en la acción—dijo Hale con sequedad.

—No, en efecto; no fuí bastante rápido, y esto le ha salvado á usted la vida. Si yo hubiese sacado el arma y el mozo del fusil, lo hubiera visto...

—Pues bien—dijo Hale con impaciencia,—eso le hubiera hecho reflexionar, hubiera vacilado...

—Hubiese disparado los dos tiros sobre *usted* y usted hubiera volado por la portezuela antes de tener yo tiempo para amartillar mi pistola.

—¿Y qué? Hubiera muerto uno, pero quedaban ustedes cinco—dijo Hale con altivez.

—¡Ah, sí, perfectamente! Si usted hubiera firmado un contrato para recibir solo todas las balas, no digo que no; pero la octava parte de la metralla le hubiese bastado á usted, y quedaba la suficiente para cada uno de nosotros, y darnos más de lo que pidiéramos. Ya ve usted, pues, que no había que fiarse mucho.

—Pero el mayoral y el postillón estaban los dos armados—repuso Hale.—Armados, sí; preparados, no. Todo consiste en esto.

—No comprendo.

—¿Sabe usted lo que es un duelo?

—Sí.

—Pues las probabilidades contra usted esta noche eran poco más ó menos las mismas que si le colocaran á usted enfrente de un mozo atrevido que tuviera derecho á disparar sobre usted mientras amartillase usted su pistola. Pudiera ser que no entendiese usted nada de estos asuntos y que nunca se haya batido usted en duelo; pero, por ignorante que sea usted en esto, dudo que le convenga jugar la vida á un azar semejante.

Un acento indefinible en tales palabras, el interés sardónico prestado por los otros viajeros á aquel diálogo, impresionaron desagradablemente á Hale, ya convencido de la futilidad de sus objeciones ante la actitud de su interlocutor.

—¿Así, pues, pretende usted afirmar que cuanto acaba de ocurrir era inevitable?—preguntó con tono seco todavía, si bien menos agresivo.

—Exactamente, en cuanto eran ellos los que atacaban. Si fuese usted quien los persiguiera, llevaría la ventaja; con tal, sin embargo, que supiera usted sorprenderlos tan bien como ellos saben encontrarle. Comprenda usted. Este coche recorre su trayecto regularmente en días señalados; ellos no tienen ni hora ni itinerario fijo. Antes de que el juez haya podido llamar á sus sabuesos, se han puesto en salvo, y su jefe—esto se ha visto—fuma tranquilamente su cigarro ante el café en boga, ó pierde su parte de robo al *Poker* contra el juez en Sacramento. Por lo demás, si no los coge usted con las manos en la masa, carece usted de pruebas. Los de esta noche podrían ser muy bien de la banda de Joaquín Murrieta, pero no lo juraría.

—¿Sería, por casualidad, el jefe «el hidalgo Jorge» del país

de arriba?—peguntó otro pasajero.—Me ha parecido reconocer algunos detalles pintorescos. En su manera de decir «buenas noches» había algo sentimental. No se parece al «¡arrea, recontra!» del otro.

—Que fuera él ó no, el bandido conocía bien el camino y sabía el número de los pasajeros. No sería imposible que hubiera hecho el viaje de ida en el pescante con el mayoral, para entrar en conversación. Sabía perfectamente que yo llevaba esos condenados billetes, aunque los he recibido directamente del Banco de Sacramento. Sin duda el pillastre husmeaba por allí al mismo tiempo que yo.

Hale permaneció callado durante algunos instantes. Ciudadano por nacimiento y educación, había crecido en un religioso respeto del orden y la autoridad, perteneciendo, sin embargo, á esa categoría de hombres dispuestos á tomar en sus propias manos la administración de ese orden y esa autoridad, en cuanto no los encuentran ejercidos á su gusto. Llevaba hasta el exceso la innata veneración del bostoniano hacia las tradiciones, las conveniencias y la respetabilidad; pero no vacilaba en señalar la irregularidad y la negligencia para combatirlas y asegurar el triunfo de sus principios. Amaba á la naturaleza en teoría, pero desconfiaba de sus instintos indómitos y encontraba que las enseñanzas de la misma eran inferiores á las de la Universidad de Harvard y apenas iguales á las de Cornell. Con una energía y una perseverancia prodigiosas había construído é instalado una bonita vivienda, mitad granja, mitad *villa*, en un rincón de las Sierras, en donde oponía sistemáticamente con la terquedad de su naturaleza anglosajona la individualidad de sus gustos y de sus doctrinas á la de aquel medio nuevo. En las circunstancias imprevistas, en las que acababa de encontrarse mezclado, juzgaba de su deber, no solamente afirmar sus principios, sino hacerlos prevalecer con decisión. La indiferencia casi desdeñosa de sus compañeros estimulaba más aún ese deseo.

—¿Por qué no ponerse inmediatamente en persecución de

esos miserables?—preguntó de repente.—¿Quién nos lo impide? Estamos cerca del relevo, en donde encontraremos caballos.

—¿Quién había de tomar la iniciativa? La Compañía de las mensajerías presentará la denuncia á las autoridades; pero transcurrirán cuarenta y ocho horas antes de que se ponga en movimiento la policía del Condado, y después de todo, eso no concierne á nadie.

—Yo estoy dispuesto á empezar—dijo Hale secamente.—Siempre será un hombre de buena voluntad. Tengo un caballo que me espera en el relevo, y puedo ponerne en camino al momento.

Sus palabras fueron acogidas en silencio. El vehículo había salido de la sombra de los pinos, y la mayor claridad permitió á Hale ver que su vecino de enfrente le examinaba curiosamente con sus ojos pálidos y fríos. Al encontrarse con la franca mirada de Hale, dijo lentamente, como si respondiese á un vago pensamiento:

—Podría hacerse con cuatro hombres. Habría que buscar un compañero en el relevo.

Calló un momento, y después añadió con un ligero bostezo y estirando perezosamente las piernas:

—Soy con gusto de la partida.

—También yo, si es usted el Coronel Clinch—dijo el que iba al lado de Hale con repentina viveza.—No me engaño, es el Coronel Clinch á quien hablo. Yo soy Rawlins, Rawlins de Frisco (1). Su proposición me halaga, Coronel, y le he reconocido á usted en la manera de hacerla.

Hale vió con asombro á los dos hombres darse un frío y maquinal apretón de manos y entablar en seguida una lánguida conversación sobre las últimas elecciones de Fresno, sin la menor alusión referente á la persecución de los bandidos. Unicamente cuando un poco después el pasajero, que no se había

(1) San Francisco de California.

nombrado, dirigiéndose á Hale le hizo saber que desgraciadamente tenía asuntos en el puerto de la montaña que le entretendrían dos horas, pero que si querían esperarle sería de los suyos, el Coronel Clinch replicó con tono breve:

—Bastarán cuatro hombres, y como tendremos caballos de relevo, tendremos necesariamente que tomar allí nuestro cuarto «asociado». Después continuó su diálogo incoloro con Rawlins, tan poco animado como éste, mientras el viajero desconocido se entregaba á una contemplación estática de uno y otro.

A pesar de sus convicciones y del objeto realmente desinteresado que perseguía, Hale no pudo menos de sentirse molesto y un poco enojado por el papel secundario y subordinado que parecían asignarle en una empresa cuyo proyecto había concebido. Cierto que no se había propuesto como jefe; que el resultado que quería obtener, el efecto que buscaba, sería igualmente alcanzado bajo cualquier dirección; sin embargo veía, bajo el imperio de una influencia oculta, que la dirección de un plan concebido por él gravitaba hacia un hombre que no la había buscado y al cual, hasta aquel instante, había considerado como absolutamente nulo. Aquel hecho, irrecusable sin embargo, era tan contrario á todo precedente, que, suspicaz como todos los seres esclavos de la tradición, sintió aumentar su desconfianza, y se hubiera retirado de la empresa si no hubiese creído que su honor estaba comprometido en ella. Le quedaba la probabilidad de recobrar su ascendiente en el relevo donde era conocido y donde su autoridad no sería discutida.

Pero no se realizó esa última esperanza. La casa de postas, mitad fonda, mitad cuadra, no contenía más que al fondista, el que acumulaba las funciones de agente de la mensajería, y el nuevo asociado que Clinch había previsto que encontraría entre los mozos de cuadra. El juez de paz más próximo habitaba á diez millas de allí; de suerte que Hale no podía pensar en que le delegase para una misión oficial. La admisión en sus

filas de un palafrenero grosero y vulgar le causaba, además, una sorda irritación, y una observación de Rawlins vino á aumentar su descontento.

—De buena se ha escapado usted—le dijo aquél confidencialmente mientras apretaba la cincha de su caballo.

—¿Cómo eso? Yo pensaba que, no debiendo defendernos, no corríamos ningún peligro—respondió Hale con ironía.

—¡Oh! no hablo de los bandidos, sino de él...

—¿De quién?

—Del Coronel Clinch. Usted no se ha mordido la lengua para decirle que era muy prudente.

—Yo estoy dispuesto á responder de cada una de mis palabras—dijo Hale con altivez.

—¡Es chocante! —repuso Rawlins imperturbablemente. Clinch tiene malas pulgas y es el mejor tirador de la California del Sur; ha hecho que luzca el sol al través de una docena de bravos que no dijeron tanto como usted.

—¿De veras?

—Pero en resumidas cuentas—añadió Rawlins filosóficamente,—como demuestra que se pone *con* usted en lugar de *contra* usted, podrá usted ver de qué madera está hecho, y sus intenciones de usted tendrán la probabilidad de ser ejecutadas hasta el fin. Con él nunca se queda uno corto, ya verá usted. Por lo demás, si, como supongo, el jefe de los bandidos, es ese galopín de Frisco, que se ha hecho salteador de caminos, Clinch tiene personalmente que ajustar cuentas con él, á causa de una disputa de juego que tuvieron,

Estas palabras asestaron un postrer golpe á las ilusiones de Hale respecto de su cruzada ideal. ¡Él, ciudadano honrado y respetable, se convertía en el asociado insignificante de una venganza fuera de la ley cuyo origen databa de una riña de tapiz verde! Sin embargo, pasada la primera impresión, vino en su ayuda cierta filosofía amarga, consecuencia de susceptibilidades refinadas y sueños exaltados. Experimentó una reacción saludable, y, cosa extraña, tuvo conciencia de que co-

menzaba á juzgar y á obrar como sus compañeros, y que de esta nueva impresión nacía una vaga simpatía por los procedimientos que antes condenara. Un consejo familiar que le dió un mozo de cuadra al entregarle un fusil armado y que les colocaba en un pie de igualdad, le halagó casi tanto como le humilló, y reanudó su conversación con Rawlins en tono menos agresivo:

—¿Así, pues, usted cree conocer al jefe?

—¡Oh! Solamente por inducción. A causa de los refinamientos empleados en la tarea. El ataque ha sido llevado con arreglo á una moda nueva. En otros tiempos, y en el país de donde vengo, se tenían nociones más crudas. Los bandidos despojaban á los viajeros de todo lo que poseían, incluso de sus trajes. Se dice que en las fondas de los relevos, á la llegada de la diligencia, estaban preparados con mantas para recibir á los viajeros á la bajada del coche, á fin de no asustar á las mujeres. Cuéntase que un día el mayoral y el postillón llegaron sin más sobre el cuerpo que un número de la «Alta California»; pero—añadió cínicamente Rawlins—preciso es decir también que hay quien pretende que se trataba de un reclamo del periódico.

—¡En marcha!

—¿Están ustedes dispuestos, señores?

Hale se estremeció. Se había olvidado de su mujer y su familia en la meseta de las Aguilas, á diez millas de allí. Se extrañarían de su prolongada ausencia, tal vez llegaría hasta ellas una versión exagerada del ataque de la diligencia y les causaría una real alarma.

—¿Habría un medio de enviar un mensaje á la meseta de las Aguilas antes de que amanezca?—preguntó vivamente.

El relevo había agotado ya todos sus recursos, en hombres y en bestias. El viajero desconocido se adelantó proponiendo ser el portador del billete, en cuanto hubiera arreglado unos asuntos que esperaba despachar prontamente.

—Eso tendrá de bueno—observó Clinch negligentemente—

que si se da usted prisa, podrá usted cortar la retirada á nuestros hombres en el caso de que olfateen nuestra persecución y traten de doblar la cresta del Norte. No se aventurarán por una senda frecuentada, y en esos momentos un hombre vale por diez.

Hale se dijo para sí que él hubiera podido ser aquel hombre, y tener así ocasión de recuperar su prestigio con una acción independiente; pero era demasiado tarde para retirar su imprudente proposición. Escribió rápidamente algunas líneas en el papel de la posada, las entregó al viajero complaciente, y tomó puesto entre los expedicionarios que se pusieron en marcha silenciosamente.

Cabalgaron así durante cerca de una hora; habían dejado atrás el lugar del ataque nocturno, pero por un camino más elevado. Hacía ya mucho tiempo que la aurora había plantado su luminoso pabellón sobre las cimas frías y blancas amontonadas á la derecha, y tomaba posesión de la cresta sobre la que cabalgaban.

—Diríase que va á nevar—dijo de pronto Rawlins tranquilamente.

Hale le miró sorprendido. Nada en la tierra ni en el cielo justificaba semejante previsión. Hacía frío, sin duda, pero podía ser una corriente de aire helado que caía sobre ellos de lo alto de la montaña. La cadena más baja que atravesaban estaba aún toda cubierta por un espeso follaje que apenas amarilleaba, al lado del sombrío y eterno verde de los pinos y los cedros. Las profundas hendiduras labradas en el flanco de la montaña, conservaban como en un horno mal apagado el fuego del sol de la víspera; un hálito caliente flotaba por encima de las quebradas sofocadas entre sus rocas de granito; á sus pies, treinta leguas de eterna primavera se desplegaban á orillas del río americano, y se ocultaban á intervalos bajo transparente bruma. En torno de ellos, Octubre se afianzaba ya; abajo, en el valle, Agosto reinaba aún en toda su plenitud victoriosa.

—He visto el desfiladero de Thompson obstruído por quince pies de nieve antes de esta época—dijo Rawlins contestando al asombro de Hale,—y en el mes de Setiembre último he recorrido en trineo el camino por donde hemos pasado ayer, mientras que Thompson, una milla más abajo, al otro lado, en el fondo de la garganta, fumaba su pipa al fresco junto á las rosas de su terrado. Crea usted que no hay que fiarse de la montaña. Hace el tiempo que le da la gana. Apuesto á que no ha pasado usted aún ningún invierno aquí.

Hale respondió que no habitaba en la meseta de las Aguilas sino desde la última primavera.

—¡Ah! En las Aguilas está uno seguro, siempre que uno haya llegado, sin embargo. Pero sucede como con Thompson; hay que poder llegar... ¡Atención! ¿Qué es eso?

Un tiro lejano, pero perceptible, acababa de repercutir en el aire puro y diáfano, seguido de un segundo disparo que parecía ser el eco del primero.

—Viene de allí, de la cresta del Norte—dijo el palafrenero.—Dos millas de aquí á vuelo de pájaro, cinco por la senda. Alguien que caza osos.

—No con carabina—exclamó Clinch tirando de las riendas á su caballo con un ademán que electrizó á sus compañeros.—¡Son ellos, los bandidos, han doblado sobre nosotros!... ¡A la cresta del Norte, señores, y á rienda suelta!

Ninguno esperó una segunda orden. Todos parecían completamente transfigurados. El instinto bestial de la caza del hombre se había despertado ante la voz y la mirada del jefe. Con un gruñido sordo é ininteligible, Hale, el amigo del orden, Rawlins el filósofo, volvieron brida como los otros, y con ímpetu furioso los expedicionarios desaparecieron en la espesura del bosque.

Una paz inmensa é indecible cayó sobre la montaña. Bajo el sol deslumbrador que hacía brotar chispas de la pizarra y el granito, el vasto horizonte parecía ensancharse y extenderse en un profundo reposo. A lo lejos, sobre la cresta del

Norte, una débil humareda vaporosa subía hacia el cielo como un alma que remonta el vuelo.

II

La meseta de las Aguilas, situada en uno de los desfiladeros más elevados de las Sierras, era, en efecto, así como su nombre lo indicaba, un terreno llano rodeado, como un lago verdoso, por un anfiteatro circular de granito que, elevándose á una altura de dos mil pies, servía de pedestal á las nieves perpetuas. Los demonios familiares de la montaña, el aire y el espacio, defendían celosamente aquel rincón apartado y le rodeaban con sus engañadores espejismos. Nunca la meseta parecía desde lejos lo que era en realidad. El viajero, que la veía casi á sus pies desde lo alto de la cresta del Norte, cuando trataba de bajar se encontraba súbitamente separado por una profunda hendidura y un espumoso torrente; los que pretendían llegar á ella por un sendero que creían directo, le perdían enteramente de vista al cabo de una hora de marcha; pero si, renunciando á llegar, deshacían lo andado, les ocurría caer sobre una brecha que á allí conducía. Lo que desde arriba parecía un plantío de chaparros cerca de una pequeña choza, no era otra cosa sino un grupo de árboles de 300 pies de elevación; los terrenos cultivados que parecía debían caber en el pañuelo del viajero resultaban ser un dominio de 3.000 hectáreas.

La vivienda era un edificio largo, bajo, irregular, casi enteramente compuesto de techos inclinados y anchos terrados cubiertos, sostenidos por rústicos pilares de pinos todavía con su corteza alrededor de los cuales trepaban rosales y parras. Sin embargo, ciertos indicios revelaban que la frescura y la sombra creadas por aquella construcción meridional fueron concebidas bajo la deslumbradora y engañosa luz de la Sierra; las chimeneas tenían siempre encendidos grandes fuegos,

hasta cuando en los campos colindantes marcaba el termómetro 40 grados centígrados. Un viento seco y continuo balanceaba sin tregua las elevadas ramas de los cedros con un rumor semejante al de las olas; pero así como provocaba á la marcha y al ejercicio en pleno aire, helaba á los habitantes sedentarios de la casa en la sombra que habían buscado, ó les dejaba quemados por el ardor del sol si trataban de descansar en él. Cortinas de muselina en las ventanas, tapices, pieles y espesas alfombras colocados en los suelos, otros detalles curiosos pero disparatados en el mobiliario, protestaban contra las inconsecuencias y la inconstancia del clima.

Los mismos contrastes ofrecía en su indumentaria la señorita Kate Scott cuando en la mañana del mismo día puso el pie en el terrado. Un sombrero de paja de anchas alas, masculino, afeminado por una cinta de colores vivos anudada alrededor de la copa, prestaba un encanto picante al bonito rostro, que protegía contra el aire y el sol; una blusa de franela roja tenía igualmente un carácter masculino, mientras que un fuerte abrigo destinado á garantizarla contra las crudezas de la brisa matutina contrastaba de un modo extraño con la falda de batista fresca y clara que, por un singular capricho, persistía Kate en llevar siempre, cualquiera que fuese la temperatura. A las prudentes observaciones higiénicas de su cuñado oponía ella constantemente la misma respuesta: «¿Cómo habría de saberse sin esto si estamos en verano ó en invierno en este ridículo clima? Por lo demás, la lana es pesada, los colores obscuros atraen al sol, y por lo menos, se sabe si una está limpia ó sucia.» Desde el punto de vista artístico, la tal combinación no tenía nada de desagradable. La joven se destacaba graciosamente sobre el fondo sombrío de los cedros, y parecía prestar una nueva florescencia á los campos cuyos matices vivos y alegres habían ya desaparecido. Los raros transeuntes de la localidad habían ingenuamente manifestado su aprobación, y más de una vez se habían temerariamente aventurado á seguir la provocadora silueta de Kate hasta encontrarse con

la fría indiferencia de su clara mirada. Su cuñado se preocupaba poco de aquellas manifestaciones halagadoras, tenía plena confianza en el profundo desprecio de la joven hacia el medio en que se encontraba, y la permitía vagar sola por su pintoresco aislamiento, acompañándola solamente cuando, aprisionada en su amazona verde obscuro, corría á caballo por la montaña sin preocuparse de los vecinos.

Kate Scott, á los veinte años, había ya sometido sus ilusiones juveniles á un severo y crítico examen. Había seguido muy gustosa á California á su madre y su hermana casada, con la esperanza ardiente, pero oculta, de que la Naturaleza le revelara secretos que ella ignorase; pero no había tardado en observar que había descontado las sorpresas en sus lecturas. Se imaginó la emancipación de las trabas sociales en la libre existencia que se le ofrecía, y se prometió probar á los demás hasta qué punto era ella capaz de apreciarla con inteligencia; pero hasta aquel día, la única prueba de independencia que hubo encontrado ocasión de dar, fue en materia de trajes. Algunos hombres, y casi todas las mujeres con quienes ella se encontró, tenían en gran estima á las leyes de la convención, que ella desdeñaba, y aspiraban á llevar las cadenas que ella tenía ansia de romper. Aquellos hijos de la Naturaleza, en vez de darle enseñanzas, se las pedían; la cansaban con preguntas acerca de la civilización de que ella había querido huir, y la irritaban con torpes imitaciones tomándola por modelo. «Figúrate—escribía á una amiga de Boston—que he visitado á Susana Murphy, que recuerda la tragedia de Donnes (1), la cual ha disparado sobre un oso que rondaba en torno de su cabaña, y, ¿lo creerías?, me ha pedido que la preste el patrón de mi gabán, y ha indagado si las polonesas se llevaban todavía.»

(1) Los Donnes eran una familia de emigrantes que, con otros varios, fueron aprisionados por las nieves á orillas de un lago, y los cuales, impulsados por la más horrible miseria, llegaron á devorarse entre sí.

Con tanta indignación, recordaba la joven una novela que había exaltado su imaginación: dos amigos de colegio de su hermano, viviendo la vida ideal en las minas, golpeando las rocas con un volumen de Homero en el bolsillo, escribieron, bajo la libre atmósfera de las selvas, cartas que respiraban la más pura filosofía... Un día, cogidos de improviso, fueron encontrados en su Arcadia, impresentables de negligencia y suciedad, é inconfesables por sus complicaciones domésticas, que habían poblado su bucólica cabaña de niños de sangre mezclada.

Kate, por un sentimiento de íntimo orgullo, ocultó habitualmente sus decepciones y desilusiones, ó habló de ellas ligeramente con su madre y su hermana. La señora de Hale y la señora de Scott no tenían ídolo alguno que derribar, ni entusiasmo que enfriar. Convencidas en absoluto de su superioridad á la vida que llevaban en las Sierras y al mundo que las rodeaba, no por eso dejaban de aceptar con solicitud sus nuevos deberes y de cumplirlos á conciencia. Tales deberes, á sus ojos, consistían en una ciega abnegación por los intereses de Hale, en una especie de vago apostolado que ejercer entre sus vecinos, y, como la mayoría de los misioneros, se preocupaban más de imponer sus propias doctrinas que de comprender las de las de los otros. El celo de la anciana señora de Scott era semirreligioso, y alimentado por las puritanas tradiciones de su raza; el de la señora de Hale estaba templado por la afabilidad de la mujer distinguida y las exigencias de su posición. Unía á ello la habitual languidez de la americana bien educada, cuya salud se resiente con el nacimiento del primer hijo, y que ha llegado á considerar el matrimonio y la maternidad con un ligero é indefinible escepticismo. Era sinceramente afecta á su marido, que reinaba en su interior y sobre las tres mujeres con ese despotismo inconsciente, producto de una abnegación pasiva, que hace que la posición de un sultán en su harén sea á la vez tan absoluta y tan precaria. La actitud de John Hale en su familia era la

del dominio, sobre todo porque no se había expuesto nunca á la comparación ó á la censura, y por esto mismo, tal actitud no estaba exenta de peligros.

La señora de Hale no tardó en reunirse con su hermana en el terrado, y poniéndose sobre los ojos á manera de pantalla una de sus manos largas y delgadas, se puso á considerar el paisaje con más cortesía y urbanidad que real interés. El sol implacable, que, según frase de Kate, era de una «vulgaridad irritante», le devolvió su mirada; pero, sin poner un tinte más rosado en sus mejillas pálidas, realzó la gracia delicada de su cabeza pequeña y fina con sombras esfumadas, y de sus ojos obscuros y dulces, cuyos párpados, en los que resaltaban las venas, guiñaban ligeramente ante la luz intensa y deslumbradora. Más alta y más esbelta que Kate, tenía á veces una ligera y tímida sinuosidad de movimientos que le prestaba un no sé qué de virginal, y hacía que en ocasiones pareciese ser verdaderamente la hermana soltera. Esta, por el contrario, se había hecho notar desde su infancia por un singular aplomo de actitud y de modales que, unido á un completo desarrollo de líneas y á una voz grave y tranquila, le daba la gracia más madura de la mujer.

—Me temo que John se haya detenido por algún asunto—dijo la señora de Hale á su hermana,—sin lo cual ya estaría de vuelta. Es casi inútil esperarle más tiempo, á menos que no quieras ir á su encuentro. Podrías ponerte la amazona—añadió paseando sus ojos por la híbrida vestimenta de Kate—y decir á Manuel que te acompañe.

—¡Ciertamente que no! ¿Llevarme al único hombre disponible y dejarte sola?—respondió Kate tranquilamente.—¡Jamás!

—Pero ahí están los trabajadores chinos—objetó la señora de Hale.—Vamos, chiquita, ¿no renunciarás nunca á tus prevenciones, y no les concederás algo de humanidad? John me asegura que en el país de esos individuos existe un excelente sistema obligatorio, y que todos saben leer y escribir.

—Lo que no te serviría de mucho si... si...

—¿Si qué?—preguntó la señora de Hale sonriendo.—¿Piensas en la extravagante historia de Manuel y en los pasos de oso que pretende haber encontrado en los campos esta mañana? Te prometo que, ni yo, ni mamá, ni Mimi, saldremos de casa hasta que tú vuelvas. Vamos, ¿estás contenta?

—No pensaba en eso—replicó Kate,—aunque tenga poca confianza en la eficacia de un redoble de tam-tam ó en una serie de palabras gruesas para alejar á los animales salvajes. Pero ya sabes que los trabajadores chinos deben bajar hoy para un bautizo, ó un entierro, ó un festín de pollos robados; no sé. Estarán ausentes todo el día.

—No dejes por eso de llevarte á Manuel. Quedan todavía Molly el indio y los criados chinos para protegernos contra... Dios sabe qué. Tengo plena confianza en Chy-Lee como guerrero, y en general en su estrategia nacional. Basta escucharle cantar en tiempo de paz para adivinar lo que sería en un combate. Nunca oí nada más terrorífico que ese poema de amor que entonó el otro día. Pero, bromas aparte, te repito, Kate, que no tengo miedo de quedarme sola. Ya sabes lo que John repite sin cesar: es preciso estar siempre dispuestos para todo.

—Mi querida Josefina—dijo Kate, enlazando con un brazo el talle de su hermana,—estoy íntimamente convencida de que si Jack, con sus tres dedos de menos, Bill con su pulgar de más, el mismo Joaquín Murrieta, ó cualquier otro bandido se presentase de improviso, con las manos tintas en sangre derramada, en este lugar, le ofrecerías graciosamente una taza de té, le pedirías cortésmente noticias de sus atentados y no te permitirías ninguna alusión á la policía ni al juez. Sin embargo, no me llevaré á Manuel. No puedo, en verdad, encargarme de vigilar sus costumbres en la posada, ni impedirle que se emborrache con aguardiente en compañía de compañeros sospechosos. Sé muy bien que hasta cuando tiene la lengua gorda me «besa las manos» de palabra, y me ofrece su espalda encorvada para ayudarme á bajar del caballo; pero te

confieso que prefiero á su servilismo la brusca familiaridad del posadero del condado de Pike, que se contenta con decirme: «¡Salte la hermosa, yo la atraparé!»

—Supongo que no te picarás por tan poco—replicó gravemente Josefina.—John desea que mantengamos las mejores relaciones con esas gentes, y convendrás que se conducen hoy más decentemente, aun cuando ignoren todavía el uso de la gramática y del tenedor.

—Sí, el hombre se pone guantes y un sombrero de copa para venir á vernos el domingo, y la mujer se niega á visitarnos antes de que lo hayamos hecho nosotras—contestó Kate. —¿Es eso lo que tú llamas progreso? El hecho es, Josefina, confesémoslo francamente, que esas gentes no nos quieren.

—¡Imposible!—exclamó Josefina con sublime candor.—Dí que eres tú quien las detestas.

—Las quiero más que tú, Josefina, y precisamente por eso veo lo que á ti se te escapa.—Se calló, y después de una corta pausa, añadió con tono más animado:—No, después de bien pensado, no iré al relevo. Voy á entregarme á la contemplación de la naturaleza, sin admitir en mi sociedad la menor muestra de vida animal, según la fraseología de Bill, el conductor de la diligencia. *Adiós* (1).

—Me desconsuelo cuando Kate habla como esas gentes, aunque sea de broma—dijo la señora de Scott, sentada en su mecedora cerca de la puerta ventana, cuando Josefina entró en la sala después de haber visto á su hermana alejarse con paso rápido.—Temo que no la convenga la nueva sociedad en que se encuentra. Debería cambiar de aire.

—Precisamente estaba pensando—respondió Josefina—en convencer á mi marido para que la lleve á San Francisco este invierno. Los Careys deben ir allí y podía quedarse con ellos.

—Me temo que si tardamos mucho, la tenga sin cuidado—

(1) En castellano, en el original.

dijo la madre, meneando tristemente la cabeza.—A Kate no le gusta ya nada de lo que le gustaba antes.

Sin embargo, la joven, ajena á tales observaciones, proseguía su camino, sumida en sus pensamientos; hasta había despedido á su perro, Spot, otra de sus desilusiones desde que el can, cediendo á groseros apetitos, estranguló á un cordero, porque ella no quería que su comunión solitaria con la Naturaleza corriese el riesgo de ser turbada por una repetición de aquellos incidentes vulgares. El aire era excesivamente picante, y por primera vez, por lo que ella sabía de la montaña, los rayos del sol, que caían á plomo sobre su cabeza, parecían haber perdido su poder. Sin darse cuenta apresuró su marcha y en menos de una hora llegó, sofocada, á aquella parte de la garganta en donde el paso á la meseta de las Aguilas estaba cerrado por una portada natural.

El espectáculo que desde aquel punto se ofrecía á sus ojos, le había parecido siempre uno de los más grandiosos de la montaña; pero aquel día revestía un carácter casi terrible en su austera y glacial majestad. La quebrada se estrechaba hasta tal punto, durante un centenar de pasos, entre dos gigantescos bastiones de granito que los seculares árboles, nacidos entre las hendiduras de la roca, enlazaban sus nudosas ramas y formaban las góticas ojivas de aquella arcada colosal.

Kate levantó los ojos: su corazón palpitaba. Sabía que aquellos troncos, unidos por encima de ella, eran inmensos, como los que acababa de dejar atrás; sabía también que la altura en la que se tocaban no llegaba sino á la mitad de la vertiente, pues recordaba el día en que, habiendo subido hasta la cumbre, los había visto casi á sus pies, semejantes á un plantío de chaparros; sabía que las piñas que el viento desprendía de sus ramas caían perpendicularmente en un abismo de mil pies de profundidad, en el que golpeaban, rebotando como balas, los muros cortados á pico que bombardeaban. Sabía que un cedro, arrancado por una tempestad de sus aéreas raíces, cayó un día como un rastrillo ante la gran portada, y

que hubo necesidad de acudir al hierro y al fuego para desalojarle. Inclinando maquinalmente la cabeza, la joven echó á correr por la angosta galería y no paró, después de haberla franqueado, hasta la abrupta pendiente que subía enfrente de ella al otro lado.

Desde esta parte, únicamente podía uno darse cuenta exacta de la posición de la meseta, que tan difícil era de alcanzar. Dibujábase desde allí como un alto promontorio que se destacaba, rodeado por tres lados por quebraduras y torrentes, bastante reducido para ser completamente dominado por la cadena principal, á la que se unía por un largo y estrecho desfiladero que conducía á la cresta del Norte. Aquel desfiladero, turbulento río en otro tiempo, ofrecía en su desembocadura el aspecto de haber sido levantado por tierras de aluvión y amontonamientos de escombros,—conformación reproducida en miniatura por las excavaciones en la boca de los túneles de minas, abiertos en los flancos de la montaña. Entonces se daba uno cuenta de un hecho, harto á menudo olvidado por los habitantes de la meseta de las Aguilas, á saber: que no se podía llegar al valle, oculto en el fondo, sino empezando por subir todavía antes de bajar, puesto que el único camino existente atravesaba la cadena por un punto más elevado. Nunca había impresionado tanto á la joven aquel singular itinerario, como en el momento de volverse para contemplar la meseta; creyó leer la confirmación visible de una convicción que se había apoderado de su espíritu aquella misma mañana. ¿Era, pues, necesario, para tener la intuición perfecta de un destino más elevado, el elevarse uno mismo, y los que se detenían en el camino no percibían las cimas con tanta claridad como los más humildes que se quedaban en el llano?

Tan profundas reflexiones no impidieron, sin embargo, á Kate coger los helechos y las purpurinas bayas de que gustaba, ni observar con su mirada tranquila y atenta ciertos fenómenos climatéricos que se producían en torno de ella. Desde luego, una extraña densidad en la atmósfera, que, á pesar de

interceptar el calor del sol, no disminuía perceptiblemente la transparencia del aire. A lo lejos, los nevados picos aparecían claros, pero se les hubiera dicho bañados por la luz de la luna; el mismo sol, sin que la menor bruma ó nubecilla le velase, parecía palidecer. Pronto un roce de alas, el rápido vuelo de aves mayores bajo la maleza, el paso furtivo de algún animal invisible en la espesura, llamaron su atención por el hecho mismo de aquellos rumores inusitados en parajes consagrados á una silenciosa soledad. A Kate no la inspiraban ningún temor las bestias feroces; había vivido bastante tiempo en la montaña para saber que el transeunte no tiene nada que temer de animales á los que no molesta, y continuó tranquilamente su paseo.

Descendía por un sendero escarpado cuando un roce de ramas la hizo estremecer. El ruido parecía venir de la vertiente opuesta, poco más ó menos al mismo nivel del que ella se encontraba, y según toda apariencia, en el mismo camino que ella iba á seguir. El rumor se repitió varias veces, pero cada vez más bajo, como si un cuerpo pesado descendiera paulatinamente. Esperando ver aparecer algún tronco desarraigado ó alguna roca desprendida, la joven se detuvo. De repente, el follaje se abrió bruscamente y un oso enorme desembocó en el sendero, medio corriendo, medio rodando; cincuenta pasos más de una y otra parte, y Kate y el animal se encontrarían frente á frente.

La señorita de Scott no gritó, ni se desvaneció, ni siquiera tuvo miedo. Aquella bestia corpulenta y estúpida no le parecía muy aterradora. Sin embargo, sorprendido por la caída de un canto con que tropezó el pie de la joven, el oso se detuvo á su vez, se enderezó lentamente sobre su cuarto trasero y se puso á mirarla con sus ojillos asombrados. Sin apresurarse, naturalmente, puesto que la cerraba el paso, Kate se bajó, cogió una piedra y se la tiró diciendo: «¡Chut, vete!» Le pareció muy sencillo que el animal obedeciese y verle volverse hacia su guarida con su paso vacilante y pesado hasta des-

aparecer como un grotesco fantasma de encantamiento. Sin embargo, después de haberle perdido de vista por completo, se sintió de repente conmovida y turbada, y, volviéndose precipitadamente, tomó de nuevo el camino de la casa, sobrecogida de un ligero temblor y estremecimiento á cada roce de las hojas. Cuando hubo llegado á la portada de rocas no sabía ya si estaba temerosa ó satisfecha por haber corrido aquella aventura, pero se prometió no hablar de ella á nadie.

El frío continuaba siendo intenso. La luz de pleno mediodía seguía disminuyendo, y cuando la joven hubo llegado á la meseta vió una nube opaca, parecida á la de una tormenta, cernirse en el horizonte sobre las nevadas cimas. No obstante la glacial temperatura, aquel recuerdo de las calurosas tardes de verano parecía estar de acuerdo con el verde valle que sonreía á sus pies y con la delicada hierba que iba hollando. Con un apóstrofo medio burlón, medio indignado contra los caprichos del clima, Kate se apresuró á entrar en la casa.

III

Kate observó, no sin asombro, que el piso bajo de la habitación estaba completamente desierto, mientras en el principal repercutía un rumor inusitado de pasos recios y apresurados. Vió huellas polvorientas en el suelo tan limpio del vestíbulo, y en el primer escalón una gota de sangre. Súbitamente alarmada, olvidándose de todo, gritó con ansiedad el nombre de su hermana. Un roce discreto de faldas respondió á su llamamiento, y Josefina descendiendo con rapidez, con un dedo en los labios, se llevó silenciosamente á Kate á la sala, cerró la puerta y se apoyó en ella. Tenía en su mano un papel arrugado; una ligera sonrisa vagaba en sus labios.

—No te asustes—dijo tendiendo el papel á su hermana.—Pero lee esto. Acaban de traerlo hace un momento.

Kate reconoció la letra clara y firme de su cuñado. Leyó

precipitadamente: «La diligencia ha sido asaltada y saqueada la noche última. No hay ningún herido. Yo no he perdido más que el tiempo, porque este asunto me retiene aquí hasta mañana. Enviadme á Manuel con un caballo de repuesto. Estad tranquilas. Como el dador da un rodeo para entregaros este pliego, cuidad de que no le falte nada.

—¿Y bien?—exclamó Kate impetuosamente.

—Pues bien, parece que en la cresta del Norte los bandidos han tirado sobre el dador y le han herido en una pierna. Afortunadamente un amigo suyo, que salía á su encuentro, le ha recogido y le ha traído aquí, el lugar más próximo al sitio del atentado. Está allí arriba, en el cuarto de los huéspedes, con su amigo que no le abandona. No quiere dejar entrar ni á mamá. Ha sido contenida la hemorragia con los instrumentos y los medicamentos encontrados en la farmacia de John, y ahora que recuerdo, Kate, he aquí una ocasión de mostrar tu arte y si te ha aprovechado de veras tu curso de ambulancia. Tal vez será preciso extraer la bala..., distínguete.

Kate miraba á su hermana con curiosidad. Ligero carmín coloreaba las pálidas mejillas de la joven, y sus ojos dulces y serenos tenían una animación extraordinaria. Nunca había estado tan seductora.

—¿Por qué no enviar á Manuel á buscar inmediatamente al doctor?—preguntó Kate.

—Sabes que vive á quince millas de aquí por lo menos; además, no se encuentra á Manuel. Tal vez ha marchado para recoger el ganado; han hablado de nieve, es absurdo.

—¿Quiénes son esos hombres?—preguntó Kate pensativa.

—Se dicen «amigos», como si esto constituyera una profesión ó una posición social. El herido era, por lo menos así lo creo, uno de los pasajeros de la diligencia asaltada.

—¿Pero qué aspecto tienen?—añadió Kate.—¿El de todo el mundo, naturalmente?

Josefina se encogió de hombros.

—El herido, cuando no se desvanece, se ríe. El otro tiene

grandes bigotes negros y un aire extraordinariamente sombrío.

—¿Qué vamos á hacer?

—¿Qué quieres que hagamos? Aun sin la recomendación de John, yo no podría en manera alguna negar hospitalidad á un desgraciado herido. Lo tendré aquí, no hay para qué decirlo, hasta la vuelta de mi marido. Verdaderamente, Kate, empiezo á creer que tus prejuicios te extravían hasta el punto de hacerte dura y de querer echar á esas pobres gentes. Pero... no, perdona, es que las quieres demasiado... Tranquilízate, querida, y no temas exponerte á las fascinaciones del trovador herido ó á las seducciones del apuesto tenebroso; este último es tan tímido como pocos, y ni siquiera se atrevería á mirarte.

En este momento se oyeron en el rellano de la escalera vacilantes pasos, cesaron, deshicieron el camino y volvieron á acercarse; después se oyó un ligero golpe en la puerta.

Kate se apresuró á abrir, con profunda consternación de un hombre alto de atezado cutis, que se disponía ya á batirse en retirada. No obstante su turbación, tenía realmente muy buen aspecto; sus largos bigotes eran ligeros y sedosos como bucles de niño, y Kate observó involuntariamente que la mano que los atormentaba con ademán nervioso, era blanca y fina.

—Perdón—balbuceó él sin levantar los ojos,—buscaba á la señora anciana...; yo... ruego que me perdonen... no sabía que... las señoritas..., que alguien..., deseaba únicamente..., quería manifestarlas que... mi amigo...

Se paró en seco al ver la sonrisa que se dibujaba en los labios de Josefina, y su rostro tostado se puso rojo de cólera.

—Espero, señor, que su amigo no está peor—se apresuró á decir la señora de Hale, con mayor amabilidad que de ordinario para corregir la sonrisa.—Mi madre está ausente en este momento, pero ¿no podemos nosotras—mi hermana—reemplazarla?

A la presentación, el desconocido, sin mirar á Kate, respondió con un saludo que, aunque breve y encogido, no era, sin embargo, ni torpe ni descortés.

—Gracias, es usted demasiado buena; mi amigo se siente un poco más fuerte, y si pueden ustedes prestarnos un caballo, trataré de transportarle hasta el alto antes de esta noche.

—¡No trate usted de llevárselo tan pronto!—dijo Josefina con tono de adecuada protesta, en la cual notó su hermana, sin embargo, un acento de sinceridad;—esperen ustedes por lo menos hasta mañana á que haya vuelto mi marido.

—No estará aquí mañana—dijo vivamente el extranjero.—Se mordió los labios y añadió en seguida:—Quiero decir que sus asuntos le detendrán; así me lo ha indicado mi amigo.

Kate había notado la vacilación y la corrección; vió también que ambas cosas se habían escapado á su hermana.

—¿Cree usted que el Sr. Hale no podrá venir?—preguntó ella.

El extranjero se volvió bruscamente hacia ella:

—Creo—dijo mostrando por la ventana la densa nube que Kate había observado—que nieva ya en lo alto y que, si la nieve baja hasta el desfiladero, quedará éste bloqueado. Por esto es urgente que nos marchemos sin demora.

—Pero si mi marido no puede pasar á causa de la tormenta, tampoco pasarán ustedes—replicó Josefina;—valdría más permitirnos hacer nuestros posibles para cuidar á su amigo en lugar de exponerlo en su estado á los riesgos de una marcha precipitada. Mi hermana no pide otra cosa que una ocasión de ostentar su talento en cirugía—añadió con dulce malicia desconocida para Kate y que le causó tanta sorpresa como embarazo.—¿No es verdad, querida?

Sin ignorar que su silencio no debía ser interpretado de una manera benévola, la joven no pudo resolverse á formular la menor frase de disculpa cortés ante aquella proposición que le producía un indecible malestar. Permanecía callada y sin moverse. El extranjero, sin preocuparse de su actitud, dirigió una rápida ojeada por la habitación.

—Es imposible—dijo.—Es preciso que marchemos. El caso es que me he adelantado á pedir los caballos. Deben estar en-

sillados. Tenga usted la seguridad—añadió con acento de convicción alzando los ojos para mirar á Josefina y apartándolos en seguida,—tenga usted la seguridad de que le devolveremos el caballo lo más pronto posible y que... no olvidaremos sus bondades. Se calló y se dirigió hacia el vestíbulo.—He bajado ya á mi amigo, está ahí y desea también dar á usted gracias antes de marcharnos.

Las dos mujeres siguieron al extranjero, y se encontraron, echado en un canapé de paja, al herido, cuyo cuerpo, delgado y delicado, estaba oculto bajo los amplios pliegues de una manta mejicana de color oscuro. Su rostro afeitado le daba un aspecto de adolescencia desmentido, sin embargo, por ciertas arrugas en la frente y las comisuras de los labios. Bajo su palidez se adivinaba un sufrimiento real, pero sus ojos brillaban de alegría y de malicia. La soltura de sus maneras contrastaba de un modo extraño con el sombrío embarazo de su compañero, y, por decirlo así, era el único del pequeño grupo reunido en el vestíbulo que pareciese por completo libre de preocupaciones.

—Es algo impertinente el hacer que vengan todos ustedes á despedirme—dijo con una risa sonora y comunicativa;—pero este Ned me ha traído en brazos hasta aquí y quería pasearme por toda la casa, como á un niño, para que me despidiera. Perdónenme ustedes, señoras, que no me levante; pero por el momento me encuentro, en cuanto á las piernas, como una sirena fuera del agua. Ned—añadió lanzando á su amigo una mirada de inteligencia,—Ned quiere marchar, y yo marcho, pero no sin haber antes saludado á la señora anciana. ¡Ah! aquí la tenemos.

Con inmenso asombro de Kate, no solamente dejó pasar su hermana aquella familiar alocución, sino que vió á su madre avanzar con solicitud y tratar de hacer que renunciase el enfermo á sus proyectos, con todas las expresiones de la más viva simpatía y apoyándose en su edad y en su experiencia para amonestarle.

—No es esta mi casa—dijo mirando á su hija,—pero si lo fuera, no consentiría que saliese usted de ella, ni hoy, ni hasta el día en que estuviera usted completamente fuera de peligro. ¡Josefina! ¡Kate! ¿en qué pensais para permitirlo? Pues bien, lo prohibo yo. Quieto aquí, ¿lo oye usted?

Kate se preguntaba, no sin temor, si se habían vuelto locas ó si aquel extranjero sombrío y su compañero, con su odiosa familiaridad, las habían embrujado. Cierto que el segundo estaba herido y que los más elementales principios de humanidad ordenaban el socorrerlo; pero ¿por qué su madre, que no quería permanecer en la misma habitación de Whiskey Dick cuando venía á hablar de arrendamientos, se despojaba de su autoridad para estrechar la mano de un desconocido? ¿Por qué su hermana, que se negaba á dar dos dedos á los visitantes de la comarca, contemplaba efusión semejante con plácida aprobación?

El herido se llevó la mano de la señora de Scott á los labios; después, poniéndose serio, intentó incorporarse.

—Imposible, señoras. Es preciso acabar. Tu brazo, Ned. Pronto. ¿Están ahí los caballos?

—Dios mío —dijo la señora de edad,— se me ha olvidado decir á ustedes que no se encuentra un caballo en ninguna parte. Manuel ha debido tomar el último para correr tras el ganado. Pero volverá más tarde ó más temprano, y si mañana...

El herido volvió á sentarse.

—¿Manuel es un servidor de ustedes? — preguntó con repentino interés.

—Sí.

Los dos amigos cambiaron una rápida mirada.

—¿Marcado en la mejilla izquierda, bebedor empedernido?

—Sí—dijo Kate.—¿Le conoce usted?

El herido recobró su acento burlón.

—No es bueno fiarse demasiado de los borrachos—replicó. —Habrá que contentarnos con nuestras cabalgaduras. Ned, ¿estás dispuesto?

—Sí.

El herido hizo un movimiento para levantarse y volvió á caer pesadamente. Se había desmayado.

Espontánea y simultáneamente, las tres mujeres se precipitaron hacia él.

—Ya ve usted que no se puede marchar — dijo Kate con firmeza.

—Estará mejor dentro de un momento.

—Tal vez, pero no durará. ¿No hay, pues, nada en el mundo que pueda hacerle cambiar á usted de decisión?

— Sí, por cierto — dijo el extranjero amargamente. ¡Eso!

—¿La lluvia?

— A una milla de aquí esa lluvia es nieve, y antes de que podamos llegar al relevo, el camino se habrá puesto impracticable.

Acompañó sus palabras con un gesto involuntario que parecía aceptar una inevitable derrota, y se volvió lentamente hacia su amigo; éste recobraba el conocimiento merced á los solícitos cuidados de que era objeto.

—He aquí una manera como cualquier otra de irme—murmuró con voz débil todavía.—Para lo que hago aquí, lo mismo será la carretera.

—Ya no hay modo de hacer nada —replicó su compañero en tono breve.—El camino quedará bloqueado para nosotros y los caballos antes de llegar á la Portada.

—¿Para cualquier caballo?—preguntó Kate.

— Para todos, hombres y animales. Por donde no podemos salir, nadie puede entrar — replicó el extranjero como si hubiese adivinado el pensamiento de la joven.—Me temo que no vea usted á Ha...—á su señor hermano mañana por la mañana. Pero iré á efectuar un reconocimiento en cuanto pueda hacerlo, sin torturar á éste — añadió, mirando al herido con inquietud.

Aún no había hablado tan seguido á la joven, y por primera vez la contemplaba cara á cara. Su timidez y su torpeza

habían de repente cedido el puesto á una resignación mal humorada, menos embarazosa, pero igualmente poco halagüeña para sus huéspedes. Levantando suavemente á su compañero en sus brazos, como lo hubiera hecho con un niño, desapareció con él por la escalera, precedido de la señora de Scott, que llamaba á la India y daba todas las señales de una extrema solicitud.

Cuando estuvieron solas las dos hermanas, Josefina interpeló á Kate:

—Si no fuera porque nuestros forasteros se muestran tan deseosos de marcharse como tú de despedirlos—dijo,—me hubiesen indignado tus maneras inhospitalarias. No te comprendo, Kate. ¿No son precisamente éstos de los que tú me censuras que no trato con bastante benevolencia?

—Pero, en suma, ¿quiénes son?

—¿Qué sé yo? Ya has leído la carta de tu hermano.

Josefina, cuando hablaba de su marido, le llamaba de ordinario por su nombre de John.

La habilidad completamente femenina con la cual acababa de recordar el parentesco de su hermana con el amo de la casa, descargándose de una parte de responsabilidad é iniciativa, no dejaba de ser significativa. Kate se sintió en falta y tuvo remordimientos.

—Digo únicamente que ni siquiera sabemos sus nombres.

—¿Y qué? Yo no creí que eso fuese necesario para ofrecerles un lecho y la cura. ¿Crees tú que el buen samaritano preguntase cómo se llamaba al judío moribundo, y piensas que el levita hubiera disculpado su sequedad de corazón diciendo que los ladrones no habían dejado al desgraciado su tarjetero? ¿Acaso tu manual de ambulancia, en el reglamento referente al capítulo de accidentes, prescribe el «acostar primero al paciente boca arriba y hacerle declinar después su nombre y apellidos»? En resumen, querida; si lo prefieres, llama al uno Jorge y al otro Ned.

—Vaya, vaya; sabes perfectamente lo que quiero decir,

Josefina—respondió Kate encogiéndose de hombros.—¿Cuál es Jorge?

—El pobre herido. No el que se puso á hablar contigo más que con ninguna de nosotras—para amansarte.—Leía su despedida en tu frente.

—¡Cuánto me alegraría de que John estuviese aquí!—exclamó la joven.

—Aun en ausencia de mi señor y dueño, no tenemos gran cosa que temer de gentes que no tienen más que un deseo: marchar. Si lo que te preocupa es la cuestión de conveniencias, querida Kate, me parece que la presencia de nuestra madre es una salvaguardia suficiente, aunque, á decir verdad, su actitud, respecto del enfermo, no esté libre de toda censura—añadió Josefina con un ribete de malicia, que parecía un reflejo de su alegría de colegiala. Después dijo con más gravedad:—Haremos lo que podamos, y mientras tanto...

—Voy á ocuparme de prepararles la habitación de mi cuñado...

—Eso es; mamá había tenido la misma idea. Es mayor, pueden ponerse dos camas, y como Ned no quiere dejar solo á su amigo, será más cómodo. Pero, dime, Kate, si no sales ¿por qué no te mudas de traje? Ese está muy bien cuando nos encontramos solas...

—¡Cómo!—interrumpió Kate indignada.—¿Acaso te figuras que voy á ir á visitarle?

—Podría muy bien suceder á falta de médico. Él está muy agitado y anda por toda la casa como un perro que ha perdido á su amo.

—¿Quién es ese *él*?

—Ned. Pero es preciso que vaya á velar por su bienestar. El herido debe estar ya acostado—dijo Josefina subiendo rápidamente la escalera, después de haber hecho un gesto cariñoso á su hermana.

Descontenta y disgustada, Kate se decidió á ir en busca de su madre; pero la buena señora se encontraba ya al lado

del herido, y la joven se alejó con presteza de aquella habitación, convertida tan pronto en el centro de todas las atracciones, más irritada y más sola que nunca lo estuviera. En cuanto entró en su cuarto corrió á la ventana, ese eterno refugio de los espíritus turbados, y se puso á mirar maquinalmente hacia fuera. Cuando su mirada cayó sobre el punto hacia el cual había dirigido su paseo matutino, se sintió súbitamente deslumbrada. Se frotó los ojos, después limpió con su pañuelo el cristal oscurecido por la lluvia. No era una ilusión. El paisaje familiar se había transformado en un vasto campo de una blancura unida y mate. Árboles, rocas, vertientes, hasta el horizonte, todo había desaparecido. Un gran mar inmóvil, sin sombras y sin olas, llenaba el espacio y extendía como un pálido sudario entre ella y el mundo exterior. Inmediatamente alrededor de la casa, la verde meseta, con sus prados en declive y su franja de pinos y algodoneros, semejaba una isla primaveral en medio de un océano de hielos.

El insensato deseo de contemplar aquel fenómeno más de cerca y calcular mejor la extensión y los límites de su dominio súbitamente circunscrito, se apoderó de Kate de un modo tan imperioso, que habituada á obrar siempre bajo el impulso del momento, se puso á escape un abrigo impermeable con capucha y se deslizó sin que la vieran fuera de la casa. La lluvia caía sobre el camino en cuesta que seguía; pero una milla más lejos, más allá de la gran arcada de rocas, una espesa cortina formada por giratorios copos velaba el paisaje conquistado de pronto por el invierno. Apresurando el paso con febril impaciencia, la joven no tardó en llegar á la portada de granito, única salida de la meseta de las Águilas; á la primera ojeada vió que una blanca muralla la cerraba herméticamente. Kate sabía que el sendero subía por la vertiente opuesta después de franquear el angosto pasaje, y que, por consiguiente, lo que tenía delante no era otra cosa que la montaña de la que había bajado el oso, pero invertida ya por la nieve que acababa de cerrar la única salida. Sin tomar aliento corrió hacia

el punto más alto de la meseta, una elevada roca que se alzaba detrás de la casa cortada á pico sobre el valle; se inclinó ansiosa sobre el vertiginoso abismo, buscando algún resquicio desconocido ú olvidado; pero fue en vano. El granítico arco era el único medio de salir de su dominio, el solo camino que conducía al llano. Contempló largo rato la nieve que giraba ante la arcada, y su imaginación sobreexcitada concluyó por ver las movibles mallas de una red mágica y fatal, tejida por manos invisibles é inexorables, haciéndose más tupida de minuto en minuto para mantenerla prisionera.

Conmovida y turbada, volvíase por fin, cuando vió á algunos pàsos delante de ella al extranjero Ned, absorto también en la contemplación de la nieve. Se había encapillado el poncho negro bordado de plata, y el ala de su ancho sombrero de fieltro blando, levantada por el viento, dejaba al descubierto sus cabellos negros y rizosos sobre su frente atezada. Tenía así un tipo muy apuesto y muy pintoresco, sin estudio ni afectación. Nada en su aspecto ni en su traje parecía en desacuerdo con el medio en que se encontraba, ni—por lo que Kate podía juzgar—con sus costumbres y su posición. Sin embargo, decidió al punto que era *demasiado* apuesto y *demasiado* pintoresco, sin pensar que juzgaba de aquel hombre únicamente con arreglo á los limitados puntos de vista de su experiencia pasada.

Cuando el extranjero volvió la cabeza se encontró enfrente de la joven.

—Las cosas no tienen traza de mejorar mucho—dijo él tranquilamente, como si la fuerza mayor é inevitable hubiese de repente calmado su impaciencia.—Todavía es peor de lo que yo me había imaginado. La nieve ha debido comenzar la noche última; tiene aspecto de querer continuar.

Calló; después, fijando su mirada en la de Kate, añadió gravemente:

—¿Sabe usted lo que esto significa?

—No comprendo.

—Me lo figuraba. Pues bien, esto significa que está completamente interceptada toda comunicación entre el mundo exterior y esta meseta. A esta hora la nieve tiene cinco pies de altura en el único sendero por el cual se puede entrar ó salir de aquí; espero que no la asuste á usted, señorita, porque realmente no hay ningún peligro material. Una casa como esta debe estar aprovisionada, y en cuanto á lo que afecta á usted personalmente, debe haber no tan sólo lo necesario, sino hasta lo supérfluo. Tenemos á la mano leña, agua, ganado, caza; pero, durante quince días por lo menos, vivirá usted en un aislamiento completo.

—¡Durante quince días!—exclamó Kate palideciendo.—¿Y mi hermano?

—A esta hora debe saber toda la verdad y sentirse tan tranquilo respecto de la seguridad de usted, como usted de la suya.

—¡Durante quince días!—repitió la joven.—No es posible. Encontrará algún medio de llegar hasta aquí.

—Lo deseo—respondió gravemente el extranjero,—porque lo que sea posible para él lo será también para nosotros.

—¿Así, pues, tiene usted mucha prisa por marcharse?—preguntó Kate casi involuntariamente.

—Extraordinaria.

Esta afirmación, sin ser descortés en el tono, era, sin embargo, bastante poco galante en la forma para causar á la señorita de Scott una sorda irritación. Antes de que hubiese replicado una palabra, añadió el extranjero:

—Suceda lo que quiera, espero que recordará usted que he hecho cuanto estaba de mi parte para evitar el permanecer aquí un minuto más de lo necesario, sin exponer á mi amigo, en el estado en que se encuentra, á perecer entre la nieve en el camino.

—Ciertamente—dijo Kate;—después añadió con vacilante torpeza: Espero que estará pronto curado.—Se calló, y apresurando el paso, volvió á decir tras una pausa: Es preciso que comunique á mi hermana tan enojosa noticia.

—Creo que la encontrará usted preparada, señorita. Si yo puedo ser á usted útil, disponga de mí. Pudiera ser que me encontrase en condiciones de prestar á usted algunos pequeños servicios. El primero de todos será el de explorar cuidadosamente todos los alrededores de esta meseta, porque sin duda nada podría serle á usted más agradable como desembarazarse de nosotros; además sé manejar el fusil, y el bosque se llenará de la caza que la nieve expulsa de la altura. Permítame que la indique algo en lo que no ha reparado usted.—Se detuvo y señaló con la mano á la joven una especie de excrecencia cubierta en el flanco de la montaña, protegida por escarpadas rocas, y que se destacaba verde y sombría sobre la blancura circundante. Aquel promontorio parecía poblado de objetos agolpados y que se movían.—Son animales salvajes que huyen de la nieve—añadió el extranjero. El mayor de todos es un oso negro; vea usted una pantera, lobos, gatopardos, una zorra y cabras monteses.

—¡Qué grupo tan mal avenido!—dijo la joven en voz baja.

—La desgracia les ha reunido. Están harto espantados para molestarse.

—Pero se devorarán entre sí más adelante—replicó Kate echando una mirada furtiva á su compañero.

Este alzó de pronto sus ojos negros y sorprendió aquella mirada.

—¿En tal asilo?... ¡No!—dijo sencillamente.

IV

Como lo había previsto el extranjero, Kate encontró á su hermana perfectamente al tanto de la situación. Un somero inventario de sus recursos y de sus medios de existencia había ya demostrado que la guarnición estaba aprovisionada y podría soportar un sitio más largo todavía.

—Según parece, no es este un acontecimiento tan extra-

ordinario—dijo Josefina á su hermana.—No sé quién, en no sé donde, se vió bloqueado por la nieve durante cuatro semanas, y la misma posada del puerto no siempre es abordable. John hubiera debido informarse antes de comprar esta propiedad; el caso es que casi me avergüenzo de confesar que ignoraba esta particularidad del lugar, pero prefiere siempre sus teorías á la experiencia de los demás. Sin embargo, á excepción de nuestro correo que nos faltará, no sufriremos demasiado. Esto servirá de lección á John, si bien el Sr. Lee asegura que no hay que compadecerle, pues desde el punto en que se encuentra puede dirigirse á donde le plazca, salvo á su casa.

—¿El Sr. Lee?—preguntó Kate.

—Sí, el herido. El otro se llama Falkner. Para darte gusto me he informado de sus nombres, y puedo presentártelos en regla. Había en Chaslestown unos Falkner muy distinguidos, ¿te acuerdas? He pensado que podrías inducirle á que te refiriera su parentesco, ya que estás en tan buenas relaciones con el de los bigotes. Por lo demás, es providencial que estos hombres estén aquí, porque no tenemos ni un solo caballo en la cuadra, y Manuel ha desaparecido. El Sr. Lee opina, sin embargo, que no puede estar muy lejos, puesto que ellos no le han encontrado en el camino.

—¿Ha dicho algo más acerca de Manuel?

—No; pero empiezo á ser de tu opinión y á no tener confianza en él. También es este uno de los frutos del sistema de John, que se obstina en emplear á los naturales del país, dispuesto á sufrir los inconvenientes.

Falkner cumplió lo ofrecido y se encargó del modo más natural de atender á los trabajos de la casa, ayudado únicamente por el chino que se había quedado, y bajo la inmediata inspección de Kate. Ella vió en seguida que si el huésped entendía perfectamente las cosas de caballos, ignoraba por completo todo lo concerniente al arreglo de las granjas y de los establos, y los más vulgares detalles de una administración rústica. Pero la reserva y la desconfianza de la joven cedieron

ante la franca y familiar asociación de ambos; hablaron sin embarazo y con libertad sobre mil asuntos relacionados con su extraña situación. Falkner daba pruebas de un saber vasto, de una intuición rápida de todas las cosas, y se expresaba sin pedantería y sin dogmatismos; Kate, que desconfiaba habitualmente de toda versatilidad de espíritu, admitía, no obstante, que las apreciaciones de su compañero no eran ni menos justas ni menos cuerdas por recaer sobre un número mayor de ideas, y que llegaba á sus deducciones con una sencillez grave y reflexixa, desprovista de toda ostentación. La conversación de Falkner, más pintoresca que la de John, era también menos interesante; el cuñado de Kate tenía siempre el dón de hacerla callar.

Cuando Falkner y la joven volvieron al interior de la casa, el primero no se detuvo en la sala, sino que se dirigió en seguida á la habitación de su amigo. Cuando la comida estuvo servida con alguna más ceremonia que de costumbre, las dos hermanas se asombraron al recibir un recado de Falkner, que las rogaba le dispensaran de que no comiera con ellas; prefería permanecer al lado del herido, lo cual, además, simplificaría el servicio.

—Eso no es más que timidez—dijo Josefina á Kate confidencialmente.—No debemos permitirlo.

—Estoy dispuesta á hacer compañía á esa pobre criatura mientras coma el Sr. Falkner—dijo la señora de Scott con bondad.

—Demasiado dispuesta, mamá—replicó Josefina amenazándola en broma con la mano.—Esa pobre criatura, como usted la llama, no cumplirá ya los treinta y cinco años.

—Ni cumplirá los treinta y seis—repuso la anciana—si no le dejas más tranquilo. Habla demasiado cuando estás á su lado.

—Hay que distraerle. Necesita otra compañía distinta de la de su lúgubre amigo, con su cara de entierro y sus bigotes de duelo—dijo Josefina con singular animación.—No espere

usted que les deje mucho tiempo juntos. Vamos, ven, Kate, ven á examinar al paciente y á contrarrestar con tu prudencia los funestos efectos de mi frivolidad.

El instinto de Josefina veía más claro que la cordura de su madre. Los ojos del enfermo se animaron en cuanto vió á las dos jóvenes, y se hizo evidente que su exuberante vitalidad reclamaba un estimulante moral para recuperar mejor sus fuerzas físicas. Animada con la ayuda seria y práctica de Falkner, Kate se atrevió á emprender el examen de la herida de Lee. Le pareció menos grave de lo que hubo creído en un principio; la gran efusión de sangre era debida á la rotura de varios vasos pequeños debajo de la rodilla, pero ni el hueso ni la arteria habían sufrido nada. Una nueva hemorragia ó un acceso de fiebre eran los únicos accidentes temibles, y uno y otro podían combatirse con la cura y simples precauciones.

El contagio de la inalterable alegría del paciente, su buen humor y su paciencia durante la manipulación de la pierna herida, la espiritual originalidad de sus salidas y la libertad de su lenguaje, corregida por un tacto natural, concluyeron por vencer la resistencia de Kate del mismo modo que habían ya cautivado á su madre y á su hermana. No pudo menos de reirse durante aquella cura que había emprendido por deber; tomó parte en la hilaridad causada por los fingidos terrores de Lee, inspirados por el papel de cirujano que ella desempeñaba cerca de él, y hasta se ofreció á quitarse los vendajes para ayudarla á encontrar el dedal que él la acusaba de haber ocultado subrepticiamente en la herida para dar materia á nuevas experiencias.

—Debería usted extender la clientela, señorita—dijo.—No sabe usted las soberbias ocasiones que podrían proporcionar Ned y un pedazo de jabón dejado al descuido en el peldaño más alto de la escalera, y preveo la posibilidad de grandes operaciones quirúrgicas en el uso inteligente de una cáscara de naranja. Unicamente advierto á usted que éste no será tan dócil como yo. Pero atráigale usted bajo un montón de nieve,

hiélele, y en tal estado haga usted ensayos para resucitarle por el deshielo.

—¿No lo has intentado ya, Kate?—preguntó á media voz Josefina.

—Hoy se usa mucho el hielo para suprimir el dolor en las operaciones—se apresuró á añadir Lee, acudiendo en ayuda de Kate, con su aplomo habitual.—Yo mismo he conocido á un hombre en Strauberry que se hundió en la nieve por la caída de un trineo cargado de madera. Aturdido por el golpe se helaba lentamente, cuando, con un esfuerzo sobrehumano, consiguió desprenderse, á excepción de su pierna derecha, cogida bajo un tronco. Afortunadamente, su hacha se encontraba á su alcance, y algunos golpes asestados sobre el tronco le libertaron completamente.

—¿Y le salvaron la vida?—preguntó la señora de Scott, que escuchaba con el mayor interés.

—Sí; pero á costa de su pierna izquierda, pues no era otra cosa el tronco que había partido—replicó Lee sin pestañear.—Después, observando que había herido la susceptibilidad de la señora, se apresuró á cambiar de conversación, y, merced á sus esfuerzos, no se volvió á turbar en la velada la armonía de la reducida tertulia reunida al lado de su lecho. El azotar de la lluvia en los cristales y el chisporroteo del fuego en la chimenea prestaban un nuevo encanto al aislamiento, y únicamente cuando la señora Scott se levantó diciendo que ya era tiempo de dejar descansar al enfermo, se fijaron todos en lo avanzado de la hora. Cuando la puerta se hubo por fin cerrado, después de la última mirada tierna y compasiva de las dos hermanas, Falkner se dirigió á la ventana y contempló en silencio la obscuridad de la noche. De repente se volvió hacia su amigo y exclamó:

—¡Esto es el infierno, Jorge!

Lee, con la sonrisa en los labios, volvió perezosamente la cabeza.

—¿Por qué? Si no fuera por la madre, que es la única per-

sona absolutamente perfecta aquí, que ni pide ni exige nada, sería, por el contrario, en extremo curioso. Las otras dos desean emociones,—se las dan. Hale, el marido quiere darse importancia persiguiéndonos;—pues bien, ya lo ha hecho—y todavía le he de proporcionar, por añadidura, otra ocasión de distinguirse antes de decirle mi última palabra. Ese idiota de mensajero, que se metió en lo que no le importaba al encargarse de la carta, ha encontrado el medio de cambiar una bala conmigo; también él ha recibido lo suyo, según me imagino, y no pide más. Tú has hecho todo lo posible para levantar el campo y has conseguido que esa puritanita esté en camino de adorarte.

—Sea, pero esta comedia que representamos, Jorge, está...

—¿Qué comedia? ¿Quién la representa? Tú le has dicho ya nuestros nombres.

—Yo no podía mentir. Por lo demás, nada han averiguado con eso.

—¿Crees tú que serían más felices con saber toda la verdad? ¿Piensas que esa tierna y encantadora mujercita se hubiera mostrado tan contenta como lo estaba hace un momento si le hubiésemos dicho que su marido ha sido indirectamente la causa de que la conozcamos? ¿A quién engañamos? ¿En dónde está la comedia? ¿En el agujero que tengo en la pierna? Si hubieras estado cinco minutos bajo las diabólicas manos caritativas de esa joven, dirías que es bastante real. ¿En la tentativa que hemos hecho para alejarnos? ¿En la eventualidad de que Hale vuelva y nos encuentre? Todo esto me parece de una realidad bastante. Vamos, amigo Ned, reconcentra tu elevada inteligencia en la investigación de estas verdades.

Falkner no respondió. Hubo un intervalo de silencio, durante el cual se veía el movimiento de los hombros de Jorge agitados por una risa loca.

—Imagínate—dijo por fin—á la señora de Hale presentándome ceremoniosamente á su esposo. Yo le señalo una silla, sin dejar de apuntarle bajo las mantas con mi pistola. Tú, azo-

rado, abandonas tus ocupaciones pastoriles, acudes, te precipitas en mi cuarto con una hoz en una mano, la damisela de la otra, y mientras tanto la excelente mamá, que no comprende nada, es del parecer de cada uno, y nos contenta á todos.

—¡No seré yo quien vea eso!—dijo Falkner con tono sombrío.

—Ya; tú eres capaz de subirnos sobre un caballo, á las dos mujeres y á mí, y arrebatarnos al galope. Sí, sí, no te defiendas; te conozco, amigo... Escucha, Ned—añadió el herido con más seriedad,—no hay más engaño que la de haber traído á la mujer el billete del marido, y á ti se te ocurrió la idea. Pensabas que la carta disiparía las sospechas; yo perdía demasiada sangre, tú querías á toda costa salvarme la vida, y has entablado la partida. Hubieras hecho mejor en acceder á lo que te proponía; adosarme á un árbol bajo cubierto, y dejarme. Me quedaba aún bastante fibra para soltar todavía dos ó tres tiros, y después... ¡qué importa! Ayer, hoy, mañana, la primera vez que vuelva á salir á los caminos, ó dentro de un año, es preciso que se cumpla el destino, es inevitable.

El acento de Jorge carecía de amargura; continuaba sonriendo. Falkner, sin decir una palabra, puso su mano sobre las mantas, Lee la estrechó, y así permanecieron unos instantes.

—¿Cómo acabará todo esto?—dijo al cabo de un rato Falkner.—No puede durar, sin embargo.

—¿Por qué no? Si estamos encerrados aquí, preciso será que dure. Sé, pues, razonable, Ned. No tengo intención de llevarme de esta casa sino lo que he traído, ó lo que voluntariamente se me ofrece; pero el diablo me lleve si, eso aparte, pretendo hacerme pasar por mejor de lo que soy. Esto es lo que me dispensa á mis ojos de declarar *quién* soy. No conozco ninguna ley que obligue á un hombre el comunicar al primero que se presente qué compañía acaba de dejar, ó proclamar la última acción que ha cometido. ¿Crees tú que estas lindas damas nos revelan todas sus historias? ¿Piensas que esa especie

de San Juan Bautista en el desierto esté canonizado en el hogar conyugal? ¡Vamos! Si yo me tomara la libertad de inmiscuirme en sus asuntos, como él lo ha hecho en los míos, demostraría lo contrario. No te echo en cara tus susceptibilidades, Ned. Son naturales. Cuando un hombre se sale fuera de las leyes de su jurisdicción, se desquita mostrándose excesivamente quisquilloso en cuestiones de etiqueta mundana. En cuanto á mí, me encuentro bien aquí. Me acuesto mejor en una cama que no he hecho, que en la mía. Buenas noches.

Al cabo de algunos instantes, dormía con el sueño profundo y apacible de aquella adolescencia cuyo eterno privilegio parecía haber conservado. Falkner, de pie junto á su cabecera, le contemplaba atentamente, siguiendo con la mirada las juveniles facciones del rostro de su amigo, la sombra de sus pestañas oscuras, el brillo de su blanca dentadura que asomaba por entre sus labios entreabiertos por una respiración igual y lenta. Solamente algunas arrugas en la frente y junto á la boca, revelaban el paso de los años y una madurez á la vez activa y puesta á prueba.

Toda la casa parecía sumida en el más absoluto reposo. Falkner volvió hacia la ventana y permaneció inmóvil contemplando la tempestad que continuaba. De pronto apagó bruscamente la luz, avanzó más que deprisa hacia la cama y apoyó una mano en el hombro del durmiente. Lee abrió instantáneamente los ojos.

—¿Duermes?

—No.

—Tratan de penetrar en la casa.

—¿No *él,* el marido, eh?—dijo Lee riendo.

—No, dos hombres; dos mejicanos, según creo. Uno de ellos se parece á Manuel.

—¡Diablo!—exclamó Lee enderezándose.

—¿Qué?

—¿No comprendes? cree que están solas las mujeres.

—¡Miserable bandido!

—¡Ah, perdona! Habla con más miramientos de uno de mis hombres, si te parece, y dame mi pistola; descuelga también esa fusta que cuelga de la pared y ponla á mi alcance. Ahora, vuelve á encender la luz y abre la puerta. Déjales subir tranquilamente. Aquí es á donde vendrán primero—es el cuarto de Hale,—en donde probablemente encontrarían *cumquibus,* si lo hubiera; además da paso á la habitación de las mujeres. Yo me encargaré de Manuel, ocúpate de su compañero.

—Entendido.

—Manuel conoce los sitios y pasará el primero. En cuanto haya entrado en el cuarto cierra la puerta, y ¡hala, sobre el otro! Sobre todo, nada de ruido para que nadie se alarme. Si sale bien será graciosísimo.

—¿Pero tú, Jorge?

—Si no me encontrara en estado de dar mate á ese tunante sin desarreglar mis sábanas, me tiraría de las orejas. ¡Silencio! ¡Atención!

Lee se estiró, cerró los ojos y simuló dormir; pero su mano derecha, colocada como al descuido bajo la almohada, apretaba la culata del arma. La luz proyectaba un pálido resplandor sobre el piso y la pared opuesta, dejando en la sombra el resto de la habitación.

La lluvia y el viento, cuya violencia redoblaba, turbaban únicamente la paz del exterior. Jorge parecía haber realmente sucumbido al sueño que aparentaba; los innumerables é inexplicables rumores de una casa en la que todos duermen hubieran podido engañar á un oído menos práctico que el del herido, pero éste no se engañó ni por un instante respecto del débil ruido que no parecía ser sino el crujir de una madera, y, cuando una cabeza cubierta de un bosque de crespos cabellos, apareció en el umbral del cuarto, Lee la esperaba como si la hubiera visto acercarse. Un minuto más y se dibujó entera la silueta de un hombre. Inmediatamente se cerró la puerta; se oyó el ruido de una lucha, de un cuerpo pesadamente

arrojado contra la pared del corredor; después cesó casi en seguida. La sombra se volvió, cogió más que deprisa el pestillo de la puerta, pero de pronto reculó con espanto al escuchar una voz tranquila que salía de la cama:

—Deja eso, y ven aquí.

El nocturno visitante se estremeció y exhaló una exclamación sorda. Los ojos del durmiente estaban de par en par abiertos; un brazo armado de una pistola se tendía hacia él.

—Silencio, ó suelto el gatillo y te paso.

—¡Basta, capitán!—balbuceó el mulato, petrificado por la sorpresa y el miedo. No sabía que estuviera usted aquí.

Lee se incorporó y, cogiendo el látigo con su mano izquierda, exclamó:

—¡Quieres callarte!

El hombre retrocedió aterrorizado hasta la pared.

—Abre esa puerta—dijo Lee—sin hacer ruido.

Manuel, pues él era, obedeció temblando.

—¡Ned!—llamó Jorge en voz baja—tráeme al otro en seguida.

Falkner entró con el segundo malhechor, cuyos ojos parecían que iban á salirse de las órbitas á consecuencia de lo que le apretaban la garganta los crispados dedos de Falkner.

—¡Silencio!—dijo Lee de repente—¡Ni una palabra!

En medio del silencio se oyó abrirse una puerta en el fondo del corredor, y la voz dulce de la señora de Scott preguntó con inquietud:

—¿Ocurre algo?

Tranquilizando á Falkner con la mirada, amenazando á los bandidos con un gesto, Lee respondió con su tono alegre y bromista:

—Absolutamente nada, señora, sino es que Ned ha estado á punto de echar la casa abajo al querer buscar algo en mi maletín colocado en el vestíbulo.

—Celebraré que no se haya hecho daño—dijo una voz fresca y algo burlona.

Lee hizo un signo á su amigo para que respondiera.

—No, gracias, no ha sido nada, nada, gracias—balbuceó Falkner con un azoramiento que no era en modo alguno fingido.

Todavía se oyó un ligero murmullo de voces femeninas, después el ruido de una puerta que se cierra, luego nada. Lee se volvió hacia Falkner.

—Desarma á ese tunante—dijo—y échale fuera, pero nada de escándalo. Tú, Manuel, enseña á tu colega á lo que se expone si se le ocurre volver á asomar su hocico por aquí.

Manuel dirigió á su cómplice una mirada llena de ruegos y de alarmas, más elocuente que todas las exhortaciones. Falkner se apoderó de su prisionero, le echó al pasillo, después silenciosamente desapareció en la escalera llevándole por delante.

—Déjeme marcharme, capitán—suplicó Manuel con angustia.—Le juro por todos los santos del Paraíso.

—Cierra la puerta.

El miserable no se atrevió á desobedecer.

—Ahora—añadió Lee con una franca sonrisa de satisfacción, colocándose á gusto y sin soltar el látigo y la pistola,—ahora hablemos tranquilamente. Una charla amistosa, ¿eh? Tienes mala cara, Manuel. Apostaría á que bebes demasiado... Eso es malo para el cutis.

—Déjeme marchar—repitió el mulato, tranquilizado por aquella actitud benévola y sin observar el siniestro brillo que despedían los ojos de su interlocutor.

—Pero acabas de llegar, Manuel, y no sin dificultad. ¿No tienes nada que decirme? ¿Qué significa todo esto? ¿Qué venías á hacer?

El bandido no contestó sino con un gruñido.

—Comprendo tu timidez. Veamos si yo puedo ayudarte. Sabías que Hale estaba ausente, que no volvería y que estas tres mujeres se encontraban aquí solas, sin un hombre para defenderlas. Esperabas encontrar dinero y hacer tu agosto. ¿No es esto?

El tono benévolo de Lee inspiró confianza á Manuel; desgraciadamente le alentó también para familiarizarse.

—¡Qué diablo, capitán! me dije que bien podía trabajar una vez por cuenta propia y divertirme un poco. Cuando uno es de la misma profesión, se entiende uno; entre compañeros no se ponen obstáculos, ¿eh, capitán?—dijo insolentemente.

—Acércate.

—¿Para qué?

—Acércate, te digo.

Manuel avanzó tres pasos presa de una inquietud repentina.

—Un solo grito que dé la alarma y, por Dios vivo, el primero que entre en este cuarto atraído por el grito te encontrará muerto sobre este suelo que has manchado.

Lee dió dos ó tres vigorosos fustazos en las espaldas del miserable, el cual, convulsionado por el dolor, pero sin atreverse á exhalar un solo gemido, cayó de rodillas.

—Escúchame bien—dijo Lee, agitando aún la fusta de una manera siniestra.—Voy á refrescarte la memoria. ¿Te he enseñado, cuando estabas bajo mis órdenes, antes de haberte expulsado vergonzosamente por ser indigno de alternar con las personas honradas, te he enseñado á entrar con fractura en las moradas pacíficas? Responde.

—No—balbuceó el bandido.

—¿Te he enseñado á robar á las mujeres y á los niños, y á atacar á los hombres nada más que cara á cara.

—No.

—¿Te permití jamás tocar á una mujer, joven ó vieja, para acariciarla ó maltratarla?

—No.

—Entonces, mi pobre Manuel, es lo que yo temía. La vida bucólica de los campos ha pervertido tus instintos. Lo veo bien. Te marchabas con el ganado de la Granja y el caballo de tu amo cuando la nieve te ha cerrado el camino; entonces se te ocurrió la luminosa idea de esta escapatoria. Otro error,

mi buen Manuel; en otro tiempo no te consentía tener ideas, ¿eh?

—No, capitán.

—¿Quién es tu compañero?

—Un asqueroso negro del puerto, un bribón indecente.

—Soy de tu parecer, ¡pero qué quieres! no tenía un modelo muy brillante. ¿A dónde va?

—Al infierno, me es igual.

—Entonces, vete á unirte á él. Si hay un medio de salir de esta meseta, lo empleas ó lo buscas. Te doy dos días para desaparecer con tu compañero. Después, la consigna será disparar sobre vosotros donde os encuentren. Ahora, quítate tu calzado.

El sombrío rostro del bandido palideció visiblemente; sus dientes castañetearon con supersticioso terror.

—Vamos, no te mataré hoy—dijo Lee riendo.—Te dejo la eventualidad de morir en tus botas (1), si es lo que deseas. Te propongo simplemente que las cambies por ese par de Hale que veo ahí abajo. Esa manera que tienes de llevar los calcetines encima de los zapatos me parece una moda tan nueva como elegante.

Manuel se descalzó lentamente y cambió sus botas por las que Lee señalaba.

—Está bien, abre la puerta.

El bandido obedeció. Falkner le esperaba ya en el umbral.

—Suelta á Manuel con el otro, Ned, después de haberle desarmado, por supuesto. Podrían pelearse. Esa costumbre de llevar armas—añadió Lee mientras Falkner quitaba al mulato un revólver y un cuchillo—excita á la violencia y no está en armonía con las costumbres rurales y patriarcales.

En cuanto Falkner hubo cumplido su misión, se apresuró á volver cerca de su amigo.

—¿Es prudente—le preguntó—dar libertad á esos conde-

(1) «Morir en sus botas», sinónimo de muerte violenta entre los arrieros y mayorales del Sudoeste, y objeto de una temerosa superstición.

nados? ¡Ah! cuando pensaba en lo que esos foragidos venían á intentar aquí, me costaba trabajo aflojar los dedos.

—Querido Ned—respondió Lee estirándose voluptuosamente bajo las sábanas con un ligero estremecimiento de placer ocasionado por el calor,—ponte en guardia contra los prejuicios que el orgullo de una esfera más elevada te inspira respecto de los humildes miembros de nuestra profesión. En cuanto á mí, te confieso que el argumento de Manuel me ha parecido irrebatible, cuando me indicó que me metía en lo que no me incumbía, al oponerme á ciertos actos primitivos que tienen en el fondo la misma razón de ser que los procedimientos empleados por los amigos del orden.

—¡Jorge!—exclamó Falkner enojado.

—Sea. Admito que es un poco tarde para prolongar un diálogo puramente metafísico, y debes estar cansado. Pero desde el punto de vista práctico era prudente despachar á esos dos antes de que se hubieran asegurado de dos cosas: una, nuestras verdaderas relaciones con estas señoras; otra, cuántos somos. A la hora presente, nos creen cinco ó seis, por lo menos, y se imaginan que estamos instalados con la autorización de la dueña de esta casa.

—¡Bandidos!

—Nos hacen el mayor favor que puedan imaginarse al juzgarnos como pillos más astutos que ellos. Eres muy difícil de contentar, Ned.

—¿Pero y si se escapan y descubren lo que ha pasado?

—Entonces tendremos la exquisita satisfacción de considerarnos mejores que nuestra reputación. Esconde esas botas de Manuel en sitio del que podamos volverlas á sacar si tenemos necesidad de probar su visita nocturna; es inútil decir nada que asuste á estas señoras, no hay temor de que vuelvan esos pillastres.

—¿Y si se nos escapan?

—¡Bah! ¡siempre habrá tiempo de encontrarlos!

—¿Y si Manuel habla y da la alarma á la autoridad?

—¿Con esas botas dejadas en nuestras manos como pieza de convicción? Vaya, buenas noches, Ned. Vete á acostar.

Lee se volvió contra la pared y reanudó en seguida su sueño interrumpido. Falkner no se apresuró á imitarle. En cuanto estuvo seguro de que su amigo dormía en efecto, abrió con cuidado la puerta. No parecía escuchar, pero su mirada contemplaba un débil rayo de luz que se veía en el corredor ante la puerta del cuarto de Kate. Le observó en silencio hasta que se extinguió bruscamente; después, dejando su puerta entornada, se echó vestido en la cama: el movimiento despertó á Lee, que comenzaba á experimentar los primeros síntomas de la fiebre. Se agitó penosamente.

—¡Jorge!—dijo Falkner en voz baja.

—¿Qué?

—¿En dónde vimos cierta noche sombría una antigua capilla solitaria, en la que la lámpara que ardía en el altar de la Virgen proyectaba sus rayos á través de los cristales sobre el camino oscuro?

Después de algunos minutos de un silencio desesperante, Jorge dijo con sardónico acento:

—¿Quieres decir con eso que tienes ganas de encender la luz?

—No.

—Entonces no te entretengas en inventar jeroglíficos sacrílegos, y duerme.

Al día siguiente por la mañana, la fiebre del enfermo había aumentado. Josefina, llena de sentimiento y simpatía, le dijo con dulzura:

—Sabía que no ha pasado usted una buena noche, aparte del incidente de su amigo, porque le he oído hablar á usted mucho tiempo después, y Kate afirma que la puerta de ustedes ha estado entornada hasta el amanacer. ¿Pero también usted, señor Falkner, tiene un poco de fiebre?

Jorge miró con curiosidad á su amigo. De pálido que era habitualmente, se había puesto como la grana.

(Se concluirá.) BRET HARTE.

AÑO 14. NUM. 163.



LA
ESPAÑA MODERNA

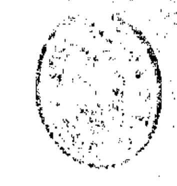
Director: JOSE DE LAZARO

JULIO, 1902

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Blasco de Garay, núm. 9.—Teléfono 3.020.

INDICE

LA ESPAÑA MODERNA



BLOQUEADOS POR LA NIEVE

NOVELA

(CONCLUSIÓN)

V

El brío con que los expedicionarios, precedidos por Clinch, se dirigieron hacia donde había sonado el disparo, no dejaba á Hale tiempo para reflexionar. Tenía una vaga idea de gritar como los otros, de rajar con las espuelas los ijares del caballo, impulsado por un ardor insensato; pero su pensamiento no iba más allá. Clinch y Rawlins, que iban delante por el angosto camino, le quitaban la vista. Solamente una vez se aprovechó de una parada repentina en aquella desenfrenada carrera para preguntar lo que ocurría.

—¡Se ha perdido la pista!... ¡No! ¡Aquí está—exclamó el mozo,—y Clinch, dando la voz, se lanzó hacia adelante; los caballos jadeaban, y la pendiente se hacía cada vez mayor.

Hale, que logró coordinar sus ideas, comprendió que en las condiciones en que se encontraban no podían sostener la lucha ni siquiera con un solo hombre resuelto, emboscado en la maleza, ó que les sorprendiera en el estrecho sendero por donde no podían pasar sino de uno en uno; pero al cabo de algunos instantes, tuvo el secreto de tanta prisa y de tanto ardor. Con un ronco grito de triunfo, Clinch acababa de desembocar en

un vasto claro; pero el grito se trocó en seguida en una imprecación furiosa.

Los jinetes se encontraban enfrente de una tormenta de nieve, el camino desaparecía ante sus ojos asombrados, y la pista que habían seguido tan de cerca se borraba bajo la blanca sábana. Se quedaron silenciosos y aterrados, sin brújula, á orillas de un mar inmenso que carecía de toda huella humana.

—Con perdón, señor—dijo el mozo de cuadra dirigiéndose á sus compañeros,—mi opinión es que si no tienen ustedes á mano una compañía de zapadores para sacarles del paso, lo mejor será que se dirijan en busca de cena y cama y dejen en paz á los ladrones. Perdonen, pero yo soy quien responde de los caballos al patrón, y no es este el momento de meterse en aventuras. Estamos á seis millas del relevo á vuelo de pájaro.

—En tal caso, volvamos á tomar el sendero—dijo Chinch haciendo volver grupas á su caballo.

—Perdone usted, coronel—replicó el mozo echando mano á las riendas del caballo de Clinch;—pero al deshacer lo andado, no lograremos más que volver á la carretera, nos alejaremos tres millas más todavía de la cuadra, y lo que es peor, cuando lleguemos al camino, encontraremos más nieve que aquí: lo más cierto será tomar por la cresta, y apretando bien, podremos pasar antes de ser bloqueados. Y con perdón, señor, por ahí es por donde yo me voy.

No había tiempo para discutir. El suelo se espesaba sensiblemente bajo los pies. El brazo de Hale, pegado al costado por un canalón de nieve, se entumecía; las siluetas de los otros se hacían informes y monstruosas. Ya no eran copos, sino pelotas de nieve lo que caía. Los jinetes, ante aquel desastre, parecían haberse olvidado del objeto de su empresa y no conservar nada del ardoroso entusiasmo ni del ciego furor que les había impulsado. Siguieron al mozo que marchaba ya, aceptando maquinalmente aquel nuevo jefe que prometía un refugio contra el frío y el hambre.

No llevaban mucho tiempo de marcha, cuando observaron

que la tormenta cambiaba de carácter. El cambio les pareció al pronto de un feliz augurio. La nieve se hacía más menuda y menos pesada, y la que ya había caído se endurecía y crujía bajo los cascos de los caballos; pero en cambio se había levantado un viento glacial, y los copos ametrallaban como granizo los rostros de los jinetes. Sin embargo, éstos avanzaban con mayor facilidad, y su ardor se reanimaba bajo el doble estimulante del frío y de la carrera, cuando su guía se detuvo bruscamente.

—No es posible, compañeros, hay que renunciar; no es una tormenta, sino un temporal, y hay para días. Aunque pudiéramos franquear la cresta, nos veríamos bloqueados en la cañada.

El mozo decía la verdad. Contrariados en extremo los expedicionarios, se dieron cuenta de que la nieve no había disminuído realmente en cantidad y que los finos átomos tamizados rellenaban rápidamente las desigualdades del terreno. Miraban con ansiedad al que se había constituído en jefe suyo.

—Hay que marchar adelante—dijo Clinch—y alcanzar el bosque antes de que sea demasiado tarde.

No sin grandes esfuerzos consiguieron alcanzarle, y vieron que la bajada era demasiado abrupta para intentarla con sus caballos. Silenciosos y penetrados del peligro caminaban, expuestos al asalto de la nieve y obligados á cada instante á tirar de las riendas para evitar el ser arrojados por las ráfagas al precipicio; al cabo de media hora el palafrenero echó pie á tierra é invitó á los demás á hacer lo mismo y á prepararse para el descenso. Cuando llegó el turno á Hale, no pudo menos de retroceder á la vista de la tarea que le incumbía. La senda, si tal podía llamarse, no le pareció otra cosa que el surco trazado por el tronco de un árbol derribado y lanzado de intento ó casualmente por la rápida pendiente. A veces aquella pista no tenía sino un pie de ancho, otras desaparecía bajo las ramas y maleza desgajadas. Peligrosa para un peatón, parecía impracticable para un caballo. Sin embargo,

Hale se disponía á dar el primer paso, cuando Clinch le tocó en un brazo:

—Póngase usted el último, puesto que es usted el único extranjero—dijo con tono amistoso.—Espere á que le demos la señal desde abajo.

—Pero ¿y si prefiero compartir sus riesgos?—replicó Hale con altivez.

—Como usted guste—contestó Clinch tranquilamente.—Solamente que, sabiendo que no es usted práctico en estas cosas, había pensado que no tendría usted empeño en saltar por encima de la roca sobre nuestras cabezas, ó borrar la pista con un alud de escombros; pongamos que no he dicho nada.

—Esperaré—dijo Hale á media voz.

Aquella lección le fue provechosa, le dió que pensar, le ocupó suficientemente la imaginación para distraerle del horror de aquella bajada espantosa y permitirle entregarse maquinalmente á la sagacidad de su caballo, el cual, por un maravilloso instinto, ponía los pies en las huellas del animal que le precedía; de suerte que antes de que se hubiera dado cuenta, se encontró en medio de sus compañeros en el camino más ancho que pasaba por el fondo del abismo.

La imposibilidad de llegar á la casa de postas por las alturas era un hecho comprobado; les quedaba el recurso de bajar toda la montaña, hasta el campamento más cercano, ó vivaquear en los bosques colindantes. El palafrenero por segunda vez tomó el papel de consejero.

—Perdonen, señores—dijo,—pero las bestias que ven ustedes aquí tienen ya bastante por el momento, y no darán más paseos hoy. La carretera se encuentra á un tiro de fusil todo lo más, y yo esperaré aquí el paso de la diligencia. Se verá obligada á detenerse á causa de la nieve, y yo habré cumplido con mi deber cuando haya entregado los caballos al mayoral.

—Pero ¿y si la diligencia, advertida del bloqueo, se decide á quedarse en la posta del valle?

—De todos modos habré cumplido con mi deber—replicó el mozo con tono decidido.—Los que tienen caballos propios pueden hacer lo que gusten.

Como esta declaración se dirigía directamente á Hale, éste se apresuró á anunciar que no pensaba separarse de sus compañeros.

—Ya que no pueda volver á la meseta de las Aguilas—añadió—no quiero alejarme de ella sino lo menos posible. Supongo que uno de mis hombres que debía separarse en el relevo, estará informado de la causa de mi ausencia y del lugar en que me encuentro.

—¿Uno de los hombres de usted?—exclamó Rawlins.—¿Qué nos cuenta usted, compañero? Solamente un pájaro podría venir hoy desde las Aguilas, y á condición de ser un águila también. Entre su casa y la cumbre hay á esta hora diez pies de nieve, sin contar los barrancos del desfiladero.

Hale comprendió que Rawlins no mentía. En cualquier otra ocasión aquel nuevo contratiempo, aquel cataclismo del que no tenía precedentes, le hubiera afectado profundamente; pero en las actuales circunstancias le produjo una impresión mediana; hasta experimentó un indefinible alivio. Su mujer, su cuñada, su suegra, estaban en seguridad; esto le bastaba. El saber las prisioneras momentáneamente, en la imposibilidad de mezclarse con sus asuntos propios, prestaba, en su situación, un sabor más picante al interés á la vez atractivo y perturbador que su vida súbitamente aventurera comenzaba á inspirarle.

El palafrenero, que se había ensimismado en un examen contemplativo de la vertiginosa senda por la que acababa de bajar, lanzó de pronto una alegre exclamación golpeándose las caderas.

—¡Que la fiebre me ahogue—dijo—si no es esto el *resbalón* de Hennicker! Recuerdo que se encuentra por estos sitios.

Rawlins explicó en breves palabras á Hale que se llamaba el *resbalón* á un surco trazado por el transporte de fardos

demasiado pesados para llevarse por senderos ordinarios.

—Y en tal caso—continuó diciendo el mozo de cuadra—nos encontramos muy cerca de su casa, á una milla poco más ó menos. ¿Quieren ustedes que la busquemos?

Con un movimiento común en todos, se volvieron hacia Hale, considerándole con aire de duda.

—¿Quién es Hennicker?—preguntó él al observar aquellas miradas.

El palafrenero vaciló y consultó á sus compañeros con una ojeada.

—Hay gentes—dijo por fin, como tomando una decisión—que dicen que Hennicker no vale mucho más que la caza que perseguimos; solamente que tales gentes no lo dicen delante de Hennicker. Cenvendría no dejarle sospechar lo que nos ha traído por aquí.

—Por lo que me concierne—dijo Hale arrogantemente,—no haré ningún misterio de ello.

—No está demostrado—replicó insidiosamente Rawlins—que Hennicker esté al tanto de este último robo en particular. Hablamos solamente de la reputación en general. Si á usted le parece oportuno discutir la cosa con él, hágalo; tal vez servirá para añadir un atractivo más á nuestra situación.

—Hale quiere decir que no sería leal aprovecharnos de lo que pudiéramos descubrir en casa de Hennicker, como arma ofensiva contra los que perseguimos—dijo Clinch.—Así es como yo lo entiendo.

—Exactamente—se apresuró á responder Hale. —No era precisamente aquél el pensamiento de Hale; pero aceptó, sin embargo, la interpretación ofrecida.

—Y después de todo—continuó diciendo Clinch,—Hennicker no se chupa el dedo. Es bastante avispado para darse pronto cuenta de lo que venimos á hacer por aquí; así, pues, no habrá misterios ni tapujos.

—Entonces nos decidimos por Hennicker—dijo el palafrenero viéndose apoyado.

—¡Vaya por Hennicker! ¡enséñanos el camino! ¡Adelante, marchen!

El palafrenero montó á caballo, y los demás siguieron su ejemplo. El sendero, que no tardó en ensancharse, comenzaba á presentar algunos indicios de una habitación próxima, y pronto los jinetes desembocaron en un claro formado por una especie de terraplén natural que recordaba imperfectamente la conformación de la meseta de las Aguilas. Pero no se veían ni prados ni campos cultivados; algunas hectáreas apenas desmontadas habían sido sustraídas al bosque por el hacha y por el fuego, y, por todas partes, los troncos cortados á raíz del suelo acusaban los rudos esfuerzos de un cultivo difícil y perentorio. Dos ó tres construcciones de madera sin pulimentar reunidas por la misma cerca ocupaban el centro. Algunos perros se pusieron á ladrar; pero, aparte de esto, nadie dió señales de vida á la llegada de los expedicionarios.

—Apostemos que no está Hennicker, porque si no, ya hace tiempo que estaría al acecho—dijo el palafrenero echando pie á tierra y yendo á llamar á la puerta de entrada.

Al cabo de un momento se oyó una voz de mujer ininteligible para los otros jinetes, pero que parecía entablar un interminable coloquio con su compañero. Este, que no había logrado que le abrieran, les dijo al fin:

—Parece que hay que entrar por la cocina. No quiere abrir esta puerta á causa del viento.

Dejando los caballos bajo un cobertizo que servía de cuadra, los viajeros penetraron en una cocina, la atravesaron y llegaron á una vasta habitación cuadrada llena del humo acre que despedía la leña verde que se quemaba en el hogar. Puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas, pero el aire penetraba en la chimenea con repentinas y violentas ráfagas. A pesar de la asfixiante humareda, la cálida temperatura de la sala reconfortó á los viajeros entumecidos. Algunas sillas de paja, dos mesas, un aparador y una mecedora constituían el mueblaje. Hale se dejó caer en una silla, y abandonándose

al bienestar material que experimentaba, al cansancio que adormecía sus instintos, paseó perezosamente sus miradas por los objetos que le rodeaban y fijó por fin sus ojos maquinalmente en el ama de la casa, que conversaba en un rincón de la sala con sus compañeros.

Era una mujer alta, escuálida y ajada; pero sus cabellos, no obstante la aparente edad de aquélla, eran todavía negros y abundantes, y viva y penetrante su mirada. El palafrenero acababa de explicarle por qué se encontraban allí los expedicionarios, con las reservas que la prudencia le sugería.

—Con quien hay que entendérselas es con Zenobia—dijo ella con tono de mal humor.—A mí me tiene todo sin cuidado. Ella conoce á Hennicker, le entiende perfectamente, y si quiere recibir á todos estos vagabundos, allá ella. ¡Zenobia, Zenobia! ¿vienes ó no?—exclamó alzando la voz.

Una esbelta y hermosa muchacha apareció en el dintel de la puerta de una habitación inmediata.

—¿Qué hay, madre?—preguntó con indiferencia.

La vieja le explicó, en pocas palabras precisas y nada halagüeñas, de qué se trataba, y le designó los intrusos.

—El padre no está—dijo la muchacha con tono de duda—y no sé... ¡Hola, Dick! ¡eres tú!—exclamó de repente, reconociendo al palafrenero.

Avanzó tranquilamente con una gracia natural y un poco salvaje que le prestaba algo de la ninfa, hasta bajo los pliegues estrechos y mezquinos de la tenue falda pegada á sus miembros cuyos contornos acusaba. El aspecto de la joven no desagradó á Hale.

—Bastante, madre—dijo ella despidiendo á la vieja con un ligero signo de cabeza.—Voy á arreglar esto con Dick.

Una vez fuera su madre, Zenobia se apoyó en el respaldo de una silla y contempló con calma y suprema indiferencia la profunda admiración expresada en la mirada del palafrenero.

—¿A qué vienen todas esas tonterías?—dijo ella dirigién-

dose á Dick.—¿Crees que me vas á hacer tragar toda esa burda historia de caza? ¿Cazar, eh? ¿Quieres que te diga lo que queríais cazar? A Jorge Lee y á los suyos, desde una hora antes de ser de día. Les habéis perseguido en la cresta del Norte hasta que la tormenta os ha cerrado el paso. Habéis gritado y vociferado y galopado por los caminos como una banda de comanches, y habéis revuelto la sangre á las mujeres de diez millas á la redonda. Eso es lo que tú llamas cazar. Y por último, os habéis colado aquí para preservar los pellejos de los caballos de la compañía. ¡Valiente caza la tuya!

Con asombro de Hale, una carcajada general acogió la relación. Se esforzó en compartir la hilaridad de sus compañeros, pero sin conseguirlo. Aquella apreciación brutal de su expedición, aquel resultado grotesco de su entusiasmo y de su abnegación por austeros principios, le causaban un penoso embarazo y le humillaban profundamente; el sentimiento de que los ojos oscuros de la joven se fijaban en él curiosamente, aumentaba su malestar y su irritación.

Zenobia se echó á reir también y se sentó ante el fuego.

—A estas horas, Jorge Lee se fuma tranquilamente un buen cigarro en un gran café de Sacramento—dijo la joven extendiendo sus pies hacia los tizones, y simulando con sus dedos largos y afilados el ademán de un fumador al encender un cigarro. Desgraciadamente aquella pantomima ponía asimismo en relieve la poca limpieza de la mano.

—¡Cogidos!—exclamó Rawlins en cuanto hubieron cesado las risas para ceder el puesto á una silenciosa admiración hacia la joven, de la que ésta se mostraba por completo indiferente.—Nos has cogido, Zenobia. ¡Qué diablo! Me olvidaba de que eres amiga de Jorge.

—Lo único que digo es que Jorge es un gran hombre.

—Antes te las entendías con él á las mil maravillas, ¿eh?—añadió Rawlins riendo.

—Sí, en otros tiempos, cuando el padre era del oficio—replicó ella con suprema franqueza, sin preocuparse de lo que

podía haber de deshonroso para ella en semejante alusión á una asociación infamante. El mismo Hale, fascinado por tal ingenuidad inconsciente, se olvidó de formalizarse.

Al poco tiempo Zenobia se levantó, fué al aparador y sacó vasos y una botella de whisky. Después comenzó á servir á sus huéspedes; todos se levantaron mientras ella escanciaba, y cuando llegó el turno á Hale, los ojos de éste se encontraron con los de la joven, y al leer en ellos una especie de curiosidad satisfactoria, se ruborizó como un colegial aquel marido de treinta y cinco años.

Con aquel ofrecimiento espontáneo desapareció toda violencia, y el grupo se estrechó al amor de la lumbre. Zenobia se puso á mirar el fuego en actitud pensativa, y después de un rato, dijo como hablándose á sí misma:

—Cuando digo que Jorge Lee es un hombre, un gran hombre, es porque le conozco. ¿Cuándo le han visto cometer una acción baja? ¿Ha quitado nunca nada á nadie que sea más pobre que él? Cuando trabaja lo hace contra Bancos y Compañías, que no tienen escrúpulos en desnudar á los que se fían de ellos. Y nadie habla de dar caza á semejantes establecimientos. Y además, ¿se embolsa Jorge todo el dinero? Desde luego que no. Lo reparte con los amigos que le ayudan á dar el golpe, y esos se encargan bonitamente de que ruede. No tiene Jorge palacios en Fresno, ni caballos de carrera. Pondría la mano en el fuego porque ninguno hubiera querido montar el caballo que llevara esta noche. Y todo el peligro es para él. Apostaría cualquier cosa á que todos sus hombres estaban en salvo cuando os dió las buenas noches.

—Confiese usted, sin embargo, que no se le va poco dinero en el juego, Zenobia—dijo Clinch riendo.—La prueba es que en la última semana, sin ir más lejos, perdió 5.000 dollars que le ganó el juez Kelley.

—Bueno, ¿y qué? No se dice que el juez se los haya devuelto, ni tampoco que los haya entregado al sitio de donde procedían. En cambio se dice que también usted le ganó una

bonita suma. Probablemente se disponía usted á darle caza para devolvérsela.

Todos se rieron mirando á Clinch. Este iba á replicar, cuando la joven le interrumpió bruscamente:

—Puesto que son ustedes tan aficionados á la caza, ¿por qué no la emprenden con pájaros más gordos? Tras de Jim Harkins, por ejemplo. En este caso, seré yo de la partida.

—¡Harkins!—exclamaron á un tiempo Clinch y Hale.

—Justo, Jim Harkins. ¿Le conocen ustedes?

—Uno de mis amigos le conoce—respondió Clinch sonriendo.—Pero no le importe á usted.

—¿Y usted?—preguntó Zenobia dirigiéndose á Hale.

—Creo que ha sido mi banquero—respondió de una manera evasiva.—No le conozco personalmente.

—Entonces trate usted de atraparle antes de que le atrape á usted.

—¿Qué ha hecho, Zenobia?—preguntó Rawlins muy satisfecho del giro que tomaba la conversación.

—¿Qué ha hecho?... Si lo dijera, tal vez se molestaría... —contestó, indicando á Hale.

—La ruego que no se preocupe usted de mí—se apresuró aquél á decir.

—Bueno—dijo Zenobia.—Tal vez conocerán ustedes á Ned Falkner, de la mina Excelsior...

—¡Ya lo creo! Falkner es el intendente—dijo Rawlins;—un buen muchacho, incapaz de una acción indigna.

—¡Choca!—dijo Zenobia alargando su mano. Rawlins la estrechó con efusion, y la joven continuó:—Ya no salen muchos como Falkner; se ha roto el molde. Escuchen ustedes: Ned puso todo su dinero, toda su fuerza y todo su ingenio en esa mina, la cual era para él su familia, su amada, todo. Cuando otros muchachos de su edad se iban á correrla á Fresno y se trataban á cuerpo de rey, Ned se quedaba en la mina. «Esperad, decía, esperad á que la mina dé rendimientos, á que produzca en grande, y entonces...» Logró que sus amigo

pusieran en el negocio hasta la última camisa, porque los muchachos querían á Ned y se hubieran echado al fuego por él. Por supuesto, que esos todavía le siguen queriendo del mismo modo.

—Eso es verdad—dijeron simultáneamente Clinch y Rawlins,—y Falkner lo merece.

—Pero—dijo Zenobia—la mina no producía tan pronto como él había esperado, y todos se empobrecían cada vez más; pues la mina se lo tragaba todo, excepto el valor y la esperanza. Entonces fue cuando ese tunante de Harkins olfateó la presa y cayó sobre Ned. Le ofreció fundar una compañía de la que sería él el Director, si Ned le entregaba sus plenos poderes. En cuanto tuvo el negocio en el bolsillo, declaró que necesitaba medio millón de dollars para los trabajos, y solicitó la entrega de 200 dollars por acción. Esto no era nada para los pájaros gordos que pagan ó fingen pagar; era la ruina para las pobres gentes que apenas ganan á fuerza de sudores lo suficiente para no morirse de hambre. Como no podían pagar, se vieron obligados á entregar sus acciones por un pedazo de pan. Ned hizo cuanto pudo para ayudarles á salir á flote él mismo, tomando á préstamo sobre sus acciones; pero el condenado de Harkins se enteró, é hizo correr la voz de que la mina era una engañifa y que se iba á retirar de la dirección: las acciones perdieron todo valor. Ned no pudo conseguir un sólo dollar. Entonces la nueva compañía rescató todo el papel de Falkner, y le dejó en el arroyo con sus amigos. Ned no quiso quedarse para ver la ruina que había ocasionado, y desapareció. En cuanto al canalla de Harkins, después de despojar á todo el mundo, ha sabido encontrar el dinero, ha pagado el medio millón, y acaba de levantarse del juego con 100.000 dollars de beneficio. Este dinero, el dinero de Ned lo ha enviado á Sacramento, no atreviéndose á llevarlo él mismo, el cobardón, y ha dejado el país. Sabe que hay personas que han jurado matarle. Ya ven ustedes que, si siguen con ganas de cazar, tienen ahí una buena fiera, sin necesidad de andar por la nieve.

—¿Pero por qué no hacer que intervenga la ley para recuperar esa suma?—dijo Hale con calurosa indignación.—Eso es un robo tan infame como...

Se detuvo al mirar á Zenobia.

—¿Como el de esta noche, no es eso? ¿Es eso lo que quiere usted decir? Pues bien, yo digo que es mil veces peor. Los ladrones no se han hecho pasar como amigos; además, arriesgan la piel. En cuanto á la ley, ¡bah! no puede hacer nada.

—Es una cuestión de azar—manifestó Clinch.—Con mayor facilidad se recuperaría una suma perdida contra el tramposo que hubiera señalado las cartas. Falkner debería disparar sobre Harkins en cuanto lo viera, es lo más cuerdo.

—Existe, además, la ley de Lynch, la mejor—apuntó Rawlins.

—Realmente—añadió Hale después de reflexionar—que tal vez sería preciso obligar á un hombre de la especie de Harkins á que devolviera su ganancia mal adquirida, mediante una poderosa presión física. Como lo que se trata es del dinero, pienso que si pudiera ser recobrado por medio de amenazas, hasta por las vías de hecho, pero sin efusión de sangre, se lograría igualmente el resultado. Admito que en caso de resistencia ó de represalias, podría llegar á ser necesario el pasar á mayores.

Sin darse cuenta, Hale había caído en su dicción sentenciosa y pedantesca, y tal vez aguijoneado por los brillantes ojos de Zenobia, puso involuntariamente en sus palabras más énfasis aún que de ordinario. Su declaración fue acogida por un silencio glacial. Los asistentes se miraban con aire de duda ligeramente irónica. De repente Zenobia se levantó, se acercó á él y le dijo:

—¡Choque usted!

Hale estrechó calurosamente aquella mano, y movido por un nuevo sentimiento, se la llevó á sus labios y depositó un respetuoso beso sobre la punta de unos dedos que le parecieron limpísimos.

—Eso es hablar—dijo la joven sin desconcertarse en lo más mínimo por aquel acto de cortesanía.—Y no es usted el primero que sea de ese parecer.

—¿Quién es el otro?—preguntó Hale sonriendo.

—Jorge Lee—contestó ella.

VI

Las interjecciones y las risas provocadas por aquel nombre así lanzado, fueron interrumpidas por los ladridos de los perros. Zenobia se dirigió con paso perezoso hacia la ventana; Hale prefirió no profundizar ciertas reflexiones sugeridas por la comparación, y se alegró del incidente que venía á distraerlas.

—¡Por vida de...!—exclamó la joven.—Es ese condenado de Jim que nos trae todo el personal de la diligencia. El coche se habrá quedado empotrado en la nieve sin poder subir al relevo. Pero que venga. Le diré lo que conviene.

La negativa inhospitalaria de Zenobia no pudo sostenerse contra las humildes explicaciones de Jim que manifestó que el mismo Hennicker, en el relevo del valle, le había autorizado para que llevara los viajeros á su rancho, en previsión de lo que acababa de suceder.

—¡Cualquiera entiende al padre!—gruñó ella sordamente. —¡Encerrarnos toda una semana con estos tales! Un día suelta los perros sobre el primero que se presenta, otro nos envía á toda la diligencia. Después de todo, la barraca es suya, que se las arreglen; pero no seré yo quien les sirva.

Y salió bruscamente, cerrando tras sí la puerta.

Los recién llegados no ofrecían nada que pudiera desarmar las prevenciones suscitadas contra ellos, ni nada que prometiera añadir atractivos á la reunión. Sus maneras torpes, arrogantes y agresivas, el descontento que demostraban, hicieron que les mirasen con malos ojos aquellos que, estableci-

dos antes, experimentaban ya el antagonismo latente del propietario por el intruso. El que parecía ser el personaje más importante de la banda, era también el más insoportable. De un aspecto vulgar y pretencioso, hablaba en voz muy alta y con ademanes enojosos. Se sentó en una silla y pidió inmediatamente de beber.

—Tendrá usted que servirse á sí mismo—dijo fríamente Rawlins al ver que la orden quedaba sin efecto.—No hay más que dos mujeres en la casa y tienen ya las manos llenas.

—Esto es de una gran grosería—dijo el extranjero alzando la voz.—Hennicker hará muy bien en mostrarse sumiso, si no quiere que le sienten las costuras. No vale más que muchos otros diablos á quienes yo se las he sentado.

—Eso habría que decírselo en su cara—replicó Rawlins con el mismo tono glacial.—Tal vez le contestaría á usted lo conveniente. ¡Es tan suave, tan acomodaticio, tan buen muchacho ese Hennicker! ¿No es verdad, Coronel Clinch?

La mención fortuita de este nombre produjo el efecto que esperaba sin duda Rawlins. El extranjero miró con atención al Coronel, que, sordo en apariencia al diálogo, entornaba beatíficamente sus ojos grises y fríos, mirando á la llama. Cambiando de modales, el recién llegado se dirigió sin más objeciones á la botella de whisky, y se sirvió y sirvió á sus compañeros. Animado por la bebida, se acercó á la chimenea.

—Coronel—dijo afectando una gran desenvoltura,—probablemente habrá usted oído hablar de un robo esta última noche.

Sin alzar los ojos, Clinch respondió con una breve afirmación:

—Precisamente me trae este asunto. Vengo á abrir una información en nombre de la compañía.

—¿Ha perdido mucho la compañía?

—No tanto como pudiera creerse. Ese majadero de Harkins puso en un pliego 100.000 dollars en billetes de Banco, y se lo confió á un amigo, Bill Guthrie, el cual debía hallar en

el último momento entre los viajeros un hombre de confianza é incapaz de despertar sospechas para transportar el dinero á Fresno. Harkins no se fiaba del arca de la diligencia. ¡Ja, ja!

La afectada risa del extranjero sonó peor aún por el mutismo absoluto con que fue acogida. Rawlins miraba á Clinch, y Hale se sentía extraordinariamente molesto; pero el Coronel, sin apartar los ojos del fuego, se limitó á decir con negligencia:

—¿No ha retenido usted por casualidad el nombre de ese viajero?

—No lo he podido averiguar. Naturalmente, en cuanto Guthrie se enteró de los términos en que se hablaba de ese particular, no ha querido decir su nombre hasta enterarse mejor.

—¿Y en qué términos se habla de ese... particular?—preguntó Clinch con indiferencia.

—¿Qué diablo quiere usted que se diga de un hombre que, sin la menor resistencia, entrega semejante suma en cuanto se la piden, como si fuera un cigarrillo? Figúrese usted que los salteadores, según parece, no eran más que tres, mientras que los viajeros, además del cochero y el postillón, eran seis, todos armados. ¡Seis hombres desbalijados por tres! ¡Pobrecillos!... Por supuesto, que se han hecho justicia, porque dicen que, bajo pretexto de correr tras los ladrones, han desaparecido completamente corridos.

El orador se echó á reir despreciativamente, y sus cinco acólitos, agrupados en el fondo de la sala, le imitaron ruidosamente.

Hale, olvidándose de que aquel hombre no hacía más que expresar en sustancia la misma censura y las mismas críticas que formulara él ocho horas antes respecto de sus compañeros de camino, iba á levantarse, con las mejillas encendidas, para protestar contra aquellas apreciaciones insultantes, cuando una mirada de Clinch le dejó inmóvil en su asiento. Aquella mirada cruel é imperativa parecía mandar; Hale creyó ver

lucir en el fondo de aquellas pupilas grises, fijas é implacables, un pensamiento de muerte, y su propia cólera se calmó como por encanto ante la revelación de una intensidad de furor inesperada; hasta experimentó una vaga é involuntaria compasión hacia el desgraciado que acababa de provocarla tan inconscientemente. Rawlins, que sin duda había recibido la misma consigna silenciosa, no se movió.

—Pero no hemos dicho aún nuestra última palabra—añadió el extranjero corriendo á su pérdida.—Yo he redactado una relación que pondrá en claro el incidente. Ya es tiempo de que cambien las cosas. Hasta aquí han sido los viajeros los que han vociferado contra las compañías y sus empleados; quiero que hoy sean las compañías las que protesten de viajeros de esa especie. ¿Quiere usted que le lea mi pequeño informe? Tiene bastante miga para que les agrade á esos diablos de periodistas.

—¡Y cómo no!—exclamó el Coronel.

Así animado, el orador tosió, y tomó la actitud á la vez modesta y pretenciosa de los autores que se leen á sí mismos, mientras que sus cinco amigos, ya puestos al corriente de la lucubración, hicieron círculo, preparando una sonrisa de ordenanza.

—He titulado esto: *Los viajeros pusilánimes.* Un título que promete, ¿eh? Comienzo: «Se ha averiguado que el resultado »del último ataque perpetrado contra la diligencia cerca del »puerto, es debido á la pusilanimidad, por no servirme de otra »expresión más fuerte»;—se detuvo y, mirando á Clinch, añadió á manera de explicación: «Ya verá usted á dónde voy á parar», y continuó su lectura: «á la pusilanimidad de los mis»mos viajeros. Se ha averiguado que tres hombres han desba»lijado á seis, sin que se haya disparado ni un solo tiro, ni »haya habido la menor resistencia. No recriminamos cierta»mente el valor bien probado de Iuba Bill, el mayoral, ni la san»gre fría y la prudencia de Bracy Tibbett, el bravo é inteli»gente postillón, los cuales han confesado que se quedaron

»petrificados por el asombro ante el espectáculo de la sumisión »bíblica y de la dulzura de corderos desplegadas por los pasa»jeros del interior. Se añaden anécdotas que serían cómicas si »no fueran repugnantes: se ha visto á hombres hechos, de ro»dillas en la carretera, ofreciendo despojarse enteramente para »salvar la vida, y á un viajero acurrucado bajo el asiento al que »hubo que sacar tirándole de los faldones; se habla de sumas »locas, de promesas serviles á cambio de la inmunidad conce»dida á sus miserables pellejos, y de otros episodios que exci»tan la hilaridad general; pero poseemos hechos que podrían »provocar acusaciones más graves. Uno de los viajeros, pre»tendiendo rivalizar clandestinamente con los privilegios de la »compañía, llevaba, según dicen, una fuerte suma en la dili»gencia.» Todo esto tiene bastante pimienta, ¿no es verdad? Pues todavía hay más.

—¡Vaya si tiene pimienta!—dijo Clinch tranquilamente.

—«Sin embargo—continuó leyendo el extranjero,—«todo »este asunto tan desdichado está envuelto en el misterio. La »presencia de Jackson N. Stanner—soy yo,—agente secreto »contratado especialmente por la compañía, y de sus acólitos, »en el lugar del atentado, nos garantiza que el misterio no »tardará en aclararse.» He escrito esto para complacer á la compañía—dijo modestamente.—A estos señores de la seguridad es á quienes debemos los detalles que acabo de leer.

—Lo que pretende usted probar con ese artículo, si he comprendido bien—dijo Clinch levantándose, pero continuando mirando al fuego,—es que tres hombres no pueden acorralar á seis, á menos que éstos no sean cobardes ó cómplices. ¿Es eso?

—Perfectamente, lo he dicho y lo sostengo—respondió Stanner.—Usted juzgará si no tengo razón.

—Opino que no la tiene usted—replicó fríamente el Coronel.

Y sin levantar los ojos se dirigió á la puerta por la que había salido Zenobia, la cerró con llave y se guardó ésta en el bolsillo. A Rawlins y Hale les palpitaba el corazón; los otros

espectadores de la escena seguían los movimientos de Clinch con burlona curiosidad. El Coronel, después de haber hecho la misma operación con la segunda puerta, volvió hacia la chimenea. Por primera vez levantó sus párpados. El hombre, que vió la fijeza de aquella mirada, retrocedió espantado.

—Yo soy—dijo entonces Clinch con lentitud y subrayando cada una de sus palabras,—yo soy el hombre que entregó los billetes á los bandidos. Soy uno de los tres viajeros escarnecidos en la relación de usted; estos señores son los otros dos. Usted no cree que tres hombres puedan acorralar á seis. Sea, yo le demostraré cómo sucede eso; más aún, yo le haré ver cómo lo logra un hombre *solo,* porque, ¡por Dios vivo, si no me entrega usted ese infame papel, disparo sobre usted á boca de jarro! Necesito ese papel antes de haber contado diez, y si cualquiera de ustedes se menea, son hombres muertos el que tal haga y usted el primero.

Antes de que Clinch hubiera acabado de hablar, Hale y Rawlins se habían levantado, y de común acuerdo sacaron y amartillaron los revólvers. Hale no hubiera podido decir por qué, pero apuntaba á uno de los hombres de Stanner, y sentía instintivamente que al menor movimiento agresivo de aquél hubiera hecho fuego. No razonaba ya, sabía solamente que, en caso de pelea, procuraría matar á su adversario y tal vez á otros más.

—¡Uno!—dijo Clinch levantando su arma.—¡Dos, tres!

—Coronel, escuche usted. Le juro que no sabía que era usted. Cuando le digo...—balbuceó Stanner con el rostro lívido y sin atreverse á mirar á sus compañéros, aterrorizados.

—¡Cuatro, cinco, seis!

—¡Deténgase... ahí va!

Cogió el manuscrito y lo arrojó al suelo.

—Recójale y tráigamelo. ¡Siete, ocho!

Stanner se adelantó, cogió el papel y se lo tendió á Clinch completamente trastornado. Después, tranquilizado á medias, dijo afectando reir:

— ¡Bah! no era más que una broma, una simple broma...

—Me alegro mucho saberlo; pero como esa broma está aquí en blanco y negro, va usted á rectificarla de la misma manera. Siéntese, tome esa pluma, ahí hay tinta, y escriba lo que le dicte. ¡Vamos! «Declaro estar convencido de que la relación »arriba escrita es una vil calumnia contra la reputación de »Ringwood Clinch, Roberto Rawlins y John Hale, viajeros »aludidos, á quienes pido humildemente perdón.» Está bien; firme usted. ¡Firme, le digo! Ahora, que sus hombres firmen á continuación.

Los agentes obedecieron sin hacerse rogar. Uno de ellos, sin embargo, afectando tratar la cosa á la ligera, propuso echar una ronda.

—Perdone—dijo Clinch fríamente.—Esta casa es demasiado pequeña para contener á ese hombre y á mí, y como este documento me llama á la estación del Gato Salvaje, partiré al punto y sin beber.

Sacó las llaves de su bolsillo, las volvió á poner en las cerraduras, tomó un abrigo y se preparó á salir.

Rawlins se dispuso á seguirle; Hale vacilaba. Los acontecimientos que desde hacía una hora se sucedían con tanta rapidez, no le dejaban tiempo para reflexionar; sin embargo, comenzaba á dudar seriamente de la legalidad del último acto del que había sido espectador constante y casi cómplice, sin dejar de reconocer que tenía su razón de ser en una especie de justicia personal; sentía que si volviera á presentarse el caso obraría del mismo modo. Pero un secreto presentimiento le advertía que, mientras se asociara con Clinch y Rawlins, se encontraría mezclado á semejantes complicaciones; por otra parte, ¿no acababan de renunciar radicalmente al objeto que se habían propuesto? ¿No acababan de suscitar un nuevo interés y de promover un conflicto á los que estaban autorizados legalmente para realizar su misión? Todo conspiraba á apartarle de sus compañeros, salvo el temor de que esta deserción en semejantes momentos no fuese contraria al honor, y tal vez

á la creciente simpatía que aquellos le inspiraban. Se dijo, sin embargo, que acababa de probar suficientemente sus condiciones, que no sería de ninguna utilidad práctica en la estación del Gato Salvaje, y que al ir allí se alejaría aún más de la meseta de las Aguilas; además se sentía invadido por una necesidad de acción y de independencia.

—Me quedo aquí — dijo por fin al Coronel,— á menos, sin embargo, que no me necesite usted.

Clinch miró de una manera significativa á los agentes, y después afectuosamente á Hale.

—Esté usted alerta—dijo á media voz;—un hombre prevenido vale por diez; sobre todo, de esta especie. De todos modos es gallardo lo que usted hace.

Luego se dirigió á Stanner, y añadió en alta voz:

—Me llevo este papel. Si tiene usted que decirme algo más adelante, ya sabe usted dónde encontrarme, á menos que no quiera usted decírmelo en seguida, ahí fuera.

—Lo demás concierne á la compañía y no á mí—dijo Stanner tomando un aire oficial.

Hale acompañó á Clinch y Rawlins hasta la cuadra. El palafrenero Dick, que había marchado en socorro de la diligencia, no había vuelto aún.

—No quisiera dejar á cualquiera en su piel de usted en medio de esos bergantes—dijo Clinch sacudiendo fuertemente la mano de Hale,—y no le dejaría á usted, si no supiera que puedo apostar todo mi montón por su juego de usted con los ojos cerrados. Es usted de los míos, compañero. Querer quedarse solo aquí, es gallardo. No me era usted muy simpático al principio, no se lo oculto; pero ahora, cuando necesite usted de un amigo, llame á Ringvood Clinch; es de usted. No tengo más que decir.

—Hablado por dos—dijo Rawlins tendiendo la mano á Hale con igual franqueza, y añadió:—Cuente usted con Zenobia para que le avise si ocurriera algo de particular; velará por usted. Hasta la vista, y buena suerte.

Hale, inclinado al pronto á rebelarse contra el papel de protectora asignado á la hija de Hennicker, concluyó por hallar cierta dulzura en aquel lazo misterioso que se establecía entre él y la salvaje criatura, cuya belleza y cuyo extraño encanto le habían atraído de un modo tan singular. Cuando volvió á la sala, los agentes, que hablaban entre sí, se callaron repentinamente. No intentó romper el silencio, y se sentó tranquilamente cerca del fuego. Stanner no tardó en acercarse, y se plantó ante la chimenea en actitud familiar.

—Ese diablo de Coronel—dijo en tono de chanza—se alborota en cuanto tiene en el estómago más de lo preciso. Y esto le sucede después de la tercera ó cuarta ronda. Tiene mal vino Clinch.

—Comprenda usted, Sr. Stanner—dijo Hale con su tono preciso y acompasado,—que toda alusión poco cortés al señor Clinch, mi amigo, es no solamente de muy mal gusto en ausencia suya, sino también insultante para mí. Si pretende usted insinuar que el Coronel estaba ébrio, debo manifestarle que está usted equivocado, y debo añadir que las opiniones que ha expresado refiriéndose á usted son las mías. Me parece igualmente que ha dado pruebas de buen criterio prefiriendo sustraerse á la compañía de usted, y tenga presente que si las circunstancias que me retienen aquí me condenan á sufrir la presencia de usted, pongo por condición que me dispense de todo coloquio.

Estas palabras, pronunciadas con un exceso de precisión y dignidad, produjeron sobre los asistentes mayor efecto aún que las amenazas de Clinch. El silencio reclamado por Hale le fue otorgado sin la menor réplica. Los agentes se retiraron á un rincón y cuchichearon entre sí. Hale, con los ojos fijos en los tizones, se entregó á profundas meditaciones.

De repente alzó los ojos y vió que la puerta que daba á la cocina se meneaba dulcemente. Una ó dos veces durante su algarada con Stanner le había parecido observar la misma maniobra, la cual tenía sin duda por objeto llamar su atención

sin despertar la de los otros. No tardó en entreabrirse la puerta, dejando pasar el bonito rostro de Zenobia, la cual le hizo una seña, llamándole. Hale se levantó sin precipitación, tomó con indiferencia su sombrero, como si quisiera pasearse, y pasó á la cocina en el momento en que la joven se deslizaba sin ruido en la cuadra. Subió ella los primeros peldaños de una escalera que conducía á un granero, y á mitad de camino se detuvo ante una puerta baja y precedió á Hale en un cuartucho muy reducido. A la luz de un farol vió Hale que aquel cuarto, aunque pobremente amueblado, acusaba, por ciertos detalles, la presencia y el gusto de una mujer. Zenobia ofreció á su huésped la única silla que allí había, le indicó que tomara asiento, y ella se sentó en la cama. Sus facciones parecían agitadas por una emoción reciente y sus ojos brillaban como empañados por las lágrimas; pero la linterna, cuyos rayos iluminaban de lleno el rostro de la joven, descubrió la causa de su agitación: ¡no podía tenerse de risa!

—He pensado—dijo ella por fin—que debía usted aburrirse mucho á solas con Stanner y su gente, sobre todo después del sermón que les ha echado usted, y me he dicho que estaríamos mejor aquí para charlar un rato. Mi madre y yo le hemos oído desde la cocina. ¡Bueno ha estado usted! Mi madre creía que hablaba usted en una lengua extranjera; yo no podía tenerme de risa. ¡Qué palabras, qué frases! La verdad es que les ha encajado usted toda la Gramática y todo el Diccionario...

Se detuvo por un nuevo acceso de risa, y después añadió:

—Sobre todo algunas frases me hacían muchísima gracia; por ejemplo, cuando decía usted: «Las circunstancias, que me hacen aquí la Pascua...»

—¡Ah!, perdone—exclamó Hale,—yo no he dicho eso.

—Y después: «Condenado á sufrir su presencia, en vez de echarles á puntapiés.» Y luego: «No me maree con su conversación, que no vale una patata», ó algo parecido. El Coronel con sus palabras gordas no le llega á usted á la suela del zapato. Stanner estaba verde.

—¿Se está usted burlando de mí?—dijo Hale, sin saber á punto fijo si le molestaba ó le complacía divertir tanto á la hermosa joven.

—En ese caso—replicó ella ingenuamente,—sería yo la única que se atreviera. Clinch dice á quien quiera oirle que su comportamiento de usted cuando la disputa y su resolución de quedarse aquí, valen por todos los juramentos de él. Mi madre me está siempre chillando por mis maneras; pero, á pesar de todo, cuando encuentro un hombre, que es un hombre, le reconozco.

Esta vez Hale se entregó dulcemente al encanto de aquel homenaje espontáneo, tanto más halagador cuanto que era, por decirlo así, inconsciente; pero embarazado por la mirada escrutadora de Zenobia, dijo cambiando de tema:

—¿Tiene usted que subir siempre á aquí por la cuadra?

—Sí. Hay una escala que conduce al cuarto de mi madre—respondió señalando una trampa,—pero el otro camino es más cómodo y está más cerca de los caballos cuando hay que salir pronto.

Aquella alusión directa, corroborada por las observaciones que Hale había tenido ya ocasión de hacer acerca de la instalación de la casa, no le dejaba ninguna duda; había sido construída teniendo presente las invasiones rápidas y las huídas fáciles. Esto le hizo reflexionar. Zenobia, que adivinó una parte de los pensamientos de aquél, añadió con decisión:

—Preciso es estar en condiciones de acudir prontamente cuando un oso ó una pantera llegan en busca del ganado; hay que montar á caballo sin perder un minuto.

—¿Es decir, que *usted...?*

—¿Qué quiere usted que haga? Cuando el padre está fuera, le sustituyo, y elegido este cuarto.

Hale siguió la mirada de Zenobia, que se había fijado maquinalmente en una vestimenta híbrida, semi-manta, semi-amazona, colgada de un clavo.

—Más de una vez he estado levantada, vestida y montada

en «Resina», cinco minutos después de haber oído el primer balido.

Hale la contemplaba con asombro. Ella no tenía nada de masculino ni de marimacho; ni siquiera tenía la robusta confirmación física, inseparable, según él, de tan viril audacia; al contrario, pálida, esbelta, le parecía esencialmente mujer, de alma y cuerpo. Sin preocuparse por las insistentes é investigadoras miradas de que era objeto, Zenobia hizo una seña á Hale para que se acercase, y fijando en él sus oscuros ojos, dijo de pronto:

—¿Por qué se le ha ocurrido á usted esa caza de hombres?

Semejante pregunta hecha á quemarropa desconcertó á Hale; experimentó la necesidad de disculparse, pero sus explicaciones, que para él mismo eran insuficientes y confusas, eran evidentemente ininteligibles para la hija de Hennicker. Ésta añadió después de una pausa:

—¿Usted no tiene nada contra Jorge?

—Yo no conozco á Jorge—respondió él sonriendo,—persigo únicamente al bandido.

—Pues él es el bandido.

—Quiero decir que combato un principio integralmente peligroso.

—Y Jorge es el principal, los otros no harían nada si él no los mandase— dijo Zenobia ingenuamente,— y tal vez tenga usted razón, es muy peligroso.

Hale comprendió la inutilidad de continuar, y dejó caer el diálogo. Ella dijo después:

—¿Por qué se ha quedado usted en vez de marchar con el Coronel? Sin duda ha sido por algo más que por cerrar el pico á Stanner. ¿Por qué ha sido?

La proximidad de la hermosa joven, el encanto de sus familiares confidencias, la elocuencia de sus ojos negros, las seducciones de la soledad, inspiraron á Hale una respuesta galante; pero pensando con mayor cordura, las mismas razones la detuvieron en los labios.

—No lo sé—dijo con torpeza.

—Yo sí lo sé. Es porque tampoco le agradan Clinch y Rawlins. No son de su clase de usted.

Cogido de improviso por aquella declaración neta y positiva, Hale se refugió en el único pretexto que creyó deber ocultar, y dijo en voz baja sonriendo un poco:

—Pongamos que haya sido por quedarme al lado de usted.

—Tampoco soy yo de su clase—respondió ella al punto.

Después se calló, y al cabo de un momento se puso á escuchar.

—Están muy callados—dijo.—¿Qué pasará?

Creyendo que la joven le intimaba de una manera indirecta á que la dejase ya, Hale se levantó; pero Zenobia pasó rápidamente ante él, abrió la puerta y miró hacia la cuadra.

—¡Justo!—dijo ella.—Estaba segura. No están los caballos. Han levantado el campo.

Hale no respondió. Acababa de ocurrírsele la idea de marcharse de la misma manera. ¿Era una advertencia respecto de que era bueno seguir semejante idea? Indeciso aún, seguía con los ojos á la joven que comenzaba á bajar la escalera, indicándole que le siguiera. Cuando llegaron juntos á la sala baja, la encontraron como se esperaba, completamente desierta.

— Supongo que no seré yo quien les haya hecho huir — dijo él mirando el turbado rostro de su compañera.

Ésta no contestó, y miró por la ventana; parecía preocupada, inquieta.

—¡Tanto peor!—exclamó por fin ella con un ligero ademán de desafío.—¡Me es igual! ¡Madre!— gritó en seguida en otro tono. —Stanner se ha lanzado con su rebaño, pero el extranjero *dice* que se queda.

VII

Ocho días habían transcurrido en la meseta de las Aguilas, días unos sombríos por la lluvia, otros luminosos por el sol.

Aquella tarde dos personas se encaminaban lentamente hacia la casa, sin preocuparse de su situación, como quienes vuelven de un paseo agradable. La señorita de Scott, acompañada de Falkner, mostraba en su indumentaria un regreso hacia las exigencias de la moda y las obligaciones mundanas, y esto, cosa extraña, en los mismos momentos en que se encontraba completamente emancipada de semejante tiranía á causa de su aislamiento. No tan sólo había prescindido de su blanca falda, concesión práctica á la invasión de un invierno prematuro, sino que había sacado una gorrita con plumas y un manguito de marta que usaba en Boston. También Falkner había trocado su sombrero y su pintoresca manta mejicana por un gabán y una gorra de piel pertenecientes al cuñado de Kate, y que ésta le hizo adoptar.

—No le pido á usted—decía Kate con su juicioso aspecto—que renuncie por completo á su manta; la llevará usted los días de lluvia, cuando, reintegrado entre los suyos, venga usted alguna vez á pasar la velada con nosotros. Pero convenga en que semejante indumentaria es demasiado llamativa, y sobre todo demasiado teatral, para ser llevada en pleno sol por los caminos, salvo al frente de una procesión de circo de feria.

—¿Qué mal hay en vestirse de una manera que el pueblo ha consagrado como la más apropiada á las exigencias y las conveniencias del país?—replicó Falkner sin dejarse desconcertar.

—Pero usted no pertenece á esa clase de gentes — repuso impaciente la joven,—y ahí está la diferencia. Usted no se les parece, no obra usted como ellos: de suerte que su traje y su manera de ser son tan irreconciliables, que le dan un aspecto extraño.

—Y tener un aspecto extraño es censurable en su mundo de usted—dijo Falkner con amargura.

—Siempre es censurable el aparecer lo que uno no es—replicó la joven.—Usted es, según me lo ha dicho, un inspector de minas; es inútil, por lo tanto, que le tomen por un bandido español, gracias á su manta. Le aseguro que si yo me hubiera

encontrado en la diligencia y le hubiese visto aparecer vestido así en la portezuela, le hubiera entregado mi reloj y mi bolsa sin la menor resistencia... ¡Ah! se enfada usted—añadió la joven con una risa fingida que disimulaba una inquietud real.—¿Quiere usted que le diga que me habría despojado con alegría en favor de un bandido tan novelesco, y que, para conformarse á la leyenda del país, me hubiera apeado para bailar un bolero con usted en la carretera? Pues bien—dijo ella, tras una pausa preñada de tempestades,—pongamos que es lo que he querido decir.

Falkner marchaba un poco delante, con la vista fija en la lejana cordillera. Se detuvo de pronto, y mirando á Kate, dijo bruscamente:

—Sí, se hubiera usted tomado tiempo para observar atentamente al salteador, á fin de identificarle mejor el día que cayera en poder de la policía. Como su hermano, se hubiera usted sacrificado gustosa en interés de la civilización y del orden.

La boca y los ojos de la joven expresaron tan enérgica negativa, que, no por ser muda, hubiera dejado de convencer á un hombre menos preocupado que su acompañante. Viendo que se callaba, Kate hundió ambas manos en el manguito, se lo llevó á la boca, se encogió ligeramente de hombros, veló sus ojos con sus largas pestañas y apresuró el paso.

—Es penoso—dijo ella en otro tono—el que no podamos proveer á nuestra miserable existencia sin despojar á los otros, sin arrebatarles la vida.

Falkner se estremeció.

—Es verdaderamente desconsolador—añadió ella,—pero tengo que recordar á usted que no ha cazado usted nada todavía para la cena de nuestro enfermo. Mire usted; allí me parece ver una liebre. ¡Qué lástima que haya traído usted esa carabina, en vez de un fusil de dos cañones!

—He escogido esta arma para la defensiva.

—¡Ah! ¿y los cartuchos no son más que para el ataque?

Falkner la contempló un instante, después se echó rápidamente el arma á la cara, en el momento en que la liebre huía por un campo, á cien metros de distancia. Kate creía ya al animal en seguridad cuando sonó el tiro; la liebre dió un salto y cayó inmóvil. Kate miró al cazador con franca admiración.

—¿Está bien muerta?—preguntó ella en voz baja.

—Ni siquiera se ha enterado de lo que la mataba.

—Tiene usted razón. Esto me parece menos brutal que tirar con cartuchos, que no siempre matan; me horroriza lo que se llama la caza y el «sport», pero un tiro como éste... me parece...

—¿Qué, señorita?

—Más caballero.

Levantó su fina cabeza, se puso su enguantada mano sobre los ojos, á manera de pantalla, y mirando al cielo azul, añadió con alguna vacilación:

—¿Se podría?... ¿podría usted?, pero no, es inútil...

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Falkner sonriendo.

—Nada, nada.

—Sí, tiene usted una idea—insistió el joven, volviendo á cargar su carabina.

—Pues bien, me prometió usted el otro día una pluma de águila para mi gorra, ¿no es aquello un águila?

—Me parece que no es más que un halcón.

—Me bastaría. Tire usted.

Sus ojos brillaban. Falkner apartó los suyos, sin dejar de sonreir, y apuntó con irritante lentitud.

—¿Está usted segura de no preferir el águila?—preguntó afectadamente.

—Completamente segura. Dése usted prisa.

Falkner no se apresuraba, pero de pronto se oyó la detonación; el ave agitó el aire con las alas, giró un instante, después cayó perpendicularmente á una distancia que demostraba la destreza del tirador. Falkner se adelantó y no tardó en volver, trayendo en la mano un ala desplegada.

—Escoja usted la pluma que le agrade—dijo alegremente.

—¿Está usted seguro también en esta ocasión de que el pobre halcón no ha sufrido?

—La bala le ha llevado la cabeza.

—Y además, la caída hubiera bastado para matarle—dijo Kate sin más remordimientos.—Gracias. Le tendrán á usted por un tirador de primer orden, ¿no es verdad?

—¿En dónde? ¿quiénes?

—Pues todos los que le conozcan: sus parientes, sus amigos, las hermanas de éstos...

Jorge tira mejor que yo, tiene más práctica; le he visto hacer con una pistola lo que yo acabo de hacer con una carabina, no á la misma distancia, por supuesto; pero un tiro más difícil.

Kate no contestó, pero su rostro indicaba claramente que nada podía á sus ojos aventajar en destreza y habilidad á lo que acababa de presenciar. Falkner recogió la liebre, y los dos jóvenes se dirigieron á la casa.

—¿Se acuerda usted—dijo Kate de pronto—del día en que llegó? Nos encontramos aquí, y usted me indicó el abrigado promontorio en que se refugiaban de la nieve unos pobres animales.

—Sí—dijo Falkner,—su número ha disminuído. Tal vez tenía usted razón. Se han devorado entre sí, á menos que no hayan conseguido escaparse. Pensemos que esta última hipótesis es la verdadera.

—Yo los cuento todos los días con mis gemelos. No hay más que cuatro. Un oso, esa especie de gato grande al que llama usted león de California, un lobo y un animal que debe ser una ardilla.

—¡Qué lástima que no sean todos de la misma raza!

—¿Por qué?

—A fin de que ninguna desemejanza envenene el placer de encontrarse juntos.

—Al contrario. Debe ser horriblemente aburrido el estar encerrado únicamente con sus semejantes.

—¿Cree usted en serio, señorita, que sería posible vivir en buena inteligencia, que reinase la felicidad entre seres de naturaleza y costumbres completamente opuestas?

—Creo—respondió Kate—que el oso y el león encuentran muy divertidos al lobo y á la ardilla, y que éstos...

—¿Qué?—preguntó con viveza Falkner.

—Que éstos tendrían mejor opinión de los otros si los conocieran mejor...

Los paseantes acababan de llegar al pórtico de la casa. Por un motivo que no se confesó á sí misma, Kate no se dirigió directamente á la habitación en la que dejó á su hermana y al herido—ya suficientemente adelantado en la convalecencia para pasar los días en un diván cerca de la ventana del salón,—sino que se apresuró á dirigirse á su cuarto. Si tal maniobra tenía por único objeto evitar á su hermana, era supérflua, porque Josefina, al ver llegar á Kate, dejó precipitadamente á Jorge y tomó la escalera antes que la joven. Falkner hubiera preferido igualmente la soledad: pero Lee, el único de los cuatro que conservaba su libertad de espíritu, le llamó y le obligó á presentarse en la puerta, con la liebre y el ala del halcón en mano. Lee miró atentamente el ala con afectado terror.

—En caso de necesidad, me será posible comerla—dijo—y pudiera ser que fuese el bocado más delicado del ave; la liebre calmará probablemente el hambre de esas señoras; pero, mi palabra de honor, no sabía que estuviéramos reducidos á tan duro extremo. ¡Tres horas y media de caza para traer una liebre y un ala de ave de rapiña, es espantoso!

Después de comprobar que su amigo estaba solo, Falkner depositó el botín en el vestíbulo y volvió rápidamente al lado del diván.

—Escúchame, Jorge; debemos—yo debo abandonar esta casa sin más demoras. No me detengas. Me es imposible soportar más tiempo semejante estado de cosas.

—Ni yo tampoco, mientras esa puerta esté abierta de par

en par. Ciérrala y cuéntame tu historia antes de que vuelva la señora de Hale. ¿Has encontrado por casualidad una salida?

—No, no es eso de lo que se trata.

—Me parece, sin embargo, que si piensas en marchar, ese es el punto esencial. Entonces es que has pedido la mano de la bostonianita y que ella ha encontrado el paso arriesgado con un conocimiento de ocho días apenas.

—Cállate, yo...

—Vaya, vaya, si no lo has hecho estás en camino de hacerlo; pero no te lo aconsejo, al menos por ahora.

—Jorge, yo no puedo vivir esta vida de perpetua mentira.

—Entendámonos. Ignoro *cómo* mientes, tú, cuando estás solo. Si escoltas á la pequeña recitándole salmos ó contándole tus clases de catecismo en la parroquia, ó si te presentas como un Creso venido para comprar la meseta é instalar en ella un casino de verano, confieso que esto pasa un poco de los límites y que sería preferible mentir *de otra manera*. Pero, por otro lado, no veo la imperiosa necesidad de armar aquí un jollín del infierno, ni de pedir á gritos la sangre de Harkins, ni siquiera de contar tu paquete de billetes en la falda de la hermosa Kate para dar pruebas de veracidad y candor. Debe haber un justo medio.

—Jorge, tú que estás en tan buenos términos con la señora de Hale y su madre, ¿no podrías, no querrías decírselo todo? Es decir, presentar las cosas á tu manera; de ti lo escucharían todo, lo creerían todo...

—¡Tantas gracias! ¿Y si me repugnase á mí también el mentir?

—¡Oh! Ya sabes lo que quiere decir. Tienes una manera tan original de decir las cosas, de hacer que parezca natural lo que no lo es.

—Sea; pero si yo consiento, ¿estás dispuesto á todo?

Falkner guardó silencio; después, tras un minuto de reflexión, respondió:

—¡Sí! porque todo es preferible á esta incertidumbre.

—No soy de tu opinión. ¿Consentirías también que estas mujeres te perdonasen?

—¿Qué quieres decir?

—Esto. Su perdón sería la cosa peor que pudiera sucedernos, querido Ned... Un instante... Vete á ver si alguien nos oye; la señora de Hale tiene el paso de un ángel y la obicuidad de una gata. Bueno, Ned, yo no tengo la pretensión de estar enamorado, y si lo estuviera aquí de alguien, no me valdría ciertamente de la debilidad y de la soledad de una mujer para contarle cualquier historia sospechosa sobre mi pasado. No sería jugar una partida igual. Harto sabes que ella no te pondría á la puerta.

—No—dijo Falkner poniéndose colorado,—pero yo estaría dispuesto á marcharme al punto, y esto me serviría de excusa.

—¿Marchar, por dónde? Absorbido como estás por esa joven, ni siquiera has sabido encontrar el camino por el cual ha pasado Manuel con su cómplice. ¿Pretendes acampar en el prado y contemplarla cuando ella abra la ventana?

—Como tú coqueteas en regla con la señora de Hale, te imaginas...

—Querido, el simple hecho de la existencia de un marido establece que yo no pueda casarme con su mujer; estamos, pues, ella y yo bajo un pie perfectamente análogo y bien establecido. Nada de lo que pudiera ella un día saber de mí, justificaría ni agravaría su coquetería de hoy. ¿Puedes decir otro tanto de tus relaciones con la linda puritana?

—Nunca me has recomendado que huya de su compañía, al contrario.

—Yo quería verte sacar el mejor partido posible de la situación en que la casualidad nos ha colocado; podías mostrarte amable y cortés con ella, precisamente porque no tenías derecho á ir más adelante...

—En una palabra, que me atribuías tu sequedad de corazón y tu egoísmo.

—¡Ned!

Falkner se volvió bruscamente.

—Perdóname, Jorge—dijo.—Soy un loco y un ingrato.

Lee no respondió desde luego, pero cogió y estrechó la mano que su amigo le tendía con efusión.

—Prométeme—dijo con gravedad—que no dirás nada á ninguna de las hermanas. Te lo pido en nombre de tu propio interés y en el de la joven más bien que en el mío. Si, por el contrario, te impulsa á hablar un novelesco sentimiento de honor, acuérdate de que habrás precipitado acontecimientos que, si permaneces fiel á ese mismo sentimiento de honor, te separarán para siempre de la que amas.

—No te comprendo.

—No importa—replicó Lee volviendo de pronto á su audaz y loco buen humor.—He dicho. ¡El jefe imberbe de las Sierras ha hablado! Que el Rostro Pálido de bigotes negros medite sobre las palabras de aquél, y tenga cuidado con lo que dice al Agua Charlatana de Cochituata. ¡Ea! déjame.

Sin embargo, en cuanto se marchó su compañero desapareció la sonrisa de Lee. Permaneció inmóvil, abismado en sombríos pensamientos, y ni siquiera oyó el ligero roce de una falda que, de ordinario, llamaba desde lejos la atención de su oído atento. Al salir por fin de su ensueño mediante un esfuerzo violento, exhaló el largo é inconsciente suspiro de un hombre que se cree al abrigo de toda observación, y se estremeció al oir la risa de Josefina, á la que no había visto entrar.

—¡Dios mío! ¡qué sentimental está usted hoy! Se diría que sale usted de un novelesco coloquio con un antiguo amor. Desde que estoy en California no he oído nada tan antiguo en el mundo ni tan conservador como ese suspiro. Se dice que en este país no creen ustedes en el pasado.

Afortunadamente el rostro de Lee estaba colocado entre la luz y la joven, de suerte que ésta no pudo leer en aquél una sorda irritación que la hubiera inquietado. Quedaba, sin embargo, bastante turbación y disonancia en la actitud de Lee

para herir las delicadezas de su interlocutora, la cual se acercó más y dijo con cierta timidez y ternura:

—¿Está usted peor, Sr. Lee?—le dijo.—¿Se encuentra usted fatigado?

—¿Como podría estarlo con una pierna, si no muerta, momificada cuando menos por un aparato?—exclamó él con una amargura que ella no le conocía.

—¿Quiere usted que deshaga el vendaje?—preguntó Josefina.—Tal vez esté demasiado apretado. No hay nada tan penoso como la sensación de estar estrechamente ligado.

El ligero contacto de la mano blanca colocada sobre el vendaje que cubría el miembro herido, la gracia acariciadora y tierna del dulce rostro inclinado, el vago perfume que emanaba de la joven, disiparon las últimas nubes sobre la frente de Jorge. Brilló una llama en sus ojos azules.

—Pudiera ser que yo fuese intolerante con todo lazo—dijo mirándola ardientemente.

Que hubiera comprendido ó no el sentido oculto de aquellas palabras, Josefina se vió obligada á aceptar el desafío de aquella mirada; se apartó un poco y dijo poniéndose encarnada:

—Temo que haya recibido usted malas noticias.

—¿A qué llama usted malas noticias?—preguntó Lee sin apartar los ojos de Josefina.

—Todo lo que fuera un obstáculo para su convalecencia ó viniese á romper nuestro círculo de familia. Pero, dígame usted, ¿hay algo de nuevo? ¿Se ha encontrado una senda? Ayer mismo me decía el señor Falkner que la nieve había comenzado de nuevo en el desfiladero. ¿Ha visto hoy algo?

Estaba deliciosa, transfigurada por la emoción encantadora, juvenil y extraña que animaba la frialdad á veces irritante de sus facciones correctas. Lee la contemplaba, bebiendo su belleza con la mirada y embriagándose con su gracia como con los picantes olores de una flor de los trópicos.

—¿Por qué me mira usted así, señor Lee?—preguntó ella

sonriendo.—No lo niegue. Su amigo le ha comunicado á usted algo importante.

—Pues bien, sí; Ned ha hecho un descubrimiento que yo no sospechaba.

—¿Y qué, le contraría á usted?

—Muchísimo.

—¿Es un secreto?

—No.

—Entonces nos lo dirá usted á la hora de comer.

—Si se lo digo á usted, ha de ser ahora mismo—dijo el joven echando una ojeada á la puerta.

—Haga usted lo que guste—respondió fríamente Josefina. Parece que se trata de un misterio, por lo que veo.

Vaciló, y después añadió:

—Kate está arreglándose; tiene para rato.

—Tanto mejor. Me temo, señora, que Ned ha pagado mal la hospitalidad y las bondades de ustedes. Se ha enamorado de su hermana de usted.

—¡Imposible! No la conoce sino desde hace ocho días.

—No puedo opinar como usted respecto del lapso de tiempo necesario para apreciar y amar á una mujer. Creo que esto puede suceder perfectamente en siete días y cuatro horas, la duración exacta de nuestra estancia en esta casa.

—Tal vez; pero como Kate estaba ausente cuando ustedes llegaron, hay que deducir por lo menos una hora de semejante cálculo.

—Ned efectuará esa sustracción si gusta; yo no rebajaré ni un segundo.

—¿Pero no se engaña usted respecto de los sentimientos de su amigo?—se apresuró á añadir Josefina.—Seguramente él no ha dicho nada á mi hermana.

—Es que todavía le queda una chispa de razón y de honor, y para conservarla intacta quiere dejar á ustedes.

—Pero eso sería sencillamente absurdo.

—¿Lo cree usted?—preguntó Jorge mirándola con fijeza.

—¿Por qué no?—preguntó ella á su vez, confusa y ruborizada.

—Voy á decírselo á usted—replicó el joven bajando la voz con una intensidad de pasión que no se hubiera sospechado en aquella naturaleza á la vez tan joven y tan frívola.—Figúrese usted, señora, un hombre cuya existencia entera se hubiese deslizado entre alternativas de miserias y de luchas, de sombrías aventuras y más sombríos excesos, que no hubiera conocido otras distracciones sino el juego y el desorden; un hombre á quien las palabras de familia y de hogar doméstico no sugirieran más ideas que la de servidumbre, molicie, ó—lo que es peor aún—que no hubiese encontrado abnegación y amistad sino en el compañero que se batiera á su lado á la hora del peligro, ó que compartiera sus privaciones en los momentos de miseria. Imagínese usted, si puede, á ese hombre transportado como por milagro á una atmósfera de blancura, de gracia y de paz, rodeado de las elegancias de una vida más elevada, que ni en sueños se atrevía á entrever, admitido en la intimidad de una mujer hermosa y pura, incapaz de concebir que hubiera en el mundo seres perdidos como él; y después imagínese usted á ese hombre amando á esa mujer. ¿No piensa usted que el primer efecto de ese amor sería revelarle su propia indignidad y mostrarle el infranqueable abismo que le separa de ella? ¿No cree usted que preferiría el dolor de la huída á la vergüenza de su desprecio el día en que ella supiera la verdad, ó á la piedad que le inspirara el sacrificio del perdón?

—¿Pero es todo eso el Sr. Falkner?—preguntó la joven conmovida y palpitante.

—¿Él? ¡En manera alguna! Se lo juro—respondió Lee con un brusco cambio de tono.—Pero un hombre siente así cuando ama.

—¡Ah! ¿De veras? Entonces su amigo debía encargarle á usted para que abogara por su causa cerca de Kate—dijo Josefina con risa forzada.

—Tengo necesidad yo mismo de todo lo que poseo de elocuencia y de persuasión—dijo audazmente el joven.

Josefina se levantó sin alejarse todavía.

—Me parece que baja Kate—dijo.—Sí, es ella—añadió precipitadamente bajándose para recoger el cesto de labor que acababa de escaparse de sus dedos bajo la ardiente presión de las manos de Jorge.

Kate, que entraba efectivamente, se apresuró á correr en ayuda de su hermana para recoger el cesto. Lee, desde su diván, se puso á deplorar la imposibilidad en que se encontraba de ayudarlas.

—Es mi mala estrella—dijo á Kate, pero mirando á Josefina.—Tengo, á lo que parece, el triste don de revolucionar el orden existente sin tener la facultad de restablecerle ó sustituirle por un estado de cosas mejor. ¿Pero qué quiere usted que haga? Estoy dispuesto á tener enmarañadas madejas ó á devanar innumerables ovillos. Hasta llegaré á perdonar á Ned por haber pasado toda la tarde con usted y no haberme traído para la cena sino un ala de halcón.

—Yo soy la única culpable—se apresuró á decir Kate con pronto disimulo.—El Sr. Falkner se ocupaba en buscar caza para usted cuando le llamé para rogarle que tirase sobre ese pájaro; quería una pluma para mi tocado, y convendrá usted en que el ala es encantadora.

—Por desgracia, lo que es únicamente bello no es comestible—replicó Lee gravemente.—Pongámonos en lo peor, y apuesto á que en los momentos de la carencia absoluta me preferirá usted con mucho á Ned y á sus largos bigotes, sencillamente porque estoy atado por una pata á este sillón y engordado como un pato de Estrasburgo.

Sin embargo, aquella charla no pareció divertir á la joven, porque no tardó en abandonar al paciente bajo pretexto de ir á buscar á su hermana, que se había ya deslizado sin ruido fuera del salón. Aquella noche, durante la comida, parecía pesar sobre las señoras y Falkner, por primera vez desde su

reclusión forzada, un inexplicable malestar y una vaga inquietud. El último afectaba dirigirse únicamente á la señora de Scott, y Josefina prodigaba excepcionales caricias y atenciones inusitadas á su pequeñuela Mimi, la cual, movida por las ocultas inspiraciones de la infancia, se obstinaba en poner á Lee, al que quería mucho, de por medio en los cariños maternales, y la solicitud con que Jorge se prestaba á las maniobras de la niña aumentaba el visible embarazo de Josefina.

La velada fue corta; todos se retiraron temprano. Kate pasó una noche agitada, y en sus intervalos de insomnio comprendió, por el rumor de voces ahogadas que llegaban del cuarto de los dos amigos, que tampoco éstos dormían.

Una mañana de claro sol y brisa suave no consiguió disipar la violencia de aquellas nuevas relaciones entre los habitantes de la meseta. Ofreció á Falkner la ocasión para salir de la casa al amanecer y proporcionó á Jorge un pretexto para aventurarse solo en el terrado con ayuda de una muleta improvisada. Josefina declaró que tenía tareas domésticas atrasadas, y Kate, para evitar el encontrarse con Falkner, decidió no salir para acompañar á su hermana. Sin embargo, las dos jóvenes se abstuvieron de hablar como de ordinario de sus huéspedes. Únicamente una vez se atrevió Josefina á decir con indiferencia:

—¿Te has enfadado con Falkner, Kate?

—¡Qué idea!—respondió con viveza la joven.—¿Por qué me preguntas eso?

—Me pareció ayer pensativo y hoy no le has ofrecido acompañarle.

—Debe estar harto de mi compañía—contestó Kate afectando indiferencia.—Pero tendría razón al sentirse molesto por las incesantes burlas de Lee respecto de la caza de ayer, y sin duda hoy querrá ser más afortunado. Lee podrá ser muy gracioso, pero me parece que no tiene corazón.

—¡Corazón!—exclamó Josefina.—Bien se ve que no le conoces.

En contra de las previsiones de Kate, Falkner volvió á los pocos momentos y ayudó al convaleciente á hacer más pruebas de resistencia por el terrado.

—Ni una mujer sería capaz de una afección tan desinteresada—dijo de repente Josefina contemplando á los paseantes. —Nunca vi nada semejante á la abnegación recíproca de esos dos seres. Míralos, Kate.

—Yo no veo sino una sensiblería novelesca—dijo Kate.—Por lo demás, sospecho que la influencia de Lee sobre ese joven es perjudicial.

—Al contrario, la influencia de Lee es la que suaviza el genio del otro—respondió con vehemencia Josefina.

—¡Sea!—replicó Kate,—pero te aconsejo que no permanezcas más tiempo en esta ventana contemplándolos; concluirán por creer que no puedes perderlos de vista ni un intante.

Y después de esta salida, Kate se marchó precipitadamente de la habitación de su hermana.

Aquella noche, mientras comían, la pequeña de Josefina, extrañada de la seriedad que reinaba, la interpretó á su manera:

—¿Querríais marcharos y dejar á mamá y á tía Kate?—preguntó ansiosamente durante un prolongado silencio.

—Si no me moviera de aquí—dijo Lee—no podría ir á buscarte la hermosa nieve rosa que te enseñé el otro día en el piso del monte.

—¿Qué es lo que significa esa nieve maravillosa, Mimi, y por qué molestas al Sr. Lee?—preguntó Josefina.

—Mamá, es la nieve de las hadas. El Sr. Lee me ha dicho que si puede coger una poquita, se tiene todo lo que se desea. ¿Verdad que es muy bonito?

Al día siguiente por la mañana, á los primeros albores de la aurora, la nieve rosa brillaba ya en las altas cimas, mientras que el valle permanecía aún envuelto en las sombras grises de la noche. Mimi, su madre y su tía dormían todavía; pero Jorge, acompañado de Falkner, estaba ya en camino. Los dos amigos hacían galopar á sus caballos sobre el suelo endurecido.

VIII

Kate se levantó temprano, pero antes lo hizo su hermana, pues en el momento de ir á salir de su cuarto se encontró á Josefina ya vestida, extraordinariamente pálida y con una carta en la mano.

—¿Qué hay?—exclamó Kate con ansiedad, y palideciendo por un secreto presentimiento.

—Se han marchado antes de ser de día. Aquí tienes lo que han dejado.

Tendió á su hermana la carta abierta. Kate la recorrió rápidamente, y leyó en voz baja:

«Cuando reciban ustedes estas líneas, ya no estaremos »aquí. Ned ha encontrado una salida practicable, y hemos re»suelto aprovecharla. Ayer por la noche nos faltó el valor »para decírselo á ustedes; hoy por la mañana, somos demasia»do cobardes para esperarlas y despedirnos. Marchamos como »hemos venido, sin prevenir, pero no sin pena. Encontrarán »un paquete y una carta en nuestra habitación; sírvanse en»tregárselos á Hale cuando vuelva. Contienen no solamente »una débil prueba de nuestro reconocimiento por sus bonda»des y cariñosa hospitalidad, sino también la causa indirecta »que nos ha procurado gozar los encantos de su compañía. »Guárdenlos ustedes en lugar seguro, hasta que puedan po»nerlos en manos del destinatario. Besamos los pies de su ma»dre. Ned quería decir algo más, pero el tiempo apremia y no »le permito sino besar á Mimi, á la que dirán que vamos á »buscar la nieve rosa.

JORGE LEE.»

—No estaba en condiciones de ponerse en camino—dijo tristemente Josefina,—y Dios sabe si ese camino de que habla es verdaderamente practicable.

—Lo era antes de ayer—dijo Kate;—lo encontré y lo recorrí sin obstáculos hasta el castañar.

—¡Entonces eres tú la que ha hablado!—exclamó Josefina con acento de amarga queja.

—¡Yo!—respondió Kate indignada.—¡Dios mío, no!

Se calló; todo el alcance de aquella enérgica negativa lo leía en los ojos húmedos de su hermana, y se avergonzó, volviendo la cabeza. Josefina la abrazó tiernamente, y dijo:

—Nos tratan como á niñitas, querida. Ya tomaremos el desquite más tarde ó más temprano. Créeme, esa carta y ese paquete dirigidos á John, significan algo; pronto lo sabremos. ¿Qué puede haber en esa carta? ¿Cuál puede ser el contenido de ese paquete?

—Sin duda alguna guasa de Lee—replicó Kate sordamente.—Es capaz de considerar todo esto como una broma, de felicitarse por la buena jugada que nos ha hecho viniendo á instalarse en esta casa.

—¡Con su pierna rota!... ¡Oh! Kate, eres injusta con él como lo has sido con su amigo.

—Voy á arreglar el cuarto de mi cuñado—dijo Kate de pronto disponiéndose á salir.—John puede llegar de un momento á otro. ¿Vienes á ayudarme?

—Ahora no; iré en seguida—respondió Josefina no sin cierta vacilación.

La mañana pareció interminable á las dos hermanas; trataron de engañar su enojo discutiendo las razones de marcha tan repentina con su madre, la cual, más conmovida que sus hijas, les pintaba con negros colores las consecuencias de tan imprudente determinación; ella veía á los dos amigos perdidos en la nieve, sin aguardiente, sin sales aromáticas, privados de mantas de abrigo y nutritivas gelatinas, cuando un furioso ladrido de Spot hizo estremecer á las tres mujeres. Se miraron suspensas.

—Son ellos que vuelven—murmuró Josefina corriendo á la ventana.

Un jinete avanzaba hacia la casa, pero no era ni Lee, ni Falkner, ni siquiera Hale, sino un extranjero.

—Tal vez nos traiga noticias—dijo con viveza la señora de Scott.

El extranjero que acababa de ser introducido en el salón pareció muy desconcertado al no encontrarse allí más que con mujeres.

—Venía por John Hale—dijo.

—No ha regresado—contestó Josefina.

—Esto era para sabido... Sin embargo, ha tenido tiempo para volver—replicó el extranjero.

—Sin duda mi marido no ha podido atravesar el puerto. Se dice que el camino está bloqueado.

—Ya no lo está. Por él he venido yo esta mañana.

—¿No ha encontrado usted... por casualidad... á alguien en el camino?—preguntó Josefina con visible ansiedad.

—A nadie.

Siguió un silencio á esta respuesta. El visitante observó que había desaparecido todo el interés que despertara su visita, y su embarazo aumentó. Intentó, sin embargo, con un violento esfuerzo reanudar el diálogo.

—¿Apostamos á que no saben ustedes lo que ha detenido á Hale?—preguntó á todo evento.

—Sí, lo sabemos; el ataque á la diligencia.

—¡Está bueno! Si yo hubiera sabido que estaban ustedes al corriente, pardiez, me hubiese quedado en casa. Me he puesto en camino para anunciárselo. Porque, ven ustedes, John Hale había despachado un hombre con un billete explicando la cosa; pero los bandidos han caído sobre él y le han dejado por muerto en el camino.

—Sí, ¿y después?—dijo Josefina con impaciencia.

—Afortunadamente el hombre no estaba muerto, recobró el conocimiento y se arrastró á la maleza en donde yo le encontré; entonces, ven ustedes, lo llevé á mi casa.

—¡A su casa de usted!—exclamó Josefina estupefacta.

—Pardiez, sí—replicó el hombre.—Yo soy Thompson, del desfiladero de Thompson; no es muy hermosa mi casa, pero tal como es, allí transporté al particular. Como no ha podido encontrar la carta de su marido, hay que creer que los bandidos le registraron y se la quitaron; así, pues, en cuanto esa condenada de nieve lo ha permitido, he corrido hacia aquí para contarles la aventura.

—¿Dice usted que... el Sr. Lee ha estado en su casa de usted?—exclamó Josefina.—¿Que está allí todavía?

—¡Cómo! Yo no he dicho eso, yo digo que Bilson ha sido atacado y herido por Lee, y que yo...

—Sí, sí, perfectamente, Josefina—dijo Kate con voz rápida y sofocada por la emoción interponiéndose súbitamente entre Thompson y su hermana, pero volviendo hacia ésta un rostro pálido y unos ojos que la ordenaban callarse.—Sin duda, ¿no te acuerdas de lo que contaban los chinos? Solamente que estaba muy confuso. Continúe usted, señor, se lo ruego —añadió la joven procurando serenarse;—decía usted que el mensajero de mi hermano fue herido por... Lee...

—Ayudado por otro tunante llamado Falkner. Sí, eso es, pardiez.

—Gracias, su historia está de acuerdo con la que ya conocíamos. Pero usted ha dado una larga caminata, Sr. Thompson; permita que le ofrezca una copa de whisky en el comedor. Por aquí, hágame el favor.

Ya era tiempo de que saliese el extranjero. Josefina veía danzar las paredes á su alrededor, y se dejó caer en una silla con un sollozo nervioso. La señora de Scott, que no se había movido de su sitio, miraba angustiosamente á la puerta, esperando anhelante el regreso de Kate.

Se oyeron al fin en el vestíbulo los pasos de Thompson, que se marchaba, y Kate volvió á la sala, pálida, pero resuelta.

—¡Y bien!—exclamaron á un mismo tiempo Josefina y su madre.

—Pues bien—respondió gravemente la joven,—los dos hombres que han... cogido el billete de John á su mensajero son, á no dudarlo, Falkner y Lee.

—¿Estás segura?...—dijo la señora de Scott.

—Es imposible el error.

—¡Entonces!—dijo triunfalmente la buena señora con una irrefutable lógica de mujer,—entonces nada me hará creer que no son *completamente inocentes*.

Esta conclusión suprema, esta soberana expresión de sus secretas y comunes creencias, reunió á las tres mujeres en una conmovedora y tierna comunión. Vertieron algunas lágrimas y cambiaron algunas caricias.

—¿Se puede imaginar—repuso la señora de Scott, después de un prolongado silencio—lo que ese pobre muchacho ha debido sufrir para..., para... haber hecho eso á Bilson, porque así es como se llama ese individuo, no es verdad? Sería tal vez oportuno mandar á saber de él y enviarle caldos y gallinas. Hay que tener siempre caridad, hijas mías, y tratar de obrar en justicia, porque aun cuando haya herido al Sr. Lee y le haya obligado, por decirlo así, á tirar sobre él, obedecía tal vez á un sentimiento erróneo del deber. Además, este proceder de nuestra parte servirá á disipar las sospechas.

—¡Y pensar—murmuró Josefina—cuál ha debido ser su angustia durante su estancia aquí, esperando ver entrar á John de un momento á otro! Sin embargo, se mostraban siempre contentos, siempre alegres.

—Estoy persuadida—dijo la madre—de que si se hubiesen quedado un día más, nos lo hubieran confesado todo.

Las dos hermanas se callaron. Kate pensaba en las significativas palabras de Falkner cuando volvieron de su último paseo; Josefina recordaba el sombrío cuadro trazado por Lee, y reconocía ahora en él el propio retrato del joven. De pronto se estremeció:

—John no puede tardar—dijo sordamente.—¿Qué le diremos? ¿Y ese paquete, esa carta?

—No te apresures por el momento á decirle nada—dijo la madre con dulce autoridad.—Es una contrariedad que Thompson haya venido precisamente hoy, pero no estamos obligados á tenerlo en cuenta ni á haber comprendido todo lo que nos ha contado sobre el mensajero de John; nada nos obliga á buscar la relación que pueda existir entre lo que ha dicho y nuestros comensales. Además, aunque no nos hubiesen traído la carta de tu marido, estoy segura de que los hubiera recibido de la misma manera; es, por lo tanto, superfluo insistir sobre este incidente, ó mencionarlo siquiera. Es sumamente sencillo lo que ha pasado: hemos recogido á dos viajeros sin amparo, esto es todo. John—añadió la suegra de Hale—no tiene ninguna necesidad de saber más. En cuanto á la carta y al paquete, reflexionaremos. Sin duda el último contiene algún presente destinado á reconocer la hospitalidad recibida. Sería casi indelicado mostrar demasiada prisa en examinarlo.

Al día siguiente las tres mujeres vieron llegar á John, en unión de otros jinetes. John parecía otro en su aspecto, según opinión de su familia, y á medida que avanzaba, la señora de Hale se decía con estupor que la actitud de su marido, su manera de llevar el sombrero, carecían de la corrección acostumbrada, y que cabalgaba con una desenvoltura á la vez atrevida y descuidada. La extrañó mucho, y su inconsciente irritación aumentó cuando observó que en vez de la acogida ceremoniosa, cortés y casi solemne que dispensaba de ordinario á las mujeres de su hogar, ostentaba una familiaridad medio brusca, medio torpe, que jamás le había visto. Con el mismo tono presentó Hale á sus compañeros Clinch y Rawlins á su mujer, y ésta, sin saber si alegrarse ú ofenderse de aquella infracción en las formalidades de sus relaciones diarias, se felicitaba, sin embargo, de la presencia de los forasteros, que retardaría la hora temida de las confidencias conyugales.

—Honradísimo con conocer á usted, señora—dijo el Coronel Clinch, recordando de repente una antigua galantería, heredada sin duda de algún antiguo antepasado hugonote.—El

juez, mi amigo (y su ademán demostraba que era Hale á quien designaba con aquel título improvisado), el juez debe ser más estoico que un ciudadano romano, para abandonar una familia como la suya, una morada como ésta, á la sola voz del deber público. ¿Tengo razón, Rawlins?

—¡Ya lo creo!—exclamó enérgicamente aquél, que compartía la admiración de su mirada entre Kate y Josefina.

—¿Y ese deber era muy severo ó muy imperioso?—preguntó Josefina sin alzar los ojos hacia su marido.

—¿A quién se lo dice usted, señora?—exclamó Clinch sentándose en una butaca con un aplomo que, aun cuando familiar, no tenía nada de descortés.—Hace ocho días que estamos metidos en esta empresa, y hasta ahora no hemos chocado sino con la policía de seguridad. En cambio, las mejores gentes con que hemos tropezado son los amigos del hombre á quien perseguimos, lo que hace que en este doble punto de vista hayamos cambiado nuestras baterías. El juez y yo conveníamos hace un momento en que si tuviéramos que estrechar con agrado algunas manos, serían las de Ned Falkner y de Jorge Lee.

—Los dos jefes de la banda de ladrones que han atacado y desbalijado la diligencia—añadió Hale con el tono doctoral con que se complacía en explicar y precisar los hechos.

Las tres mujeres se miraron con una muda acción de gracias en sus ojos elocuentes. Sin comprender todo lo que el Coronel acababa de decir, veían bien que aquellos á quienes recogieran estaban en adelante al abrigo de toda persecución.

—Sí, señoras—añadió el Coronel, inspirado por los hermosos ojos que se fijaban en él con marcada benevolencia. Así es. Cierto que no nos hemos apuntado todavía como salteadores de caminos; pero, mi palabra de honor, que si se presentara el caso en cuestión, obraríamos de la misma manera.

Después, con la fraseología florida é hiperbólica del hombre acostumbrado á la tribuna política, Clinch refirió el ataque de la diligencia y el papel que en él había desempeñado. Insistió sobre el engaño y la mala fe que habían impulsado, sin

duda alguna, á Falkner á tomar posesión de su bien bajo la egida de Lee, mediante un acto de violencia. Añadió que después, en la estación del Gato Salvaje, había sabido que Harkins se había fugado, que se había entablado contra él la acción judicial por la compañía de las minas de Excelsior, y que el procurador había decretado el secuestro de todos los bienes y efectos del delincuente.

Clinch terminó diciendo:

—Todavía no se ha probado nada, pero yo estoy completamente seguro de lo que ha ocurrido. Lee, que es un antiguo compañero de Ned, ha preparado el golpe para servirle, y Falkner se ha largado con ese dinero que en el fondo es suyo. Por mi parte me alegro mucho; no puedo alabarme de haber contribuído en gran cosa á semejante resultado, si no es poniéndome delante de los policíacos é indicándoles una falsa pista. Mi excelente amigo, el juez, no puede quejarse; no ha tenido mala mano en esta partida y no ha carecido de triunfos, porque mientras estaba aún en casa de Hennicker requebrando á su bonita hija para sacar la verdad, Stanner volvió al lugar con una especie de comité de vigilancia formado por los pasajeros de la diligencia, y por hacer mal, sencillamente, ha tratado de incendiar el inmueble de Hennicker. Entonces nuestro bravo juez ha tomado cartas en el asunto y ha desbaratado el juego de su adversario, que no ha pedido el desquite.

—Stanner lo tomaba desde muy alto, convenga usted en ello, y merecía una lección—dijo Hale ligeramente desconcertado por la primer mirada directa que su mujer le dirigía, y volviendo instintivamente á sus antiguos modales.—Y bien pensado, los procedimientos de esa clase son más injustificados todavía que el robo á mano airada, perpetrado por Falkner y Lee. Stanner, amparándose con los augustos nombres de la ley y del orden, satisfacía un rencor personal, mientras que si se puede formular una opinión sobre los hechos que después he conocido, el acto criminal que queríamos castigar no es, á lo sumo, sino una manera audaz é irregular de recobrar el bien robado.

—No dudo, John, que todo lo que has hecho esté bien hecho—dijo Josefina fríamente,—aunque no entienda nada de ello. Pero supongo que estos señores almorzarán con nosotros, y mientras tanto espero que me perdonarán si les dejo. Estamos muy mal de servicio en estos momentos; Manuel ha seguido el ejemplo del amo, y se ha puesto en persecución de alguien ó de algo.

Las tres mujeres se retiraron, y en cuanto estuvieron solas, dijo Kate con firmeza:

—Siendo así las cosas, ¿no vale más decir ahora toda la verdad?

—De ninguna manera—replicó perentoriamente la señora de Scott.—¿Creéis que ellos se apresurarán á decirnos toda la verdad? ¿Quiénes son esos... Hennicker? ¿Dónde han pasado estos ocho días?

—¿Y habéis observado el sombrero de John cuando ha entrado?—preguntó Josefina irónicamente,—¿y ese vulgar apodo del Juez con que le han bautizado?

—Jamás hemos visto nada tan desagradable como la odiosa familiaridad de ese Clinch—añadió desdeñosamente Kate. —¡Qué contraste con los modales de Falkner!

Durante el almuerzo las tres santas mujeres, encastilladas en su posición inexpugnable, consiguieron fácilmente con su actitud reducir á Hale y á sus dos amigos á una sumisión llena de apología, mezclada á un vago arrepentimiento. Pero el triunfo de las primeras fue de corta duración, porque antes de terminar el almuerzo vino á interrumpirle el ruido de caballos, seguido de repetidos golpes en la puerta. Inmediatamente Stanner entró con decisión en el comedor. Hale se levantó con un gesto de cólera.

—Creí—dijo con despreciativa altivez—haberle manifestado de una manera bastante terminante que no deseaba su compañía, y me asombra la audacia que demuestra usted al presentarse en mi casa, sobre todo después...

—¿Después del susto que le dieron los policías en casa de

Hennicker, cuando hacía usted el amor á la hermosa Zenobia, no es verdad?—exclamó insolentemente Stanner.—Vaya, no me haga usted responsable de ese asunto. Hoy vengo con una misión, misión legal, ¿comprende usted? Si necesita usted garantías, se le darán. Usted no ha visto una orden de detención y...

—Lo que yo veo—exclamó Hale furioso—es que está usted aquí, y si no se marcha...

—¡Poco á poco! ¡Tened cuidado!—dijo Stanner alzando la voz para hacerse oir de los cinco hombres de su escolta estacionados en el vestíbulo.—Aquí no puede usted atropellarnos, Coronel Clinch, á menos que no prescinda usted del Estado de California. He aquí lo que me trae. Un mestizo mejicano, llamado Manuel, que ha sido detenido, ha declarado, bajo juramento, que vió á Jorge Lee y á Eduardo Falkner en esta casa la noche siguiente al robo de la diligencia. Afirma además que los dos bandidos se encontraban aquí como en su casa, y juzgando por la ayuda que hasta aquí nos ha prestado usted, me hace creer que el prisionero ha dicho la verdad.

—¡Es una infame mentira!—exclamó Hale fuera de sí.

—Podría ser que fuera verdad—dijo dulcemente la señora de Scott poniéndose en pie.—Escucha, John. Un hombre gravemente herido, conducido por un amigo suyo, vino á pedir un refugio en tu casa contra la nieve y el frío. La madre de tu mujer hubiera juzgado una indignidad el no recibirlos. El herido ha marchado en cuanto ha podido moverse, dejando una carta para ti, en la cual, seguramente, dirá si es él el que buscan estos agentes.

—Gracias, mamá—dijo Hale estrechando afectuosamente la mano de su suegra.—Diga usted también á estos hombres que el marido de su hija de usted hubiera obrado de la misma manera, y que es, por lo tanto, inútil abrir esa carta, ni retener por más tiempo al Sr. Stanner.

—Exijo *yo* que se lea delante de estos señores—dijo de repente Josefina, recobrando á la vez su energía y su valor.—

Síganme ustedes, les ruego—añadió con un tono que no admitía réplica, precediéndoles en la escalera.

Cuando estuvieron todos reunidos en el cuarto de Hale, vieron colocados en una mesa un paquetito y una carta. Stanner, aturdido al pronto por el giro que tomaba la entrevista, devoró el paquete con los ojos.

Josefina entregó la carta á su marido; reinaba un silencio de plomo. Hale leyó lo que sigue:

«John Hale:

»Usted se ha constituído voluntariamente en instrumento »de la justicia para perseguirnos; nosotros teníamos derecho »al campo abierto, á la lucha leal. Usted nos lo ha negado. »Una casualidad nos ha traído á su casa de usted, al seno de »su familia; aquí combatíamos con armas iguales y hemos »sido lealmente vencidos. Le dejamos los billetes de Banco »quitados al Coronel Clinch en la diligencia de las Sierras, »dinero que antes fue robado por Harkins á cuarenta y cuatro »accionistas de las minas de Excelsior. No nos incumbe á nos»otros decir á usted el uso que debe hacer de esa suma; pero »si no se ha cansado usted de caminar por la vía de esa justi»cia que le ha lanzado sobre nuestras huellas, tal vez vuelva »á su legítimo propietario.

»Dejamos también á usted otro recuerdo, que le probará »que al mezclarnos en sus asuntos hemos tenido la suerte de »prestarle un ligero servicio, servicio, por lo demás, tan pu»ramente accidental, como nuestra presencia en esta casa. »Encontrará usted en un rincón del armario de su cuarto un »par de botas, quitadas de los felones pies de Manuel, su cria»do, el cual, figurándose que sus amas estaban solas y sin pro»tector, penetró en la casa con un cómplice, en la noche del »21 del corriente, y se vió descubierto, castigado y expulsado »por los muy humildes servidores de usted

»Jorge Lee y Eduardo Falkner.»

La voz de Hale tembló y sus labios palidecieron al leer las últimas líneas; se volvió hacia su mujer con un brusco movi-

miento de espanto y de protección. Kate se dirigió precipitadamente al armario, y aparecieron las botas.

—¡Ya sospechábamos que había ocurrido algo extraño aquella noche!—exclamaron las señoras de Hale y de Scott.

—Todo eso está muy bien—dijo Stanner, adelantándose hacia la mesa.—Jorge Lee puede decir lo que guste. Lo importante es que estén aquí los billetes. Sírvase entregármelos.

—Un momento—dijo Hale con sangre fría.—Este paquete, si no me engaño, pertenece al Coronel Clinch, ¿no es así?

—Exactamente—replicó Clinch.

—Así, pues, tómelo usted—dijo Hale, entregándole el paquete.—La primera restitución le corresponde á usted por derecho, pero estoy seguro de que los deseos de Lee serán ejecutados al pie de la letra por usted como lo hubieran sido por mí.

—Permita, permita—exclamó Stanner, interponiéndose furiosamente.—Tengo una órden que me autoriza á apoderarme de ese paquete allí donde se encuentre. Les intimo á que no se opongan á ello.

—Señor Stanner—dijo Clinch fríamente,—hay aquí señoras. Si persiste usted en reclamar este paquete, las rogaré que se retiren, porque, siento manifestárselo, me encuentro para resistir un segundo ataque en mejores condiciones que cuando el primero. La orden de usted es en nombre de la Compañía de Mensajerías, ¿no es así? Pues bien, está anulada en virtud del proceso instituído anteayer y del secuestro dictado sobre los bienes del estafador Harkins, que ha desaparecido. Hubiera sido prudente consultar con el juez acerca de los poderes de usted antes de presentarse aquí, Sr. Stanner.

Stanner vió el lazo en que había caído; pero haciendo un alarde de audacia ante las sonrisas burlonas de sus hombres, respondió insolentemente, volviendo la espalda:

—¡Aún no he dicho mi última palabra, se lo prevengo!

—¿De veras?—exclamó Clinch con ironía.—¿Me hará usted, por fin, el honor de...?

—En adelante tratará usted con los hombres de ley de la

Compañía—dijo Stanner sin recoger el desafío, y salió precipitadamente, seguido de sus testaferros.

—Así, pues, señora—dijo el Coronel á la señora de Scott, —ha albergado usted durante toda una semana á un bandido. Digo intencionadamente *un* bandido, porque sería injusto calificar así á mi joven amigo Falkner por esa única aventura. Si se ha dejado arrastrar á ese ataque armado, es que obraba bajo una fuerte provocación y á instigación de Lee, un amigo, un camarada, al cual se habrá dirigido en su desesperación.

Kate dirigió una mirada significativa y victoriosa á su hermana, que bajó los ojos. Conmovida y arrepentida, la joven preguntó dulcemente:

—¿Ese Lee, es en realidad un... bandido?

—Jorge Lee—contestó Clinch con su tono de tribuno,—señorita, es un bandido si usted quiere, pero no un bandido vulgar. Pertenece, señoras, á una de las familias más antiguas de Maryland. No se ha mezclado jamás sino en empresas de gran calibre y tiene educación. Las mujeres y los niños le adoran; puede alabarse de no haber hecho llorar nunca á la belleza ni escandalizado á la inocencia. Me atrevo á decir que es así como lo han juzgado ustedes.

—Lo declaro en alta voz y contra todos—dijo la señora de Scott.—Jorge Lee es un caballero.

—Su única falta, si lo es—añadió pensativamente Clinch,—es su audacia en el juego, y esto no afea á un hombre distinguido. Jorge se entrega al gran juego, al juego brillante, deslumbrador, pero, que me perdone el decirlo, al *juego incierto*. No le he ocultado mi opinión; este es el único punto en el cual no nos entendíamos.

—¿Le conoce usted?—preguntó Josefina dirigiendo una dulce mirada al Coronel.

—Tengo ese gusto, señora.

—¿Corresponde su exterior á semejante semblanza, querida Josefina?—preguntó Hale con su tono correcto.—¿Comprendes lo que quiero decir?

—Me ha parecido sencillo y natural—respondió Josefina con una ligera contracción de sus labios.—No lleva sus pantalones remangados cuando está con mujeres, como los llevas tú en este momento; no entró en mi casa con el sombrero puesto como lo hiciste tú esta mañana; si lo hubiera intentado, probablemente le hubiese negado la entrada.

—Coronel, ¿va usted á entregar ese paquete al Sr. Falkner en persona?—se apresuró á preguntar la señora de Scott cortando aquel diálogo.

—Lo depositaré en las oficinas de la compañía de Excelsior—contestó Clinch;—pero prevendré á Ned.

—Entonces—repuso la señora—¿tendrá usted la bondad de encargarse de un mensajo para él?

—A sus órdenes, señora.

—*Yo* se lo agradeceré á usted mucho, Coronel—dijo con calor Hale. . . . .

. . . .

Aquel mensaje hizo que seis meses después volviese Eduardo Falkner, Intendente de las minas de Excelsior, á la meseta de las Águilas. Como en otro tiempo Kate y él, de pie en el terrado, contemplaban juntos las lejanas vertientes revestidas de lujuriante vegetación. El joven dijo de repente:

—Todo está como el día en que ví esta casa por primera vez; nada ha cambiado, á no ser, sin embargo, su hermana de usted.

—No la sienta nada bien este sitio—respondió tristemente la joven.—Tanto es así, que mi cuñado ha resuelto dejar las Águilas antes de que comience el invierno.

—¡Qué lástima!—exclamó Falkner.—Las últimas palabras que Jorge me dirigió al marchar para reunirse con su primo en el ejército de Rappahannock fueron éstas: «Si no me matan, Ned, espero encontrarme algún día en las Aguilas, asomado á la ventana con la señora de Hale y verte regresar á la casa con Kate.»

BRET HARTE.